Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"Día de regatas"

N.º 810

AVENTURAS DE PIPIRI























FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI Buenos Aires, noviembre 1 de 1927 N.° 810

Balconeando los sucesos, por Rojas



—En el congreso de Aviación en Roma, Mussolini ha dicho que no constituye peligro viajar en aeroplano; que es lo mismo que ir en auto.

—No dirá igual de los ómnibus.

—En Madrid el Tercer Congreso Internacional de Sociedades Protectoras de Animales y Plantas va a pedir la supresión de las corridas de toros.

—Es una ridiculez porque los cuernos existirán siempre. ¿No le parece don Cándido?

—Así es ,don Cornelio.





—¿Sabe usted que los músicos argentinos que componían la banda que se llevó Sarrasani se pelearon con la policía de la ciudad de Hamm en Alemania?

—¿Y quién los amansó?

Sarrasani, que es el lógico domador de fieras.



—El rey Alfonso XIII se cayó de un caballo y se torció un tobillo.

—Va a ser peor la que se va a llevar el día que se caiga de Primo de Rivera.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que mi marido vuela!

—Pero ¿qué ha hecho usted, señora?

—Que le he estado quitando las manchas al jaquette y se conoce que le empapé con demasiada bencina!

¿QUE COSA ERA?

Por Fitz James O'Brien

Confieso que entro de mala gana en el relato de esta extraña aventura. Los hechos que paso a detallar son tan extraordinarios que, de seguro, habrán de despertar incredulidad y burla. Acepto por anticipado todo eso, puesto que creo poseer el suficiente valor literario para afrontar el descreimiento y la befa.

Después de madura reflexión, he resuelto narrar, con la mayor sencillez y claridad posibles, los acontecimientos ocurridos en julio del año pasado, que no tienen paralelo en los anales de la ciencia psíquica, en lo que respecta a los fenómenos del espiritualismo.

Yo vivo en Nueva York, en la calle Veintiséis. La casa en que habito tiene una peculiaridad. Ha gozado durante los dos últimos años de la poco envidiable reputación de estar bajo la influencia de los espíritus.

Es una casa antigua y señorial, rodeada de jardines. Fué construída hace unos quience o veinte años por un conocido hombre de negocios, quien ha cosa de cinco años conmovió al mundo comercial mediante un fraude bancario gigantesco, y pudo luego escapar a Europa, donde, poco tiempo después, murió de pesadumbre.

Tan pronto se recibió en Nueva York la noticia de su muerte, empezó a extenderse el rumor de que su antigua morada se hallaba bajo un singular maleficio. Un proceso le había quitado ya la propiedad a la viuda y sólo habitaban la mansión un encargado y su mujer, puestos allí por el agente que corría con el inmueble. Estas buenas personas manifestaron un día que estaban sintiendo ruidos en la casa que no eran naturales. Las puertas se abrían de pronto, sin la aparente intervención de nadie. Durante la noche, los muebles de las habitaciones eran colocados unos sobre otros por manos desconocidas. Pies invisibles subían y bajaban las escaleras en pleno día, acompañados del crugir de sedas y el deslizamiento de manos por el barandaje.

El encargado y su mujer se negaron a permanecer por más tiempo en semejante casa. El agente se rió de ellos, los despidió y puso a otros en su lugar. Pero los ruidos y las manifestaciones sobrenaturales continuaron. Los vecinos acabaron por enterarse de todo y difundieron la noticia. La casa, por este motivo, se mantuvo desocupada durante tres años. Varias personas intentaron alquilarla; pero enteradas a tiempo de lo que sucedía, abandonaron al punto sus propósitos.

Esta era la situación, cuando la dueña de la casa de huéspedes donde yo vivía, deseando mudarse más al Norte de la ciudad, concibió la atrevida idea de alquilar la casa de la calle Veintiséis. Como todos los huéspedes éramos personas bien templadas en las luchas de la vida, ella sometió su proyecto a nuestra aprobación, informándonos con toda franqueza de cuanto se decía acerca de las condiciones espectrales de la casa que deseaba alquilar. A excepción de dos caracteres timoratos — un capitán de barco y un antiguo pugilista, quienes inmediatamente se dieron de baja — todos los pensionistas de la señora Moffat decimos acompañarla en su temeraria invasión de los dominios espectrales.

El cambio se efectuó en el mes de mayo, y a todos nos encantó nuestra nueva morada. La parte de la calle Veintiséis donde está situada, entre la Séptima y Octava Avenidas, es uno de los mejores puntos de Nueva York. Los jardines que tienen detras de las casas de esta barriada, se extienden casi hasta las orillas del río Hudson, formando en verano una perfecta franja de verdor. El aire es fresco y puro, viniendo como viene a través del río, desde las alturas de Weechawken.

Por supuesto que, apenas instalados, empezamos a desear el advenimiento de los espíritus. En realidad, esperábamos su aparición con verdadera ansiedad. Nuestra conversación en la mesa giraba siempre alrededor de temas sobrenaturales. Me vi convertido en un personaje de enorme importancia, al saberse que estaba regularmente versado en la historia del espiritualismo y hasta había escrito en una ocasión un cuento cuyo protagonista era un espectro. Si una mesa o un paño del artesonado crugían mientras nos encontrábamos reunidos en la gran sala, se hacía un inmediato silencio, y todos nos preparábamos a oír el arrastre de pesadas cadenas y a ver la aparición de algún duende infernal.

Sin embargo, después de un mes de sobreexcitación psicológica, tuvimos que confesar, con la mayor contrariedad, que nada había ocurrido hasta entonces que remotamente se aproximase a lo sobrenatural. En una ocasión, nuestro sirviente negro nos aseguró alarmado que, cuando se disponía a acostarse, una mano invisible le había apagado la vela. Pero como repetidas veces yo había sorprendido a nuestro buen hombre en condiciones de ver dos velas, en vez de una, pensé que posiblemente sus libaciones habían aumentado, hasta el punto de invertir el fenómeno y no ver vela alguna, donde una existía sin disputa.

Este era, pues, el estado de cosas, cuando ocurrió un hecho, tan espeluznante e inexplicable en su naturaleza, que mi razón aún vacila al sólo recuerdo de lo acaecido...

Era el día diez de julio. Después de comer me dirigí, como de costumbre, al jardín, en compañía de mi amigo el doctor Hammond. Aparte de la simpatía intelectual que existía entre el doctor y yo, nos unía estrechamente la práctica del mismo vicio. Ambos fumábamos opio. Cada uno conocía el secreto del otro, y cada uno lo respetaba...

En la tarde referida, el doctor y yo, en el curso de nustra conversación, llegamos a un estado de ánimo excepcionalmente metafísico. Fumábamos nuestras pipas, llenas de fino tabaco turco, en medio del cual ardía una negra bolita de opio... Habíamos hablado durante largo rato sobre la inclinación de la mente humana hacia el misticismo y la casi universal fascinación que ejerce lo terrible, cuando Hammond inquirió de pronto:

—¿Cuál es, en tu opinión, el elemento más intenso de terror? ¿Qué constituye la máxima expresión de lo horripilante?

La pregunta me dejó preplejo. Conocía muchas cosas que inspiraban terror. Tropezar en la obscuridad con un cadáver. Ver a una mujer, como yo la ví una vez, arrastrada por la corriente vertiginosa de un río... Movía desesperadamente los brazos, con una expresión de supremo terror en la cara. Lanzaba gritos de angustia que partían el corazón, mientras los espectadores la contemplábamos, paralizados, desde una ventana que daba al río, a más de sesenta pies de altura, sin poder hacer nada por salvarla, siendo enmudecidos, su agonía desesperada y su horrible desaparición... El casco destrozado de un buque, flotando sin rumbo en el mar, es un espectáculo terrible, porque sugiere escenas de desesperación y de horror, que sólo pueden imaginarse. Pero, por primera vez, se me ocurrió la idea de que, indudablemente, debía existir algo que fuese una personificación tremenda de lo horripilante; un supremo Rey del Terror, superior a todos los terrores. ¿En qué consistiría? ¿Qué cadena especial de circunstancias sería capaz de producirlo?

—Te confieso, Hammond — le respondí — que nunca he considerado la cuestión. Indudablemente, tiene que haber ALGO más horripilante y terrible que todo lo demás. No puedo, sin embargo, aventurar la más vaga definición sobre el particular.

—Yo estoy en la misma situación, Harry, — añadió mi amigo. — Creo que mi capacidad para experimentar lo terrorífico es superior a todo cuanto, hasta ahora, ha concebido la mente humana. Podría resistir la impresión de algo que combinase, en una amalgama horrenda y sobrenatural, elementos que hoy se estiman abiertamente incompatibles.

—Mira, Hammond, — exclamé yo, — vamos a no hablar más de estas cosas...

—No sé lo que me pasa esta noche — replicó Hammond, — pero mi imaginación se empeña en seguir por los vericuetos de lo horrible y espeluznante. Me siento capaz de escribir un relato fantástico, como los de Hoffmann, si tuviese la habilidad literaria de éste.

—Pues si nuestra charla ha de continuar Hoffmannesca, la abandono... Me voy a dormir.

Y le dí las buenas noches.

—Que tengas un sueño tranquilo, Harry, — me dijo Hammond, con pérfida intención.

Nos separamos, y cada uno se retiró a su respectiva habitación.

Me quité la ropa con rapidez, y me metí en la cama. Resolví dormirme cuanto antes. Hice girar la llavecita de gas, hasta que sólo quedaba un puntico de luz azulada sobre el quemador, y me preparé a conciliar el sueño...

La habitación quedó en completa obscuridad. El átomo de gas que aún se mantenía encendido, apenas iluminaba un circulillo de varias pulgadas alrededor del quemador. Cerré los ojos decididamente, e hice esfuerzos por no

DESCONOCIDA

Mujer que un día
Dejó en mi psiquis de predestinado,
Yo no sé qué ansiedad de lejanía,
Qué extraña seducción de lo ignorado...

Ave de paso, hermosa aventurera
Que fué en mi juventud de aquel instante,
Como el último amor o la primera
Esperanza inocente de una amante...

¡Una amante! Una amante peregrina,
Reina del mar y con un ala rota:
Blanca vela latina
Cuya visión remota
Aun persiste invariable en mi retina.

Y sin embargo ¿qué he podido? ¡Nada!
Ahora sólo vanamente evoco
Un adiós de pañuelo en la alborada...
Y tal imagen me entristece un poco...

Y es por eso, quizás, este cariño
Que yo conservo por la gracia de Ella,
Pese a mis convicciones de hombre o niño,
La mitad mariposa, la otra, estrella!

Santos AGUILERA

pensar en nada... Pero fué en vano. Los malditos temas tocados por Hammond en el jardín, continuaron saltando en mi cerebro. Luché contra ellos, tratando por todos los medios de ahuyentarlos de mi mente.

Mientras yacía en completa quietud, tratando de lograr el reposo mental mediante una absoluta inactividad física, me sucedió una cosa horripilante... Algo cayó, al parecer del techo, directamente sobre mi pecho... y, en el mismo instante, sentí que dos manos huesudas me rodearon el cuello, tratando de ahogarme...

Yo no tengo nada de cobarde, y poseo una fuerza física considerable.

Lo inesperado del ataque, lejos de atolondrarme, afinó todos mis nervios a su más alta tensión. Mi cuerpo actuó por instinto, antes que mi mente pudiera darse cuenta de la situación. En un segundo, mis brazos musculosos apresaban aquello que me caía encima, apretándolo contra mi pecho, con toda la fuerza de la desesperación...

A los pocos instantes, las manos huesudas que atenaceaban mi cuello empezaron a aflojar, y pude respirar con alguna libertad.

Entonces comenzó una lucha de terrible intensidad... Sumergido en la más profunda tiniebla; desconociendo en absoluto la naturaleza de la COSA que tan violentamente me atacaba; sintiendo cómo mis brazos resbalaban a cada momento, debido, al parecer, a la completa desnudez de mi agresor; mordido por dientes punzantes en el hombro, cuello y pecho; teniendo que proteger constantemente mi garganta de dos manos ágiles y poderosas que todos mis esfuerzos no lograban sujetar, mi situación era realmente horripilante. Comprendí que necesitaba hacer uso de toda mi fuerza, habilidad y valor para combatir este cúmulo de adversas circunstancias...

Al fin, después de una lucha silenciosa, cruenta y agotante, conseguí, mediante una serie de esfuerzos increíbles, voltear completamente a mi agresor. Una vez sujeto, con una de mis rodillas clavada en lo que parecía ser su tórax, me dí cuenta de que lo había vencido. Pude entonces descansar un momento para tomar resuello...

Yo oía en la obscuridad la respiración forzada del ente que tenía debajo de mí, y sentía el latido violento de un corazón. Era evidente que se hallaba tan cansado como yo; y esto para mí era un gran alivio.

Recordé en ese momento que yo tenía la costumbre de colocar bajo la almohada, al acostarme, un largo pañuelo de seda. Tanteando, lo busqué y logré encontrarlo. A los pocos segundos, los brazos de mi fiero y desconocido asaltante estaban fuertemente atados.

Entonces me sentí más seguro. Ya sólo me quedaba el encender la luz, y, una vez descubierto mi agresor nocturno, despertar a los demás huéspedes y dar parte a la policía.

Sin soltar mi presa un instante, me deslicé de la cama al suelo, arrastrando a mi prisionero. Tenía que andar muy pocos pasos para llegar al quemador de gas. Lo hice con sumo cuidado, sin soltar un momento mi enemigo. Cuando me encontré debajo de la tenue lengüecilla de luz, dejé rápidamente libre una mano y con ella abrí toda la luz. Inmediatamente volví la cara para ver a mi asaltante...

No puedo intentar siquiera la descripción de lo que experimenté en ese instante. Supongo que lancé un grito terrible, porque a los pocos momentos mi habitación estaba llena de gente. Aún ahora, al recordar lo sucedido entonces, siento por todo mi cuerpo un extremecimiento de horror...

Cuando encendí la luz, y volví la vista hacia mi presa, NO VI ABSOLUTAMENTE NADA. Cierto era que uno de mis brazos aprisionaba una forma corpórea que respiraba y latía, y que la mano del otro brazo asía un cuello tan tibio y tan de carne como el mío; pero, no obstante esta substancia viva que se debatía entre mis brazos, con su cuerpo pegado a mi cuerpo, yo no veía absolutamente nada bajo la luz brillante de un amplio mechero de gas. Ni siquiera un contorno, ni siquiera un hálito vaporoso.

Yo no puedo aún hoy darme cuenta exacta de la situación mía en aquel momento. No puedo recordar detalladamente el hórrido incidente. La imaginación se empeña inútilmente en abarcar la tremenda paradoja...

Este ser respiraba. Yo podía sentir en mis mejillas su cálida respiración. Luchaba ferozmente. Tenía manos que se clavaban como garfios. Su epidermis era lisa y suave como la mía. Yacía pegado a mí, sólido como cualquier cuerpo humano... ¡pero completamente invisible!

No comprendo cómo no me volví loco. Algún poderoso instinto tiene que haberme sostenido; porque, en vez de soltar el Enigma que tenía asido, adquirí nuevas fuerzas en mi terror, y lo apreté de tal modo que temblaba de agonía entre mis brazos.

En esos momentos, Hammond penetró en la habitación. Tan pronto me vió la cara — que debe haber tenido una expresión horripilante — se dirigió hacia mí, exclamando:

—¡Por Dios, Harry!... ¿Qué es lo que te pasa?

—¡Hammond! ¡Hammond! — le grité yo — ¡Esto es horrible! ¡He sido atacado en la cama por algo que tengo aquí sujeto... pero que no puedo ver, no puedo ver!

Hammond, evidentemente impresionado por mi tono y la expresión de mi cara, se acercó más a mí y me miró perplejo.

—¡Hammond! ¡Hammond! — volví a gritarle. — ¡Por lo que más quieras, ayúdame... ¡No puedo continuar sujetando esto por más tiempo! ¡Me está dominando! ¡Ayúdame, te lo suplico!

—Harri, — me dijo Hammond al oído — paréceme que has estado fumando demasiado opio...

—Te juro, Hammond, — le respondí, — que esto no es una alucinación. ¿No ves cómo sacude todo mi cuerpo con su lucha? Si no me crees, convéncete por ti mismo. Tócalo con tus manos...

Hammond se acercó y extendió sus manos hacia el punto que yo le indiqué... Un grito de terror escapó inmediatamente de su pecho. ¡Lo había tocado.

Actuando con rapidez, mi amigo logró encontrar en la habitación un largo pedazo de grueso cordel; y a los pocos momentos tenía fuertemente atados los brazos y las piernas del ser invisible que yo había dominado después de tan terrible lucha.

—Harry, — exclamó Hammond — ya está seguro. Ahora puedes soltarlo si estás cansado. Eso no se moverá mientras lo tengamos así amarrado.

Yo estaba completamente agotado. Fué para mí un gran alivio separarme de mi presa.

Mi amigo se mantenía de pie, sosteniendo los extremos del cordel que aprisionaba al Invisible, viendo las vueltas y revueltas de las ligaduras, que parecían sostenerse muy tirantes en el aire mismo, circundando un espacio absolutamente vacío.

—La confusión que se apoderó de los huéspedes de la casa que presenciaron la extraña escena entre Hammond y yo, no es para describirla. Casi todos ellos huyeron precipitadamente de la habitación. Los pocos que quedaron se mantuvieron cerca de la puerta. No querían acercarse a Hammond y a su prisionero; pero tampoco querían creer que las cosas eran como nosotros decíamos. La incredulidad se apoderó de ellos. No tenían el valor de verificar directamente lo que sucedía y, sin embargo, dudaban. ¿Cómo era posible que un cuerpo sólido, viviente y palpitante, fuese invisible?...

Mi contestación fué contundente. Le hice a Hammond una seña, y entre los dos, dominando la repugnancia que nos producía el tocar el cuerpo invisible, lo levantamos del suelo y, amarrado como estaba, lo condujimos hacia mi cama. Su peso era aproximadamente el de un muchacho de catorce años.

—Ahora, amigos míos —, les dije a los incrédulos, mientras Hammond y yo manteníamos suspendido a nuestro prisionero sobre la cama — tengan ustedes la bondad de fijarse en la superficie de la cama.

Los presentes así lo hicieron. Entonces, a una señal, los dos dejamos caer el cuerpo que llevabamos en los brazos...

Al instante se sintió un ruido sordo, como el de un cuerpo pesado que cayera sobre una masa blanda. El maderaje de la cama crugió. Una marcada depresión se notó en seguida en la almohada y en la misma cama.

Los huéspedes que presenciaron esto se llenaron de pánico y salieron precipitadamente de la habitación. Hammond y yo nos quedamos solos con nuestro Misterio.

Estuvimos un largo rato callados, oyendo la respiración, débil e irregular, de nuestro prisionero, y observando el movimiento de las sábanas, mientras luchaba impotentemente para libertarse. Hammond habló entonces:

—Harry, esto es horrible.

—Sí, es horrible.

—Pero no inexplicable.

—¿No inexplicable?... ¿Qué quires decir con esto?... ¡Jamás ha ocurrido cosa semejante en el mundo! Yo no sé qué pensar, Hammond... Dios haga que yo no esté demente y esto sea una fantasía de loco...

—Razonemos un poquito, Harry. Aquí tenemos un cuerpo sólido, que podemos tocar, pero que no podemos ver. El hecho es tan insólito que nos llena de terror. ¿No hay, sin embargo, nada análogo a este fenómeno? Cierta tosquedad química es lo único que evita el que nuestros cuerpos sean totalmente invisibles. Fíjate que, teóricamente no es imposible hacer un cristal que no refleje un solo rayo de luz — un cristal, tan puro y homogéneo en sus átomos, que los rayos del sol pasen por él, como pasan a través del aire, refractados, pero no reflejados. Nosotros no vemos el aire y, sin embargo, lo sentimos.

—Todo eso está muy bien, Hammond; pero se refiere a substancias inanimadas. El cristal no res-

ANECDOTA

El fecundo novelista español, don Manuel Fernández y González, que, dicho sea de paso, tenía un carácter violentísimo, se vió precisado a escuchar la lectura de una obra teatral original de autor novel.

Llegó el día señalado para el acto, y se presentó el incipiente dramaturgo en casa del novelista. Tal era su desconcierto y emoción, que al entrar en el recibidor, bastante obscuro, y querer colocar en el perchero su sombrero, con uno de los ganchos se dió un golpe tan tremendo en un ojo, que le produjo una fuerte contusión, imposible de disimular.

Entra en el despacho, y se encuentra a don Manuel, solemnemente sentado en su sillón y resignado a escuchar, lo antes posible, dicha obra.

Termina la lectura del primer acto, y por toda opinión, oyó un imperativo "¡siga usted!", que dejó helado al autorcillo.

Finaliza el segundo acto, y emocionado, le dice el muchacho:

—Por Dios, don Manuel, no paso de aquí sin que me de su opinión sobre estos dos actos. No le extrañe mi impaciencia, es usted el primero a quien leo mi obra.

Se le queda mirando muy fijo el gran escritor, y, después de una pausa terrible, le contesta:

—Dice usted que soy el primero a quien lee su obra. Entonces ¿quién le ha dado ese golpe en el ojo?

pira, el aire tampoco. Esta cosa que tenemos delante tiene un corazón que palpita, una voluntad que guía, pulmones que inspiran y espiran...

—Olvidas el fenómeno de que tanto hemos oído hablar últimamente. En las sesiones espiritualistas, manos invisibles se han puesto en contacto con las de aquellas personas que rodeaban la mesa — manos cálidas que parecían latir con vida mortal.

—¿Qué dices?... ¿Crees tú que esto pueda ser algo de la otra vida?

—Yo no sé lo que es — fué la solemne respuesta —; pero, Dios mediante, espero averiguarlo con tu ayuda.

Velamos toda la noche junto a la cama del ser desconocido que brincaba y jadeaba, hasta que, al fin, pareció cansarse. Luego comprendimos, por la respiración lenta y acompasada, que dormía tranquilamente.

A la mañana siguiente la excitación en la casa era grande. Los huéspedes se congregaron en el pasillo, frente a nuestra habitación, y Hammond y yo tuvimos que contestar miles de preguntas acerca de nuestro extraño prisionero. Ninguno de ellos quiso, por nada en el mundo penetrar nuevamente en la habitación.

El ser invisible se había despertado ya. Esto lo demostraba el desarreglo de la ropa de cama, señal evidente de sus esfuerzos por escapar. Era realmente espeluznante el observar estas manifestaciones indirectas de sus terribles contorsiones y su desesperada lucha por libertarse.

Hammond y yo nos pasamos la noche entera tratando de encontrar un medio viable que nos permitiera conocer la forma y apariencia general del Enigma. Pasando nuestras manos por todo su cuerpo, pudimos comprobar que sus contornos y lineamientos eran humanos. Había una boca, una cabeza redonda, lisa y sin pelo; una nariz muy poco sobresaliente de las mejillas, y las manos y los pies eran los de un muchacho.

Al fin se me ocurrió una buena idea para lograr lo que deseábamos. Hacer un molde en yeso. Esto nos daría su exacta figura. Pero, ¿cómo realizarlo? Sus bruscos movimientos romperían las líneas de su cubierta plástica. Tuve entonces otra idea. ¿Por qué no darle cloroformo mientras se le sacaba el molde? Tenía órganos respiratorios, puesto que respiraba con regularidad. Una vez anestesiado, podríamos manejarlo a nuestro antojo.

Llamamos al doctor Newton, y éste, pasada la trementa impresión que a nuestro prisionero le causara, le aplicó cuidadosamente el cloroformo. A los pocos minutos pudimos quitarle las ligaduras y un modelador procedió a cubrir con yeso húmedo el cuerpo invisible. Cinco minutos después teníamos el molde; y por la tarde, un tosco facsímile del Misterio.

El cuerpo era el de un hombre — desproporcionado, extraño, horrible; pero hombre al fin. Era pequeño, no pasaba de cuatro pies y algunas pulgadas. Sus miembros demostraban un extraordinario desarrollo muscular. Su cara superaba en horrorosa fealdad cuanto yo había visto en mi vida. Ni Gustavo Doré, ni Callot, ni Tony Johannot, jamás concibieron nada tan horripilante. Los vampiros debían tener fisonomías semejantes. Parecía capaz de alimentarse sólo de sangre humana...

Ya satisfecha nuestra curiosidad y con la promesa de guardar un absurdo silencio sobre el particular. Hammond y yo empezamos a considerar lo que debíamos hacer con nuestro Enigma.

No era posible que ese horror permaneciese en la casa; ni tampoco era posible soltar por el mundo un ser tan terrible y tan dañino. Confieso que yo hubiese votado sin remordimiento la destrucción de tal ser. Pero ¿quién asumiría la responsabilidad? ¿Quién efectuaría la ejecución de esta horrible parodia de un ser humano? Los huéspedes todos se fueron de la casa. La señora Moffat estaba desesperada y nos amenazó a Hammond y a mí con toda clase de denuncias, si no sacábamos de la casa ese monstruo horripilante.

—Nos marcharemos, si usted quiere — lecontestamos —, pero nos negamos a llevar con nosotros ese ente infernal. Sáquelo usted misma, si así lo desea. En su casa de usted se apareció y usted tiene la responsabilidad del caso.

A esto no había contestación posible. La señora Moffat no pudo encontrar a nadie que, por ningún precio, se acercara siquiera al monstruo.

Lo más singular del asunto era que desconocíamos en lo absoluto la clase de alimento que nuestro prisionero acostumbraba a ingerir. Todo nutrimiento imaginable le fué traído, pero nunca probó nada. Era una cosa tremenda el ver cómo, día tras día, las sábanas se agitaban y cómo se oía la dura respiración, sabiendo con certeza que el horrible aparecido se nos estaba muriendo de hambre...

Diez, doce, quince días transcurrieron, y todavía conservaba la vida. Las pulsaciones del corazón se hacían cada día más débiles y ya apenas se sentían. Era evidente que sólo moría de inanición. Mientras duraba esta terrible lucha por la vida, yo me sentía angustiado. No podía conciliar el sueño. Aunque nuestro ente era horrible y malévolo, resultaba doloroso el ver los sufrimientos que experimentaba...

Al fin murió. Hammond y yo lo encontramos una mañana frío y tieso en la cama. El corazón había cesado de latir, los pulmones, de respirar. Nos apresuramos a enterrarlo debidamente, en el jardín de la casa. Fué una extraña ceremonia aquella fúnebre caída del cuerpo invisible dentro del húmedo hoyo...

El molde de su figura se lo regalé al doctor Newton, que lo tiene en exhibición en su museo de la calle Diez. Hammond salió de nueva York poco tiempo después y nada he vuelto a saber de él.

El recuerdo de todo lo sucedido perdura en mi mente con una extraña fijeza, que no logra borrar el humo de mi pipa ni la pequeña bolita de opio que arde en su centro.



—Dice usted que estaba bebido, cuando besó a esa dama. ¿Cómo puede usted probarlo?
—Creo que bastaría con que le mire usted la cara, señor juez.

PLACER Y DOLOR

¿Qué es el placer que loco anhela el pecho?
Cansado peregrino
Que fuera del camino
Pide de noche pan y blando lecho,
Y a la mañana ya harto y bien dormido,
Nos deja sin mostrarse agradecido.
No así el dolor. La activa golondrina
En busca de sustento el nido deja
Junto a la antigua teja,
Y vuelve, sin tardar, a su morada
Con el botín, la dulce golosina,
Con vuelos mil cazada.
No de otra suerte deja el nido blando
De un triste corazón el duelo infando,
Y vuelve, sin tardar, con el sustento,
Con experiencia amarga,
Odio y cruel tormento,
Que allá en el nido lúgubre descarga.

Carlos BECK

Los pies de las chinas

Nadie ignora que las mujeres chinas deforman sus pies, desde tiempos inmemoriales, para conservarlos tan pequeños como sea posible.

Aunque en diferentes ocasiones, desde que el progreso de Occidente penetró en China, se trató por las autoridades de desterrar esta dolorosa costumbre, se calcula que aun existen en China setenta millones de mujeres que conservan deformados sus pies.

Desde que nacen se los oprimen con fuertes vendas en forma tal, que durante algunos años tienen que soportar dolores cruentos.

La circulación de la sangre cesa en los pies así oprimidos, hasta el extremo de que éstos pierden la sensibilidad y quedan paralizados.

En los últimos tiempos, y debido a la influencia europea, se han librado grandes campañas de opinión para libertar los pies de las mujeres, pero sin lograr grandes resultados. Ni aun el edicto de la última emperatriz, que pedía a las mujeres chinas que devolvieran la normalidad a sus pies y no sometiesen los de sus hijas a la bárbara tortura, logró modificar la costumbre.

Obedece esa resistencia a que la mujer china cree por tradición que el pie pequeño es una prueba de distinción y aun de nobleza.

Recientemente, la primera autoridad de Pekín y el goberandor de Shautung, decididos a concluir con esta bárbara costumbre en los dominios de su mando, han recurrido a un procedimiento que seguramente resultará de mayor eficacia que cuantos se emplearon hasta ahora.

Es éste el de establecer un impuesto sobre toda mujer de menos de treinta años que desee seguir violentando a la naturaleza en este sentido.

Para darse el gusto de mutilar sus pies habrán de pagar diez pesos mensuales. Si las autoridades de las demás ciudades de China siguen el ejemplo de las de Pekín y Shautung, seguramente no transcurrirá mucho tiempo sin que la mujer china goce de las ventajas de los pies normales.

LA VOZ

Por Héctor P. Blomberg

En el silencio caliente de la siesta, la voz honda, quejumbrosa, melancólica, subía en cadencias musicales, poblaba la calleja polvorienta y reseca del pueblito, se perdía con vibraciones prolongadas.

Eran siempre coplas guaraníes de dolor y de pasión. Algunas eran muy antiguas, ya se cantaban en los pueblos remotos del Paraguay en los sombríos tiempos del doctor Francia; otros evocaban las noches de los campamentos de Solano López, el fusilamiento de Pancha Garmendia, el suplicio de Lomas Valentinas, la gloria de Curupaity...

La voz del cantor invisible improvisaba otras, ardientes de pasión, nostálgicas de amor, mientras el sol requemaba los montes y los lagartos blancos corrían por el arroyo, y un misterioso guaimingüé respondía desde las profundidades de la selva con su acento sollozante. La guerra sólo había dejado mujeres en el pueblo, un pueblo medio indio que humedecían las aguas claras del Aquidabán, unas mujeres flacas y tristes, casi enloquecidas por el dolor y el espanto de aquellos cinco años de heroísmo y de agonía, que habían devorado a casi todos los hombres del Paraguay.

Fué un forastero de Asunción, un hombre grave y pensativo, quien preguntó un día por el hombre invisible que cantaba en la tristeza del pueblo.

Desde su llegada, el forastero le oyó cantar. Escuchaba la voz musical y misteriosa en las frescas mañanas, cuando las mujeres iban al río; oíala en las tardes interminables y ardorosas, mientras el sol secaba las lágrimas sangrientas del Paraguay, vibraba bajo el resplandor alucinante de las lunas de febrero...

—¿Quién es?

La primera vez formuló esta pregunta a una mujer morena, de ojos ardientes, de rasgados ojos guaraníes.

La mujer clavó en el forastero sus ojos de fuego, casi dementes, y no respondió.

Un viento caliente trajo unas nubes negras del lado del Brasil. Llovió copiosamente durante dos días y dos noches. El forastero oía el estruendo del diluvio tropical, y pensaba en la voz misteriosa.

¿Quién es el cantor? — volvió a preguntar, en el rancho donde aguardaba que pasara la tormenta.

Tres o cuatro mujeres flacas, de pupilas ardientes y misteriosas, le contemplaron en silencio.

—Es uno que estuvo en la guerra, "che caraí" — contestó una muchacha vestida de andrajos, de cabellera desgreñada y renegrida.

—Uno que estuvo en la guerra...

Mecido por el rumor de la lluvia, que lloraba ahora monótonamente sobre el pueblo, el forastero pensó en la guerra que acababa de terminar, en los millares de esqueletos que blanqueban en las selvas, en las cruces que poblaban el borde de los caminos, en la derrota, en la gloria en la agonía. Porque el forastero también era paraguayo...

Tres días más tarde el cielo era otra vez azul. El sol empezó a secar la tierra, las calles, los bosques. El Aquidabán volvió a su cauce.

Y el forastero volvió a oír la voz que cantaba todo el dolor y la gloria del Paraguay...

—¿Lo puedo ver? Deseo hablar con él...

Las pobres mujeres harapientas y febriles movieron la cabeza con súbita energía.

—"Hahaniri, che caraí"... No, señor, no, no...

—¿Vive solo? — indagó el forastero, intrigado.

—Solo con su guitarra... Y con sus cantos, señor...

Durante dos semanas, el hombre, que debía regresar a Asunción, intentó inútilmente ver al cantor misterioso. Pero las mujeres se oponían enérgicamente a dejarlo acercarse al rancho rodeado de acacias donde vivía, cantando, invisible, el sobreviviente.

—El no quiere que lo vea nadie, señor... — explicaban en dulce y quejumbroso guaraní, pero firmes y resueltas.

—"Antes de irme lo veré", se dijo el forastero.

Una tarde, la víspera de su partida, llamó a una vieja que le hacía la comida. Le ofreció una onza de oro.

Los ojos de la vieja — que tenía cerca de cien años — relampaguearon.

—"Heé, che caraí"... Sí, mi señor.

Tomando la diestra del hombre entre sus garras, lo condujo hasta el borde del pueblo. Ambos iban tropezando con perros famélicos, espectrales, que ya no tenían fuerzas para morder.

—Vení, "che caraí"...

La centenaria miraba medrosamente a su espalda. Pero las mujeres estaban en el río, y no tenían más testigos que los perros famélicos.

—Por aquí, mi señor... Vení...

Se encontraron frente a un rancho trágico, un montón de barro seco que rodeaban acacias y sauces. Dieron vuelta al rancho, y de pronto se oyó la voz que cantaba. El forastero escuchó, pálido, inmóvil. Era el romance de la agonía de Pancha Garmendia, melancólico y sollozante:

Una mañana de abril...

Sin hacer ruido, el forastero se acercó. Al pie de un sauce vió una figura monstruosa, inmóvil, un tronco humano, sin piernas. Del bulto informe salían dos brazos retorcidos que abrazaban una guitarra. Dos ojos dementes ardían en el rostro moreno del monstruo, y su voz, clara, musical, quejumbrosa, subía hacia el cielo azul:

Entonces Pancha Garmendia
volvió los ojos al cielo...

Una muchacha de unos veinticinco años se acurrucaba junto al monstruo, lo envolvía en una mirada de pasión. Era bellísima, una Ruth india de ojos rasgados, llenos de fuego.

—¿Ese es? — balbuceó el hombre.

—Era sargento — explicó la vieja, — después de Cerro Corá lo encontramos con las piernas gangrenadas, en un estero... El mismo se las cortó, y eso que tenía las manos como podrás ver, mi señor, por los bayonetazos.

—¿Y la muchacha?

—Es su mujer... Está enamorada de él... Lo cuida siempre... Nunca se aparta de su lado...

Estaba enamora de él, de aquel monstruo sin forma humana, aquella Ruth de veinticinco años.

—¿De él o de la voz que canta? — dijo el forastero, como hablando consigo mismo.

La centenaria se encogió de hombros.

—Yo no sé, "ché caraí"...

Muy pálido, estremecido, el forastero se volvió.

—Vámonos...

Se alejó entre los sauces y las acacias, entre los perros flacos.

La vieja lo siguió, cojeando penosamente.

Allá, a la distancia, la voz del monstruo repetía, al son lloroso de la guitarra, el estribillo del romance de sangre:

Entonces Pancha Garmendia
Volvió los ojos al cielo...

ANECDOTA

Seint-Beuve debía batirse a pistola por una cuestión literaria. Llovía, y el insigne crítico quería hacerlo con el sombrero puesto. Aquello no era posible; estaba en contra de todo protocolo y los padrinos no sabían cómo hacer para convencer a Saint-Beuve, hasta que éste, al final, argumentó:

—Ustedes tienen el derecho de hacerme morir, pero nunca el de obligarme a tomar un resfriado.

Y fué preciso dejarle salir con la suya.

EL SERVICIO POSTAL EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Lo que va desde don Domingo Basavilbaso al doctor Arturo Goyeneche

Por un camino de Grecia, cuentan que marchaba un anciano achacoso, encorvado por la gravitación sobre sus espaldas de los años transcurridos, apoyado en desigual bastón y encontróse con un mancebo ateniense que venía en dirección opuesta.

Frente a frente viejo y adolescente, vida que acelera sus pasos hacia la casa del supremo e inexorable destino y vida que recién comienza el trayecto.

—Sabeis donde reside la verdadera felicidad? — interrogó animadamente el muchacho.

El hombre de edad detuvo su andar despacioso pero seguro.

Miró con sus pupilas brillantes, hundidas en las cuencas de la demacrada faz al preguntador y brotaron vibrantes de sus labios causinos aserciones incontrovertibles.

Dos cosas fundamentales debe procurar el ser de la creación: Saber y ser bueno. Acompañadme a mi casa, un refugio construído dentro de enorme roca abrupta.

La pareja desigual, antípoda un miembro de otro, siguió la ruta señalada por el mayor.

Sobre el muro de una troglodítica habitación había grabado estas palabras: *Ciencia y Bondad.*

El anciano señaló la inscripción y pidió al visitante que mirase un rústico estante, pleno de manuscritos y librotes, polvorientos y llenos de telarañas algunos, otros limpios.

—Aquí está uno de los mejores tesoros del mundo. Por ese sendero se llega a lo que tú anhelas sentenció. Fáltame para completar la obra poder intensificarla el país; carezco de medios de transporte que lleven a todas las aldeas noticias de ella. Vislumbro lo que en el futuro podrá hacerse con elementos de propaganda el servicio de la ciencia y las necesidades del espíritu.

El joven, que había de ser más tarde admirador y amigo de Esiodo, el exquisito poeta, despidióse con profunda emoción del añoso invitante, inquietado su espíritu por tan hermosas revelaciones.

Recordábamos todo esto al dirigirnos a la Dirección General de Correos y Telégrafos de la Nación.

La casa que ocupa esta importante repartición es insalubre e incómoda. Hasta hace algunos lustros era moderna y los porteños recordarán la mudanza de la antigua sita en la calle Moreno.

Llegamos a duras penas hasta el despacho del Director General doctor Arturo Goyeneche. Pareciera que media ciudad se vuelca en las antesalas de la cabeza de esta institución. Y es que Goyeneche, hombre de bondad eúscara, caballero impecable, funcionario modelo, es uno de los ciudadanos más populares y queridos en el ágora y en todos los círculos, donde se conoce y aprecia sus gestos grandes, que trasuntan hombría de bien y carácter sin dobleces ni dualidades.

Hay senadores, diputados, jefes de oficinas, políticos, fuera de peticionantes, amigos, personales, y ajenos que desean verlo. Su secretario que le ha enterado de la presencia de FRAY MOCHO, nos franquea inmediatamente la entrada que se vuelve a cerrar evitando así la irrupción de la enorme masa de público que lo aguarda.

El salón amplio, adornado con arte es sobrio, teniendo una disposición que no escapa a nadie, por lo significativa. Puertas y más puertas por donde entran y salen empleados que necesitan ver al Director.

Sonriente, mirándonos tras de sus lentes, característicos, nos extiende la mano cordialmente, invitándonos a departir como camaradas.



El director general de Correos y Telégrafos, Dr. A. Goyeneche, en su despacho

Nuestra presencia le ha proporcionado un pequeño oasis en sus tareas porque los subalternos no se animan a interrumpir al incansable superior, en esos momentos.

—Agradezco a FRAY MOCHO su saludo sincero. Quisiera poder satisfacer todas sus preguntas, pero ya ven Vds. la vida que realizo...

—Muy intensa.

—Sí, pero es muy grato conversar con los periodistas, a quienes estoy vinculado y estimo valiosa la cooperación de la prensa, de manera que personalmente y como funcionario una visita como la de Vds. me llena de placer.

Estoy despachando algunos expedientes; de noche estudio muchos de ellos, dado que durante las horas diurnas es casi materialmente imposible debido a la enorme afluencia de personas a quienes debo atender por asuntos de la repartición.

—¿El número de postulantes?

—Aumenta día a día. Es hoy un verdadero problema de difícil solución. Vienen y vienen recomendados, y adónde vamos a colocarlos, si no hay vacantes y para cada una de ellas, cuando se producen y llenan por riguroso ascenso, hay veinte candidatos?

Cuido de que las piezas postales sirvan como elemento de propaganda instructiva. Hay sinnúmero de timbres en los que se indica el número de escuelas, habitantes, extensión, población, riqueza ganadera, comercio exterior, etc., del del país.

—¿Cuál fué el primer cartero?

—Don Bruno Ramírez.

—¿Y la primera autoridad de correos?

—El primer Administrador fué el señor Domingo Basavilbaso.

—Ha llovido mucho desde entonces...

—Ya lo creo. Del tiempo colonial al que vivimos saturado de urbanismo y costumbres cosmopolitas, fruto de las corrientes extranjeras que hanse volcado en nuestro ambiente sedimentando en él modalidades y hábitos.

Nos aproxima hacia una vitrina que guarda sellos con inscripciones de los distintos países del mundo.

—Mi mayor preocupación es que la correspondencia no sufra inconveniente alguno en su distribución. Deseo que las cartas lleguen a manos de sus destinatarios en el lapso de tiempo más breve posible.

¡Cuántas veces de una simple misiva depende el destino de un ser! Quizá labre su felicidad o la destruya, como desploma el rayo formidable al roble majestuoso. Una epístola es en tantas ocasiones bálsamo exquisito y luminoso para los corazones atribulados. No es raro que vaya en una de ellas, repujada en la grafía, toda una alma.

—¿Alguna nueva iniciativa para mejorar el servicio?

—Estoy atento a la preparación de los tubos automáticos que transportarán la correspondencia a distancia por medio de cables.

—¿Cuándo se inaugurarán?

—Próximamente.

Aludimos a lo poco cómodo del edificio que ocupa actualmente la Dirección y dependencias principales de Correos y Telégrafos.

El edificio nuevo, toda una necesidad como Vds. sienten, se habilitará en las postrimerías del año 1927 o principios de 1928.

Contrario a la egolatría, ese mal que a tantos ataca, subvirtiendo el orden moral de la existencia y, convirtiéndolos en protervos, no habla de su persona tan atrayente y prestigiosa, por sus méritos intelectuales y la "causerie" bella que lo destaca en los salones aristocráticos.

—¿Mi actuación? — Para qué hablar de eso. He consagrado mi vida a servir como argentino a mi patria y al partido glorioso que fundara Leandro N. Alem, lo demás ya lo saben Vds.

Dejamos al doctor Arturo Goyeneche. Las tareas de su cargo lo reclaman y nosotros, periodistas que sabemos el valor de un minuto, en la intensidad de la vida de las publicaciones, bajo el acicate de disciplina mental, el maremagnum de noticias que nos ahoga y el rugir vibrante de las rotativas admirables, comprendemos lo que significa para un funcionario como el entrevistado interrumpir su labor en beneficio del vivaz poder que es una sólida base de la democracia y alumbra el cerebro nacional.

Roque CEPEDA VERON.

DIRECCIÓN GENERAL
DE
CORREOS Y TELÉGRAFOS

Para Fray Mocho,
[illegible] mi simpatía

[illegible]

El horno de ladrillos

Por Vicente A. Salaverri

I

La primavera huraña puso al fin, junto a las márgenes de los caminos, la ancha planta decorativa de los cardos. Era aquel lugar casi desolado, donde pacían, ariscas, varios cientos de vacas y las ovejas ramoneaban, sin otra vegetación que los chircales. La cuadrilla arribó a la estancia del "Arbol solo" mediando el mes de octubre. El tiempo iba seco y en los establecimientos donde la mestización progresara, la fiebre aftosa hacía incontables daños.

Los ladrilleros acamparon junto a las márgenes del arroyito. El sauce que dió nombre al paraje, viejo, decrépito, languidecía y ninguna mano previsora tuvo a bien clavar en la tierra húmeda algún tierno retoño. Don Jacinto Malabia, cuyo nombre evocaba recuerdos sanguinarios (verdaderos crímenes alevosos, hechos con el pretexto de la revolución), ahora vivía bien avenido con su estirpe de gaucho indócil, rehacio a todo lo que fuera progreso:

—¿Qué me va a decir a mí, pues amigo? Estos gringos son los qu'han tráido las pestes al país. ¡Qué se guarden sus toritos pampas! ¡Lo mío es criollo erecho, chicuelo y de pelo entreverao, pero lo mismo se ha'e vender.

Y tuvo la suerte de que esa primavera sólo alguno que otro animal se le enfermara de aftosa. Don Jacinto Malabia recibió a los ladrilleros con aquel su habitual y desdeñoso mohín. Mirábalos con una compasión en la que entraba, en consideranble dosis, el desprecio. Primero saludó al viejo italiano, capataz de la cuadrilla; luego a un hijo de éste, con mirada torva, alto, recio, flaco y desgarbado; por fin a los peones indígenas: un mulato parsimonioso y un presumido indiecito, a quien llamaban el Tero. De pronto, Don Jacinto Malabia torció el ceño, pues detrás de unos mazos de paja, parados como haces de trigo, había visto cambiándose de ropa, a una mujer. Las yeguas viejas resarcianse, con la abundante pastura, de quién sabe qué escaseces, y unas gallinitas negras escarbaron con avidez las bostas humeantes:

—¡Ché, viejo pícaro!: ¿también andás vos con polleras?

El ladrillero sonrió servil, dilatando una boca enorme y desdentada:

—Patrón: es mi hica ¿sabe? A cortar ladrillo no le tiene miedo a ningún hombre.

La muchacha se había incorporado y adelantóse a saludar:

—¿Vos sos criolla o gringa como tu padre? — le preguntó el estanciero.

—¡Criolla como mama!

Y esto diciendo, tras de poner su mano pequeña y áspera entre los toscos dedazos de don Jacinto, fué hasta el carro, para sacar la olla con que cocinaría.

II

La primera semana se la pasaron preparando tierra. Hubo que traer de otra estancia palos de mimbre con qué alambrar el picadero. Arrojaron tierra, mezclándole todo el estiércol de caballo que fué posible conseguir. Se formó barro y las flacas yeguas dieron vueltas estúpidas como en las norias. Malvina, amazona en una petiza gateada, animó a las bestias con su voz estridente y un arreador de trenza:

—¡Vamo, yegua tuerta!... ¡Rabicana!... ¡Camine, tordilla maula!...

Con sus diecinueve años sensuales, el Tero, que se conchavó pocos días antes, gustaba de sorprender intimidades de Malvina. Le atraían, sobre todo, sus fuertes piernas, más blancas de lo que dejaban adivinar los brazos, convertidos en bronce por el sol. Viéndola a diario, al muchacho le temblaron un poco crispadas, las manos. Una tarde, Malvina cayó de la petiza, quedando medio presa entre el barro, hasta que el padre la pudo sacar, tirándole del pelo. Tuvo que bañarse, ya próximo el obscurecer. El Tero, sin que lo advirtieran los otros, arrastrándose por el pasto como una víbora, fué hasta donde estaba el sauce, y se ocultó detrás del viejo tronco. Escalofríos de muerte recorrieron su médula. Porque, besado por el sol que naufragaba ya, aquel leve cuerpo femenino era un oro sangriento. El Tero pensó que nunca le fuera dado mirar prodigio semejante.

A partir de aquí, trabajó con un ardor desconocido. Antes del amanecer estaba ya volcando sobre el pisadero la negra tierra de la carretilla. Sus siestas fueron breves y hasta que entraba la noche no suspendía el quehacer.

—¡Es guapo ese indiecito! — decíale don Jacinto al gringo viejo.

—¿Y qué quiere, patrón? Conmico, el que má y el que meno trabaca a custo — afirmaba entonces el ladrillero.

Pero el enamorado enflaquecía con su deseo insatisfecho, un trabajo excesivo y las comidas deficientes. La carne pocas veces iba a la olla, reemplazada por guisos de porotos a diario. Vacunando contra el carbunclo, en un establecimiento lindero se murió una vaca con preñez avanzadísima. El italiano pidió la carne e hizo charque. Pero con el calor se puso putrefacto y no lo comieron ni los perros.

—¿Por qué no compra por kilo en el boliche?

—Ma... ¿a trece vintene la oveca?... ¡E propio un robo, Cristo!

Sólo el Tero parecía no poner atención en los comistrajos, afanoso y ensimismado. Trabajaba con ardimiento, de sol a sol. Nunca cortó ladrillo, pero ahora desempeñábase como si tuviera la habilidad de un veterano. Encorvado, con la frente sudorosa a un palmo del suelo, movía incansablemente la hoja de su puñal. En ocasiones le enervaba una visión muy dulce. Malvina, a pocos pasos de él, engolfada en el trabajo, hacía una curva más viva de su cuerpo agilísimo. Y el vestidillo ascendía y el Tero clavaba miradas ardientes en los firmes muslos de la moza. Por las noches, mientras el viejo y sus dos hijos dormían en promiscuidad, dentro del pequeño rancho que al llegar habían hecho (tan reducido que era necesario meterse doblados), el Tero salía de abajo del carro, donde se tendiera, y escuchaba tras la pared

de paja, para percibir el ritmo de aquella respiración que sin duda estremecía el encanto de duras y ya muy turgentes prominencias.

III

Flaco y pálido, el Tero piensa que Malvina merece sus afanes bien. Ni es linda, ni tiene la codiciable carnosidad que tanto subyuga al hombre de campo. Pero en aquel prístino contorno, donde ni siquiera hay viejas, la hija del ladrillero lo es para él todo. ¡La mujer! Y algo de esto debe sucederle a los restantes hombres, porque el peoncito ha visto a su otro compañero, el mulato, que a veces la contempla con pasión, y a don Jacinto, que llega al horno de tarde y que, sin duda, la codicia.

El trabajo adelanta. Los adobes, después de tendidos al sol, fueron puestos en ringleras y ahora, con innegable maestría, se está cargando el horno. Es un tronco de pirámide, ancho y negro como el pecado. Cuando lo recubrieron de barro, para hacer la cocción, el Tero sintió una angustia muy viva. Hasta entonces, trabajara con impaciencia, sin un desmayo, sin postraciones. Y ahora languidece, comprendiendo que hizo mal en apresurar la tarea, pues cuando el ladrillo quede listo va a perder el "conchavo".

Tendrá que partir rumbo a otras zonas, en duro peregrinaje, buscando patrón. Su esperanza aquí, fué el viejo, viéndole infatigable, lo admitiera en la familia. Pero no: Minotto, el hermano de Malvina, lo mira con recelo. Debe haberle desacreditado — ¡contando quién sabe qué miserias! — ante el genitor. Cuanto más trabaja, mayores desconfianzas palpa. Sin embargo, Malvina, en ocasiones, descubre sus fatigas de hombre enamorado y paga sus solicitudes con una mirada intensa.

¡Ah, sus ojos! ¿Por qué hasta entonces parecióronle todos los ojos verdes, pupilas de coruja?... Creyó que nunca resultaríale incitación un cuerpo descarnado. Sus sentidos se trastornaban pensando en mujeres imprecisables; pero eran mujeres de otro tipo: rollizas, abundantes. ¿Cómo, entonces, tiembla y se retuerce de noche ahora (mientras mugen enardecidos los toros) ante la evocación de aquel cuerpo de víborezno, casi masculino, sin otra curva pronunciada que la del pecho virginal?...

. . . .

La mañana en que se carga de leña el horno, es clara y tibia. Trasciende a primavera. Mas a mediodía, cuando los troncos y el ramaje seco crepitan alegremente ya, ciega un sol picante.

—¡Se va a descomponer el tiempo! — rezonga el patrón, un poco intranquilo porque el ladrillo puede salirle blanco.

—¡Era lo que se prechisaba, madonna!

Horas más tarde llueve copiosamente.

—¡Cristo! ¡A vere unas bolsas viecas! ¡M'hijo, pidale osté al patrón unos cuerros de vaca pa tapar!

Malvina y el Tero recubren el tronco de pirámide afanosamente. Pero el agua llega hasta leños encendidos que convierte en tizones. Algo hay, sin embargo, que no amengua. ¡Es el fuego juvenil, más intenso con la primavera!

IV

Minotto adivinó los deseos del Tero e impuso de ellos al viejo:

—¡Por eso es qué se mata! ¡Trabaja callao la boca porque la quiere conseguir!

—¿Pa casarse?

—¡O pa dirse con ella!

¡Cristo! ¡Con la falta que le hacía la muchacha! Cocinaba y en la tarea suplía siempre con ventaja a un peón. Vigilaron ambos. El viejo no presintió ígnea codicia varonil de su hijo. No acertó a ver aquellos celos que ponían al primogénito convulso en cuanto don Jacinto requebraba a su hermana o la devoraba con ojos chispeantes el Tero. Sobre todo, éste parecía extralimitarse en los últimos días, cual si anhelara aprovechar el poco tiempo que quedádales de vivir en común. Minotto se propuso expiarlo continuamente. Cierta noche, oyendo fuera un crugido siniestro, se incorporó sobresaltado. Tendió una mano en la obscuridad, palpando la cabeza, semicalva, del viejo. Tactea nuevamente y se percata de que Malvina no está allí. Entonces saltó fuera, con la avidez de un cazador, o aun mejor, con la acometividad de un perro de presa.



—Apúrate a armarlo. Papá está con un amigo y quiere hacerle oír una estación...

¡Aquí! — dijo la muchacha, adivinando que había presentido su fuga ya inminente:

Las sombras eran densas y Minotto tuvo que guiarse por la voz de Malvina.

—¿No me ves? ¡Aquí! Sigu'erecho.

Tardaba en orientarse, más atento que en descubrir el paradero de la hermana, en saber si el peón dormía aún debajo el carro. Salió la luna y pudo divisar la yegua del Tero que estaba ya ensillada:

—¿P'ande vas? — inquiere Minotto de mal talante, llegando junto al Tero:

—¡Voy pal pueblo!

—¿Solo?...

—Solo.

—¿Sin que te paguen?

—Pa cobrar siempre hay tiempo.

¡He de golver un día!

—¿Y d'áhi? Espérate. Le planto el recao a mi tubiano y arreglamo en'el boliche.

¡Amanecía. Los dos hombres montaron a caballo, saliendo rumbo a los Corrales al tranquito. Entre los pastos húmedos, saltaban, aun soñolinetas, las cachirlas. Al pasar la portera del campo, el Tero se bajó para abrir. Agil como un cachorro de puma, Minotto descabalgó también, partiéndole la espalda de un zarpazo:

—¡A trai!... ¡a trai!...

Desgarrado un pulmón por el fiero cuchillo ,el mozo se desangraba y nada más pudo decir...

En la comisaría, un poco más tarde, Minotto confesó el delito.

—¡S'habia'aprovechao e la mujer! ¡Lo madrugué como pude!

No dijo que aquella mujer era su hermana porque, en los ojos, de mirar duro y un poco abotagados ,debía estar fulgiendo el bárbaro ,el inconfundible ardor ancestral de todas las bestias en celo.

POEMAS DE LA PRIMAVERA

Golondrina

¡Bienvenida, viajera de un país lejano,
con tu bendito vuelo!... Volverá a darte el grano
el campo fertilísimo, su agua, el manso río...
Ha de poner sus besos el venidero estío
en tu plumaje obscuro, sencilla golondrina...
que traerá a mi balcón un rumor dulce y suave,
arrancado del cielo, puesto de que eres ave
que el secreto conoces de la nube y la estrella,
de la flor y los nidos y de la nota bella
del viento... ¡Bienvenida de ignorado país
golondrina, mi pobre corazón te ha de dar
toda su nota gris
en un triste cantar!

Los paraísos

Vetustos centinelas de mi calle,
corpulentos, erguidos y alineados,
fiesta de trinos tienen en las tardes,
fiesta de trinos que le dan los pájaros!
Reaniman el encanto de las horas
y dan poesía al silencioso barrio,
y cuando cae la noche con su sombra
para avivar el fuego de los astros,
bajo sus copas el amor se rinde,
bajo sus copas se unen muchas manos
de aquellos que sintieron el flechazo
del niño arquero y sin pensar se amaron!...

Félix B. Visillac.

La vida en relación del tamaño.

La longevidad en los animales suele estar en proporción directa de su tamaño.

La vida de une elefante es quince veces más larga que la de un conejo, y la de un ganso, ocho veces más que la de un gorrión.

Entre los pobladores del mar, la ballena, que es el mayor, es, también la que tiene más larga vida.

También puede aplicarse esta regla a la raza humana. Sin remontarse a tiempos remotos, encuéntranse numerosos ejemplos. Entre los tipos mayores están comprendidos los ingleses, escoceses, escandinavos, búlgaros y tártaros.

Los ingleses y escoceses viven, por lo general, bastante más que los italianos y turcos.

El presidente y el albañil

Por Pierre Weber

Hace varios años, el hombre que manejaba en aquel entonces el emblemático carro del Estado y lo piloteaba sobre las ondas del tradicional volcán, sintió deseos de imitar al sultán Haroun-al-Raschid y salir de noche, convenientemente disfrazado, a fin de mezclarse con el pueblo e inquirir el pensamiento del populacho, respecto a la forma que tenía de gobernarlo.

Durante varios días soñó con ese proyecto, hasta que una noche, deseoso de ponerlo en práctica, pretextó un fuerte dolor de cabeza para despedir a sus habituales contertulios y retirarse a las habitaciones privadas que ocupaba en el palacio presidencial. Horas más tarde podíase ver salir, por una de las puertas secretas, un individuo, cuyo rostro ostentaba un soberbio par de patillas rubias, la cabeza adornada con un gran chambergo que denotaba bastante uso y un traje que, aunque limpio, estaba muy raído. El hombre, con esa indumentaria, hubiera podido presentar todo el aspecto de un pobre errante, si un espléndido par de botines de charol no hubiese delatado la mentira que escondían ese traje y esa barba postiza.

El falso vagabundo no era otro que el excelentísimo señor presidente de la República, que, poniendo en práctica su idea, se dirigía de riguroso incógnito a tomar el pulso de su pueblo, enterarse de sus necesidades y preguntarle: "¿Dirijo el país como lo deseáis? ¿Estoy en el buen camino? ¿Se me quiere?" En el fondo de su ser no podía dejar de sentir cierta emoción, que hacía latir más de prisa sus arterias. "¿Y si oigo críticas demasiado acerbas? ¿Si me insultan? Porque, la verdad sea dicha, todos me conocen, pero yo no conozco a nadie".

El eco de sus pasos resonaba por las calles desiertas. El "Amo" de la nación pasaba revista al sueño de los ciudadanos acomodados. Se sentía bien solo. ¡Ni un agente asomaba en el horizonte.

Al llegar a una plaza céntrica vió varios obreros que, sentados en diversos bancos ,comentaban los sucesos del día. El presidente acercóse y trató de trabar conversación, contestando preguntas que nadie le dirigía y dando detalles que nadie le pedía. ¡Qué desilusión! A las primeras palabras que pronunció se le examinó con miradas recelosas; luego, sospechando de ese hombre tan mal trajeado, pero tan bien calzado, que trataba de hacer hablar a los proletarios, las conversaciones cesaron como por encanto y los obreros se dispersaron, no sin antes lanzar al intruso, algunos epítetos bastante disonantes.

Sin amilanarse por el contraste, con esa paciencia que engendra mártires, el presidente sentóse en un banco al viejo trabajador.

—Y, amigo, ¿qué me cuenta de la política? — dijo con su amable voz.

El obrero, sacando su pipa de la boca, contestóle:

—¿Quieres mandarte mudar, espía del demonio? Hace rato que vengo observando tus maniobras y te he calado. Escapa prontito si no quieres que te rompa un par de huesos...

El hombre de las patillas se alojó, en medio de las risotadas, y aunque un poco contrariado, iba murmurando:

—¡Si supieran quién soy!

Imposibilitado de comulgar con el pueblo al aire libre, pensó en ir a buscarlo en las tabernas, donde tal vez se mostraría más dócil. Luego de examinar desde las vidrieras varios despachos de bebidas, se decidió a entrar en uno, donde obreros en blusa consumían brebajes junto al mostrador, mientras en varias mesas otros se entretenían en jugar a las cartas. Entró y se instaló frente a una copa de coñac, con la cual se hubiera podido fácilmente grabar planchas de cobre. Buscaba la manera de entablar conversación con sus vecinos, cuando entró en el café un obrero albañil, quien, luego de efectuar con la vista una rápida inspección a la sala, vino a sentarse en su mesa.

—¡Con permiso! — dijo cortesmente.

Tenía toda la traza de un buen trabajador, de aspecto franco, abierto, y su acento revelaba el provinciano. El presidente, encantado, contestó:

—¡Con mucho gusto!

—Lindo tiempo, ¿eh? — dijo el hombre. — Dan ganas de vivir...

—Hombre, eso será según el criterio de cada uno. Por lo visto, usted está contento de su suerte.

—¡Y cómo no he de estarlo! Todo me va bien.

—Dichoso de usted, porque con un Gobierno como el que tenemos...

—¡Oh el gobierno! Si no hay nada que reprocharle. Hemos tenido muchos peores. Por lo menos, el hombre que hoy nos preside no es un explotador. Es un antiguo obrero como nosotros.

—¡Cierto! — apoyó el presidente, sonriendo.

—Es un ejemplo para todos los trabajadores, pues así aprenderán que con energía y buena conducta se pueden escalar todos los puestos. Si el presidente hubiera hecho como muchos que se gastan todo el jornal en las tabernas, en vez de llevar una vida sobria y estudiosa, no hubiese llegado a la alta posición que hoy ocupa.

—Es verdad...

—Y vea — continuó el obrero, apoyándose familiarmente sobre el brazo de su interlocutor, — ¡por eso se le quiere a ese hombre! Tiene puños, no es orgulloso; en fin, es uno de los nuestros.

—Sí..., sí...

—También todos lo respetan. Hasta los mismos anarquistas. No hay temor de que intenten algo contra él. No es un haragán ni un aristócraata como los anteriores.

—Seguramente — asintió el presidente.

—¡Un verdadero padre de familia! ¡Nuestro hombre! ¡El ídolo del pueblo! Concluirá por hacer callar a esos cuatro gritones de las Cámaras y por conciliar a todos los partidos.

—Tome usted alguna cosa — imploró el presidente.

El obrero aceptó; continuó diciendo muchas cosas; le confió que el país se sentía mejor desde que era gobernado por tal hombre; que las huelgas habían terminado; que no existía más ni el pauperismo, ni la cuestión social, etc., etc. Y mientras desarrollaba su tema, el corazón de su interlocutor estallaba de gozo. Por un instante tuvo la veleidad de nombrarse, de darse a conocer declarando su título; pero supo resistir a esa fantasía. Pagó el gasto, apretó con fuerza la mano de su novel amigo, y retornó a su casa, juzgando que la experiencia había sido concluyente. Acostóse y soñó que el pauperismo había desaparecido, y que se veía obligado a crear "pobres oficiales" a fin de mantener la caridad gubernativa.

Apenas había despedido de su interlocutor, el obrero albañil, perdiendo como por encanto su tonada provinciana, pidió recado de escribir, y, con mano experta, redactaba:

"Señor jefe de Policía: De acuerdo con sus instruccionse, he seguido al señor presidente de la República hasta las tabernas. Disfrazado de albañil, le abordé, y sostuve con él una larga conversación. Creo haber hecho uso de toda la reserva y discreción que el señor jefe me había recomendado. El señor presidente no ha sospechado la supercheria. También me imagino su estupefacción cuando lea en los diarios de la mañana el relato de su excursión y la versión taquigráfica de la conversación que hemos sostenido. Creo que la he redactado en forma de aumentar más la popularidad de que goza su excelencia, y de atraerle mayormente el afecto de sus compatriotas. Esperando haber cumplido a la entera satisfacción del señor jefe la misión que tuvo a bien encomendarme, me es grato saludarle atentamente. — *Serot*, inspector de primera clase. Servicio Político."

En el restaurante

El cliente (alemán). — Moso, traerme una dosena de ostras bien podridas.

El mozo (pocos momentos después). —Señor, aquí las tiene.

El cliente. — Ahora traerme una docena de ostras bien frescas.

El mozo sirve las ostras frescas y luego no pudiendo reprimir su curiosidad, le pregunta:

—¿Quiere usted decirme por qué pide primero ostras podridas y luego frescas?

El cliente. —¡ Ja, Ja, Ja. Pues muy sencillo; mi tener la solitaria. Primero meterle ostras podridas para que ella coma y luego ostras frescas para mí.

FAVORES A REDITO

Por A .Sánchez Pérez

Como las gentes poco misericordiosas buscan en las miserias fingidas pertexto para no acudir en auxilio de verdaderas necesidades, así con lo frecuente de la ingratitud procuran justificarse a los ojos de los demás, y aun a sus propios ojos, los que no son aficionados a perstar favores, o quieren "prestarlos" con su cuenta y razón.

De estos apreciables sujetos hay muy bien por todas partes; muchos más de ingratos. Y, sin embargo, de los ingratos estamos hablando siempre y de los usureros de la gratitud casi nunca decimos una palabra. Sospecho de esta anomalía, más aparente que real, consiste en que de usureros de la gratitud tenemos todos algo, y de ingratos somos muchísimos los que no tenemos nada.

Ahí está, por ejemplo, mi amigo Valentín; y digo ahí está, porque presumo que en alguna parte estará; pero no porque yo sepa dónde se halla; ahí estará, repito, donde estuviere, mi amigo Valentín de quién no se tiene noticia de que haya hecho jamás los favores de balde; pues óiganle ustedes quejarse de ingratitudes cosechadas, de desengaños recibidos, que no parece sino que se haya pasado la vida haciendo mercedes a toda la humanidad y que la humanidad se ha confabulado para olvidar o desconocer sus favores.

El, Valentín, quiero decir, no es como la generalidad: eso dice Valentín mismo: jamás olvida los favores recibidos, por insignificantes que sean, y lleva su gratitud a tal extremo, que ya mortifica al favorecedor por lo exagerada.

En cierta ocasión hube de prestarle un servicio de muy escasa importancia, servicio que seguramente habría yo dado al olvido si Valentín no me lo recordase constantemente. En el teatro, en el café, en paseo, en una boda o en un entierro, donde quiera que nos encontramos, Valentín se viene como flechado a donde yo estoy, me tiende la "diestra", con la "siniestra" me da un golpecito en la espalda, y me suelta indefectiblemente el mismo discurso:

"Celebro encontrarte: ¿estás bien? tenía deseos vivísimos de darte nuevamente las gracias. ¡Oh! yo nunca olvido los favores que se me hacen. Mientras viva recordaré que acudí a ti y que tú me serviste. Gracias, gracias."

Figúrese cualquiera si esto, repetido uno y otro día, y siempre, no acaba por ser insoportable. He llegado a cobrar miedo a Valentín, y mil veces prefiero a esta gratitud molesta el más duro desagradecimiento.

Pero sucedió un día que un amigo, amigo de verdad, a quien quiero mucho y por quien soy capaz de cualquier acto heroico, hasta el de buscar a Valentín, necesitó que éste le favoreciera en ciertas pretensiones y allá me fuí yo como un valiente decidido a escuchar una vez más las tonterías de Valentín, y a sobrellevar sus afectados y empalagosos alardes de agradecido.

Llegué a su casa; me soltó el consabido discurso, que yo no repito porque el lector ya lo conoce, y cuando hubo terminado sus enfadosas protestas de siempre, comenzamos el siguiente diálogo:

—Y sepamos, ¿qué buenos vientos te traen por esta casa? Seré bastante afortunado para que me des la ocasión de probarte con hechos la sinceridad de mi agradecimiento? Ya sabes que deseo servirte.

De eso se trata.

—¿Necesitas de mí?

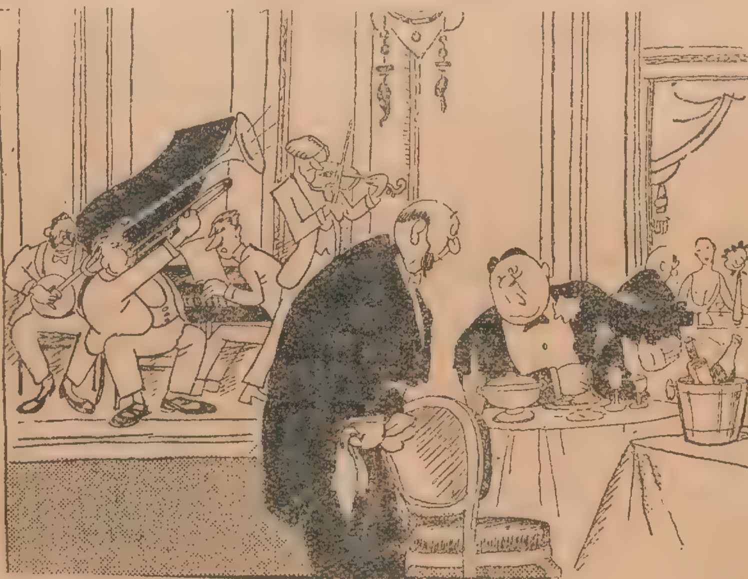
—Casi, casi.

—Pues habla. ¿Qué quieres?

—Quiero que interpongas tu influencia a fin de conseguir una credencial.

—¿Para ti?

—No: para un amigo.



—Haga el favor de decirle al "jazz-band" que toque más despacio, que yo no puedo comer tan deprisa.

—¿Quién es?

—Nicolás Oña; chico muy dispuesto, abogado, y...

—Sí, le conozco hace mucho tiempo.

—Bueno, pues, para ese.

—Pues ni para ese ni para nadie, interpongo yo mi influencia, ni molesto a mis relaciones.

—¿Cómo?

—Como lo oyes: ¡bah! el tal Oña, pájaro de cuenta; descastadote, ingrato; bien que en eso de ingrato no es solo; hay muy pocos hombres que reconozcan noblemente el beneficio recibido y lo recuerden siempre con gusto. Yo no soy así; ya lo sabes: el que me hizo un favor es siempre dueño de mi voluntad y de todo lo que yo valga y pueda; pero; ¡ay, amigo mío! como tú y yo hay pocos, muy pocos; acaso somos los únicos ejemplares. Siembra beneficios y recogerás ingratitudes. Por eso, nada, nada; lo he resuelto; decididamente no hago un farvor ni a mi padre.

—La teoría me parece muy exagerada y la práctica absolutamente imposible.

—Ni lo uno ,ni lo otro.

—Bien, no discutamos. No hagas por Nicolás lo que te pido: hazlo por mí.

—Por ti con mil amores; ahora mismo: por Oña, nunca. Es un ingrato.

—Pues no me lo parece.

—Porque tú eres demasiado bueno y piensas que todos son como tú.

—Gracias; pero de todos modos, ¿qué pruebas tienes de la ingratitud de Oña?

—¿Te parece poco lo que ha hecho conmigo?

—No me parece ni poco ni mucho, porque no lo sé.

—Pues Oña hizo lo que Gómez, y lo que González, y lo que Perez, y lo que todos. Yo he sido para todos ellos un padre; por ellos me he sacrificado y ellos, ellos... han correspondido a mis favores, con la más negra, con la más odiosa ingratitud.

Y dicho esto, Valentín se engolfó en una relación larga, muy larga, de los favores que él había dispensado a los susodichos Oña, González, Gómez, y Perez, y de su relación pude sacar en limpio que Valentín, so pertexto de dispensarles protección, había explotado a sus protegidos y cuando ellos se cansaban de ser explotados, comenzaban las recriminaciones de Valentín.

Al uno habíalo tenido, por espacio de cuatro años, al frente de su bufete como pasante, confiándole los negocios más difíciles y más desagradables, exigiéndole muchas horas de trabajo y pagándole mal y de mala manera una mezquina retribución: eso decía Valentín que era haberle hecho hombre.

A otro le alcanzó una plaza de noticiero en no sé qué periódico: y se cobró el favor con elogios exagerados que Valentín mismo redactaba siempre que tenía una vista, o pronunciaba un discurso, o publicaba un librejo cualquiera. De este periodista decía Valentín que él lo había dado a conocer y que sin su protección jamás hubiera salido de la obscuridad .

Y así por ese estilo eran todos los favores que Valentín había sembrado y las ingratitudes que había recogido.

Procuré convencerle de que no tenía razón, pero ¿quién hace creer a un tonto que es tonto en efecto? Renuncié a convencerle y renuncié también a sacarle la recomendación para Oña.

Mi visita, pues, resultó inútil por lo que respecta a la credencial apetecida; pero no lo fué del todo en lo que se refiere a mi experiencia.

Adquirí la certeza de que Valentín era un egoísta de tomo y lomo, incapaz de hacer un favor a su mismo padre, como, en un arranque de sinceridad, había confesado: que cuando podía convenir a sus planes o servir para su comodidad fingía favorecer a cualquier incauto cuyo talento o cuyas aptitudes utilizaba, y que a esta explotación indigna la llamaba él dispensar beneficios y que jamás ayudó a nadie sin que hubiese calculado lo que por aquel favor podría obtener.

Díme yo a pensar desde entonces si Valentín era una excepción entre los que se quejan de ingratitudes, o si es la regla general.

Y después de haberlo pensado maduramente, declaro que me inclino más a creer lo segundo que lo primero.

Podrá haber ingratos, no lo desconozco; pero son muchos menos de lo que por ahí decimos todos: en cambio, son muchos los que no hacen favores, o los que al hacerlos piensan en lo que esos favores pueden producir: estos son los que después se quejan de los ingratos, como los usureros suelen quejarse de los prestatarios insolventes.

Puede que me equivoque; pero siempre que oigo a cualquiera deplorar una ingratitud, me parece que es un mercader de beneficios que ha prestado sus favores a rédito.

A quien por impulso de su natural bondadoso favorece al amigo, socorre al necesitado, auxilia, a quien lo ha menester, no le ocurre jamás dar importancia a lo que espontáneamente hace, ni mucho menos exigir por ello la recompensa de la gratitud. Bástale y le sobra con la íntima satisfacción que siente cuando enjuga las lágrimas del triste, o atenúa las miserias del menesteroso.

Pero los que un día y otro, a todas horas, se quejan de no haber hallado más que ingratos en su camino, paréceme que deberían anunciar su industria en los periódicos en estos términos:

Ojo. — "*Hay favores*" para buenas hipotecas.

BENEFICIOS Y RECOMENDACIONES,"*se prestan*" sobre promesas de amor, de sumisión incondicional u otras garantías que convengan."

Esto podría asustar a ciertos espíritus delicados y meticulosos; pero tendría la ventaja de que todos sabríamos de lo que se trataba y nadie podría llamarse a engaño.

La moda entre los papúas

La moda entre las jóvenes papúas es llevar la falda corta, como cualquier damisela elegante.

Las pollitas papúas obtienen el material para sus faldas en un árbol, pero la selección la hacen con el cuidado con que nuestras muchachas eligente la tela en los comercios.

El material se lo proporciona gratis el plátano. Sus grandes hojas se raspan con afiladas conchas de mejillones hasta que quedan finas como la seda, se cortan en tiras con las que se hacen manojos y se tiñen en un líquido compuesto de agua, cal y jugo de corteza de una planta especial. Después, este material se une a otra tira ancha que hace de cinturón y en el cuerpo de una amiga que se preste a hacer de maniquí, se prueba para darle la longitud debida.

Cuando una jovenzuela papúa va a ser presentada en sociedad, sus padres llaman a un buen taraceador que haga en su cuerpo caprichosos tatuajes, en cuyo dibujo predominan los signos de la tribu o familia. Con el busto taraceado, su tonelete de fibras de plátano nuevecito, sus collares de conchas, sus brazaletes y ajorcas ya está lista para emprender la conquista del marido.

A veces, la muchacha, en la primera presentación encuentra novio que además de ofrecer los nombres del ilustre linaje de su padre, ofrece diez puercos, cinco libras de tabaco y algunos hasta añaden, diez metros de percalina roja, un hacha, un cuchillo, quizás una botella de aceite perfumado para el pelo y unas cuantas plumas de ave del paraíso. Si esto es poco, porque la novia vale la pena, será capaz de encargarse de proveer de cocos y hortalizas a los padres para el festín de boda.

No se crea que la moda en el vestir es cosa baladí entre las jóvenes papúas, pues éstas emplean las siete octavas partes de su vida en embellecerse y engalanarse.

Se embardunan el cuerpo con el rep[illegible]nte aceite de coco y ocre rojo y se pinta[illegible] cara de amarillo o blanco en círculos alrededor de los ojos y orejas y toques de rojo en la nariz y en las mejillas. En los brazos, en los tobillos y colgando del pabellón de la oreja, se ponen hojas perfumadas. Los collares de nácar, de dientes de canguro y de perro, de semillas coloreadas, cinturones y pulseras de fibras vegetales completan su atavío.

Los hombres elegantes, tienen la coquetería de llevar el tubo donde guardan el tabaco, atravesado en el lóbulo de la oreja.

Todos los hombres llevan ajorcas en la caña del pie, adorno que en los días de fiesta se aumenta con flores y plumas de colores.

En las grandes solemnidades los hombres suelen lucir unos elaboradísimos tocados. Su cabeza es un monumento de plumas de ave del paraíso, de cacatúas y loros.

Ahora es la moda entre los "pollos bien" el pelo teñido de rojo, por lo que todos ellos someten su cabellera a una pasta calcárea, obtenida por la calcinación del coral.

El peluquero les raspa la barba con dos conchas afiladas y como la moda exige que los hombres tengan muy poca cintura, soportan mil torturas por parecerse a las avispas.

Algunos etnólogos creen que los papúas son los descendientes de las tribus perdidas de Israel. Algunas de sus costumbres y ceremonias son verdaderamente las que hoy, exclusivamente practican los judíos. La isla de Nueva Guinea, cuya parte meridional es la que forma el territorio de los papúas, es después de Australia la mayor isla del mundo. Su mitad occidental pertenece a Holanda, mientras que la parte noroeste, antes alemana, está gobernada por la Australia bajo el mandato de la Sociedad de las Naciones.

También el territorio papúa está gobernado por Australia de la que está separada por el estrecho de Torres.

La capital de Papúa es Port Morseby, pueblo interesante que sólo tiene dos tiendas, dos pequeños hoteles, los edificios del gobierno y residencias de funcionarios, todos ellos construídos sobre pilotes a cierta altura del suelo para hacerlos más frescos en aquella tórrida temperatura.

Unos cuatrocientos australianos viven en la capital, gozando de las ventajas de la civilización moderna; luz eléctrica, automóviles, teléfono, cines y buena agua potable.

A cinco kilómetros del puente, al otro lado de la bahía hay tres aldeas Hananbaba, Tanababa y Elevara, cada una con dos mil indígenas. Todas sus chozas están edificadas sobre postes en el agua, y el material de construcción es la madera y un tejido vegetal, para las paredes con techos de hierba, paja y hojas de bambú. Estas chozas tienen una especie de balcón por el que por una escalerilla se baja a la orilla de la bahía.

Las mujeres van a sus campos a trabajar y al atardecer se las ve volver cargadas con pesos enormes, veinticinco o treinta kilos de ñame, taro o plátano.

Estos indígenas son vegetarianos y sólo en las festividades, comen enormes cantidades de cerdo asado, su manjar favorito. En el interior, sólo hay una plato preferido al cerdo: la carne humana.

EL REGALO DE BODA

Por Antonio Portnoy

Para FRAY MOCHO.

Desde hacía algunos meses la nota de alegría del hotel "Continental" de la rue Lafayette, le daba aquella despreocupada turba de huéspedes argentinos, muchachos de veinte a treinta años, pertenecientes a distinguidas familias de la sociedad porteña, que hallaban de muy buen gusto derrochar sus pesos a manos llenas en la populosa Ciudad Luz.

Jóvenes dados a la disipación y al holgorio, para quienes la vida se reducía en esencia a divertirse, creían inútil complicar su existencia con intereses y preocupaciones trascendentales.

Filósofos epicúreos en su profesión de fe subconsciente, buscaban la felicidad en la privación de todo esfuerzo, moral o físico, que pudiera resultarles penoso. así, sin compromisos ni deberes, costeaban la vida como meros espectadores, sin comprender que sólo les era dado atisbar débiles claridades de la verdadera luz que fulgía más allá de su alcance.

El dueño del hotel, M. Girard, señor obeso, calvo y miope, se encogía de hombros tranquilamente cuando se le hablaba de aquellos mozos tarambanas venidos de ultramar o levantaba los brazos en actitud dramática y se apretaba la sien con el dedo índice, imprimiéndole un elocuente movimiento rotatorio, semejante al girar del manubrio de un organillo.

Después de todo, no les faltaba dinero para pagarse el lujo de alguna inocentada, tal como la de robar un beso a la bella cajera — sin perjuicio de la correspondiente "indemnización" —, o de ensayar la puntería con los trozos de hielo que venían en los baldecillos de champaña, tomando por blanco los espejos de las consolas o las finas bombillas eléctricas pendientes de las arañas. Estas y otras parecidas bromas hacían hipar de hilaridad a los muchachos, sobre todo después de haber ingurgitado respetable lastre de copetines, entre ellos los infaltables "coktails". Solía elevarse entonces un ruido tan estrepitoso de gritos y carcajadas que ahogaba las notas musicales rezumadas por el bandoneón al tocar un "shimmy" a la sordina.

Cada vez que recibían una amonestación de M. Girard, le empeñaban formal promesa de enmienda, pero apenas transcurridos varios días volvían invariablemente a las andadas.

Entre el grupo habitual de los alegres contertulios del hotel sólo un joven — Pepe Ortiz — difería notablemente por su carácter de los demás. Era serio, juicioso y se abstenía siempre de participar en las acostumbradas "juergas" de sus compañeros. A diferencia de ellos, no disponía de dinero para despilfarrarlo en comilonas y gaudeamus, amén de que por muy distinto motivo se hallaba en París. Alumno sobresaliente de la carrera de medicina, seguía en Francia los cursos de la Sorbona en calidad de alumno becado de la Universidad bonaerense.

La única razón que le había inducido a convivir con aquellos pisaverdes de livianas costumbres, era la comunidad de patria, supuesto que no la afinidad espiritual.

Ortiz había tenido que arrostrar al principio las iras y la mofa de los petimetres, cuando se excusaba de acompañarlos a los espectáculos del "Moulin Rouge" o del "Folies Bergère", pero luego acabaron por habituarse a prescindir de su compañía, y cesaron de hacerle objeto de sus pullas.

Mientras sus camaradas se divertían en los teatros de Montmartre que llaman "boîtes" los parisienses, sin que faltasen las cloróticas "midinettes", el "doctor", como le decían comúnmente, se pasaba las horas entregado al estudio, junto a enormes volúmenes e informes piezas anatómicas.

Pensaba con nostalgia en sus padres y hermanas que había dejado en Buenos Aires, y este recuerdo constituía para él un acicate que le infundía ánimo para perseverar en la senda que se había trazado. Aspiraba a labrarse un digno porvenir y a mostrar que no defraudaba las esperanzas cifradas en él por su familia.

Un día mientras almorzaban en el comedor principal, Roberto Ezcurra, uno de los que más eran celebrados por sus graciosas ocurrencias, trajo a colación un tema que interesó vivamente a los comensales. No podía tratarse, desde luego, sino de algo relacionado con el "eterno femenino".

—¿Se han fijado, muchachos, en la nueva huésped del hotel?

—No, Roberto, ¿quién es?

—Una rubia capaz de enloquecer al más cuerdo, hermanos. Renuncio a hacerles la descripción, porque a lo más sería un pálido esbozo al lado de un precioso original. Ver para creer, amigos.

—¿Y cómo es que nadie la conoce? — preguntó admirado Fernando Oyuela.

—Porque, según me ha dicho el "groom", la ninfa ha llegado anteayer, y, además no tiene su departamento aquí, sino en el segundo piso. Y para colmo de suerte, llega sola, solita...

—¡Viva la rubia del segundo piso! — exclamaron a un tiempo Alberto Roca, Raimundo Alzaga y Fermín Costa, mientras llenaban sus copas.

—No se entusiasmen tan pronto, compañeros, — volvió a decir Ezcurra — que la chica nos va a resultar algo dura de pelar para el atropello amoroso.

Esta mañana, cuando iba a encender un cigarrillo le ofrecí un fósforo y ella ni siquiera se dignó aceptarlo, pues dándome las gracias en tono glacial, pidió al camarero una cerilla...

—¡Bah, tonterías! — repuso Oyuela —; las más obstinadas al principio son las que se vuelven más mansas después. ¡Ya verán! ¡Si entenderé yo de eso!... — añadió con un gesto de petulancia.

—Bueno — prosiguió Ezcurra, — ya que te das aires de tenorio, quedas designado por mayoría de votos para iniciar el "flirt" con la rubia.

—¡Muy bien! ¡Bebamos a la salud de Oyuela! — dijeron varios a coro.

El aludido, que llevaba como timbre de honor el mote de "el guapo", levantóse pavoneándose para salir de la sala.

—¿Dónde vas, Fernando? — preguntaron todos.

—¡Pst! El tiempo urge, amigos. Ahora mismo encargo el ramo de flores y alguna alhaja, ¡y después derechito a lo de la chica!

—¡Buena suerte, Fernando! — le contestaron en tono de leve ironía.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, volvieron a reunirse en el comedor, pero con sorpresa hallaron a Oyuela pensativo y cariacontecido. Hubo cuchicheos y sonrisas maliciosas. Prodújose luego un silencio grave, que denotaba la general espectativa.

—¿Qué tal te fué? — se atrevió a preguntar por fin Alberto Roca.

—La verdad es que no hubo caso. El asunto se me presentó más peliagudo de lo que pensaba — respondió el interpelado, con un dejo de tristeza.

—¿Y tus obsequios?

—Podía ahorrarme el gasto; no me los ha aceptado — contestó en tono sincero.

—¡Malo! — dijo Ezcurra —; ¡Mucho me lo temía!

FACUNDO

¡Facundo! Sólo el nombre estremece, ¡Facundo!
Su mano, como garra inconmovible y fuerte,
hubiera estremecido los cimientos del mundo
si no le hubiera dicho ¡basta! la misma muerte.

Sobre el corcel salvaje, ágil, sañudo, recio,
quemado por el viento del Norte ,arremetía
con sus huestes sangrientas ,altivas de desprecio,
Su mirada brillaba, pero el sol se ponía.

Ríos, arroyos, pampas dejaba atrás triunfante;
era un tigre insaciable que no halló jamás rejas.
Los pueblos le observaban con mirar suplicante
cuando Facundo alzaba el arco de las cejas.

La víctima a sus pies, con los ojos sin brillo,
conocía en el cuello la marca de su uña;
penetraba en la arteria el filo del cuchillo,
y él reía debajo su poncho de vicuña.

Vorágine, torrente, viento obscuro deshecho,
azotaba los pueblos cercanos y lejanos.
Las madres apretaban los hijos contra el pecho
al trotar del caballo del señor de los llanos.

A veces en los ranchos vibrantes de guitarras
penetraba sombrío. Todos se estremecían,
pero como Quiroga no mostraba sus garras ,
de nuevo los colores del pericón mecían.

Sin embargo, las lindas muchachas de ojos tiernos
soñaban con el héroe de pañuelo granate,
y en las largas veladas de los largos inviernos,
evocaban sus luchas en la rueda del mate.

¡Facundo, viento negro de la raza! En las chozas,
en tormentosas noches en que el viento rugía,
los gauchos creían ver sus huestes sigilosas
y la hoja del puñal que la rendija abría.

¡Facundo! viento negro de los llanos sombríos,
sombra roja en el potro que apresuró su ocaso.
Cuando en su última hora cruzó los rancheríos
y se lanzó a la pampa, Satanás le dió paso .

Bartolomé GALINDEZ

A despecho del primer fracaso, uno de los muchachos más animosos, Fermín Costa, intentó otra "arremetida". Vistióse de escrupulosa etiqueta, sin olvidar la levita negra, ni el chaleco albo de piqué y, tomando un bastón de elegante empuñadura, se dirigió al ascensor, para ir a presentar sus respetos a la rubia señorita.

Al tocar el timbre apareció una mucama, de bastante buen palmito, que miró con extrañeza al desconocido.

—¿Está visible "mademoiselle"?...

—Pierrette.

—Eso es.

—No, señor; hoy no recibe a nadie.

Un billete de diez francos tornó razonable a la criada.

Al penetrar en una salita coquetonamente amueblada en estilo jacobino, se encontró con la misma Pierrette, que se disponía a salir después de mirarse por última vez en el espejo.

—¿Qué se le ofrece, caballero?

—Pido a usted mil perdones, "mademoiselle", pero como he sabido que desde el sábado somos vecinos...

—Viene a presentarme sus respetos, ¿no es eso, señor? Pues crea que mucho le agradezco su gentileza, caballero, pero he de pedirle a mi vez disculpe, porque me es imposible concederle siquiera dos minutos. Un asunto urgente requiere mi presencia en otra parte. Adiós, señor.

—Sólo quería decirle...

El galán comprendió que era inútil continuar, porque ya la turbadora rubia penetraba en su lujosa "limousine", dejándolo solo, sin la menor ceremonia. En su retina quedó esterotipada su imagen deliciosa: el corto cabello dorado que evocaba una virgen de Tiziano, la tez mórbida y aterciopelada, de rosa desvaído en las mejillas y sombreada de azul bajo los ojos; las pupilas diáfanas y de un húmedo abrillantado; la boca sangrante y pulposa; su cuerpo todo, lirio vivo, esculpido en bloque de mármol pentélico...

—¡Al diablo! — murmuró despechado, — mientras regresaba cabizbajo a sus habitaciones.

La tercera y última tentativa la emprendió Raimundo Alzaga..., con un resultado desastroso. La divina Pierrette se mostró desagradada por la visita, y hasta llegó a amenazar con referir al gerente del hotel la molesta asiduidad de que se veía objeto.

La joven parecía tan hermosa como "inexpugnable".

Ante los tres fracasos continuos nadie se animó a tentar la aventura.

Varios días después contaron el caso a José Ortiz, quien, con gran asombro de todos, demostró vivo interés por las peripecias del trivial asunto.

—¿Qué les parece, amigos, si me aplico a la conquista de la joven?

La estupefacción más general se reflejó en los rostros de sus compañeros, que, tras un silencio, acogieron con una sonora carcajada tales palabras.

—¿Tú? ¿El doctor? — preguntó Costa maravillado.

—¡Tiene gracia, verdaderamente! — exclamó Roca, que se desquijarraba de risa.

—¿De qué te ríes, gaznápiro? — díjole Ortiz algo amoscado.

—¡Apuesto mil francos a que no consigues salir a la calle en compañía de la francesa! — agregó súbitamente Roca.

—¡Y yo mil doscientos! — terció con vehemencia Alzaga.

—¡Y yo apuesto dos mil! gritó Oyuela.

—¡Un momento, amigos! — volvió a decir Ortiz — ya que los veo tan enardecidos, les propongo un trato formal. Solicito una semana de plazo para enamorar perdidamente a la Pierrette.

—¿Posees algún filtro mágico, como el de Tristán e Iseo? — le interrumpió Costa.

—Nada de burlas; hablo en serio. ¿Cuánto dan si logro mostrarles que la Pierrette me abraza en transporte delirante?

El hecho pareció inaudito e imposible. Menudearon las apuestas en dinero.

—Bien se comprende — continuó Ortiz — que la tarea no presenta fáciles perspectivas y que si no me anima ningún aliciente pecuniario, no pondré ningún entusiasmo en la hazaña... ¿A cuánto monta el total de las apuestas? — preguntó dirigiéndose a Ezcurra, que oficiaba de secretario.

—Nueve mil trescientos francos — contestó el interrogado.

—¿No se podrían agregar setecientos para redondear el número? — insistió Ortiz.

—¡Ah, ya caigo! — saltó de repente Roca — ¡Vas a sobornar a la francesa con esa suma, u otra menor, con tal de salirte con la tuya!

—¡Qué simpleza! Para que vean que no pienso hacer nada de eso, propongo firmar una obligación, por la cual, en caso de ganar, me comprometo a depositar la cantidad íntegra en un Banco.

—¡Aceptado! — exclamaron todos al unísono.

Estaba ello tan fuera de su línea de conducta habitual, que, realmente, nadie podía encontrar la menor explicación al hecho.

Ortiz, el joven serio y circunspecto, que al parecer vivía sólo para la ciencia, ¡se veía enredado en una vulgar aventura de faldas!

¡Era algo insólito y desusado!

Raimundo Alzaga propuso que antes de formalizar las cláusulas de la apuesta, intentase el conquistador en ciernes una pequeña "acometida" por vía de "ensayo".

Fué así que al día siguiente se acercó el joven a la beldad, tratando de trabar con ella relación, mientras algunos de sus compañeros lo observaban furtivamente a la espera del desenlace.

Era el momento en que la orquesta dejó oír el preludio de un vals, y las parejas se levantaron de sus asientos para iniciar las figuras de la danza.

Ortiz, con paso firme se acercó a la Pierrette y galantemente pidió que le concediera el primer número del baile. La tentadora joven le dirigió de soslayo una mirada fulgurante, y se apartó inmediatamente para aceptar el brazo de un distinguido caballero.

No podía darse mayor torpeza y falta de tacto para entablar amistad con una desconocida.

Ezcurra, Alzaga y Oyuela, que no lo perdían de vista, sonrieron con íntima satisfacción.

* *

—¿Persistes firme en tus trece? — le preguntaron con sorna esa noche, al reunirse como de costumbre en el comedor.

—Más que nunca — respondió — Denme una semana de término, hasta el próximo sábado, conforme hemos convenido.

La terquedad de Ortiz gustó a los presentes, algunos de los cuales, para atizar su ardimiento, casi duplicaron las sumas de la apuesta. El convenio tomaba un cariz bastante serio, porque, en caso de perder, se había decidido que debía aportar, en beneficio de sus compañeros, la cantidad de dos mil francos.

Transcurrió la semana sin novedades referentes al "asunto". El mismo galán parecía ser el que menos se preocupaba a su respecto y no dejó de dedicarse a sus ocupaciones habituales.

Llegó por fin el ansiado sábado.

Ortiz, sin descubrir su estado de ánimo, rogó a los muchachos que lo esperaran a las 9 en el parque del hotel.

Era una clara noche plenilunar. Bajo los reflejos iridiscentes del polvillo estelario se coloreaba la arboleda de suaves tonalidades obscuras. La luna cabrilleaba en las aguas especulares de una pequeña fuente, ornada con una marmórea figura de Venus Citerea. Y en derredor se extendía la urbe mugiente constelada de luces, que parpadeaban sin cesar en la diafanidad de la noche. A ratos, el ojo ciclopeo de la torre Eiffel rasgaba las sombras con su monstruosa pupila bermeja. Y más allá, por un lado se divisaba el Arco de Triunfo, los Campos Elíseos, el Bopis; y por el otro, la plaza de la Concordia, la rue Royal, la Madeleine, la plaza de la Opera, el bulevar de los Capuchinos...

Roca y Oyuela fumaban sendos cigarrillos egipcios, apoyados en un parapeto que se espejaba en la fuente y conversaban en voz baja.

De pronto Oyuela asió nerviosamente de la mano a su compañero, señalándole dos siluetas que se paseaban por un sendero enarenado del parque. Un plateado rayo lunar iluminó por un momen-

A LA JUVENTUD

Estais en los dinteles floridos de la vida,
donde el mundo se ofrece pleno de poesía.
Es el momento azul en que el ensueño anida,
en que el amor ensaya su dulce melodía.

¡Y ahora es primavera! Los naranjos florecen
y el aire está poblado de aromas de azahares,
de rosas y jazmines y en las ramas se mecen
alados trovadores que ensayan sus cantares.

El instante es propicio para emprender el vuelo
por líricos jardines como azul mariposa,
para cubrir el alma con el rosado velo
de la ilusión primera, que vuela presurosa.

Si lo hacéis, vuestra mente que ahora está vibrante
para recibir la onda potente de la vida,
sabrá de la belleza del mundo en el constante
renuevo de los brotos: ¡amor que al fruto anida!

Francisco COSTA DOLDAN

INSTANTANEAS

Para decir algo interesante, no hay que pararse a pensar si todo lo que decimos será interesante, ni nuevo, ni siquiera sincero. Es la única modestia que puede haber en el orgullo de escribir lo que se piensa.

Cuando decimos: "¡Qué antipático es Fulano!", casi siempre sería más acertado decir: "¡Qué antipáticos le somos!"

Educar a los hijos suele ser, por lo general, reprenderles todo aquello que molesta a los padres. Por eso hay tantos buenos hijos que son hombres insoportables. Es que sólo les han enseñado a ser hijos.

Odiamos siempre al que tiene nuestros mismos defectos, porque nos parece que los desacredita.

Algún día escribiré la crítica de algunas de mis obras. Espero que será tan severa, que nadie creerá que sea sincera. Por suerte o por desgracia, soy el menos apasionado de mis admiradores. No me considero siquiera, autor dramático. Estimo que no he sido más que un curioso experimentador en el laboratorio teatral.

Jacinto BENAVENTE.

to sus rostros. ¡Eran Ortiz y la Pierrette.

—¿Ves Roberto?

—Sí... Calla.

Los de la idílica pareja se miraban extasiados. Caminaban prendidos de las manos, arrullándose con frases de ternura. Después se detuvieron, Ortiz contempló arrobado a la subyugante mujer, y al claro espectral se unieron sus labios en un beso hondo, apasionado, interminable...

—¿Qué te parece, Fernando?

—¡Estupendo, hermano! Llama a los muchachos para que lo vean.

Poco a poco fué engrosando el grupo de furtivos observadores, ninguno de los cuales podía salir de su asombro.

* *

Cuando esa misma noche, en hora algo avanzada, regresó Ortiz al hotel se vió materialmente estrujado por los abrazos y los apretones de manos.

—¡Te has portado, "viejo"!

—¡Vengan esos cinco!

—¡No hay nada que hacer! ¡Sos un tigre!

—¡El dinero es tuyo! ¡Te lo has ganado en buena ley!

Algunos, más entusiastas, levantaron en andas a Ortiz, obligándole a ponerse de pié sobre la mesa.

—¡Que hable el doctor! — gritaron clamorosos — ¡Qué cuente cómo fué la "cosa"!

—¡Compañeros! — empezó a decir el homenajeado —; ¡no me pidan que se lo cuente porque se van a llevar un chasco!

—¡No importa! ¡Queremos saber la verdad!

—¡Bueno! Ahí va: Pierrette y yo nos conocimos hace un año y desde entonces somos novios...

No pudo continuar, porque se produjo una batahola ensordecedora, con gritos y silbidos estruendosos.

—¡Abajo!

—¡Que lo linchen!

Ezcurra, que tenía bastante ascendiente sobre sus camaradas, logró, tras muchos esfuerzos, imponer silencio.

—Como ustedes viven sólo hace tres meses en el Continental — prosiguió Ortiz — claro está que no podían saber nada al respecto.

—Sí, ¿pero cómo no te llevaba al principio el apunte? — le interrumpió Fermín Costa, que ardía de impaciencia.

—¡Ah, en esos consistió precisamente la farsa! — contestó Ortiz — Aparentábamos no conocernos, y cuando les propuse iniciar la conquista sabía que ustedes apostarían doble contra sencillo a que saldría derrotado. Ese dinero ganado es el que justamente me hace fálta para desposarme con mi Dulcinea.

Estas últimas palabras volvieron a suscitar general entusiasmo.

—¡Sí, Ortiz, es tuyo! ¡Bien te lo mereces! — dijo Roca.

—¡Será nuestro regalo de boda! — añadió Ezcurra.

—¡Sí, sí! ¡Bebamos a la salud del doctor y de la Pierrette! — exclamaron los demás mientras descorchaban las botellas de dorado Chandon.

* *

Dos meses más tarde, Ortiz, acompañado por su flamante esposa, se embarcaba en El Havre, con rumbo a Buenos Aires, en venturoso viaje de bodas.

EL SABLAZO

Por Alberto Acremant

La doncella acababa de entregar a Octavio Bersant la tarjeta de Carlos Quinout.

—Este caballero insiste en verle.

—¡Te prohibo que lo recibas — ordenó la señora de Bersant, que odiaba a Carlos Quinont.

Octavio y Carlos se veían con frecuencia en otros tiempos. Habían hecho juntos parte de sus estudios; pero, poco a poco, se habían afirmado las diferencias de sus caracteres. Octavio había entrado prosaicamente en un Ministerio donde tenía asegurada una existencia tranquila y modesta. Entre tanto, Carlos, prolongando su juventud hasta límites extremos, se obstinaba en no guiarse sino por la fantasía.

Octavio, lógico consigo mismo, se había casado con una joven que de novia parecía dulce y obediente, y que se había revelado después del matrimonio como una mujer violenta y tiránica. Carlos seguía soltero.

Hacía cinco años que los dos amigos no se veían; triunfo logrado por la señora Bersant, temerosa de que influyeren en su marido, las ideas de independencia de aquel bohemio.

—De seguro que viene a darte un sablazo — dijo. —Sabe que tienes ahora un buen puesto y vendrá a pedirte dinero. ¡Como si nadásemos en la abundancia! ¡Cuando no me puedes regalar ni el vestido de 300 francos que vimos el otro día.

—Pero mujer..., ¿y si está el pobre en situación difícil? Acaso no tenga para comer...

—¡Pues que se muera de hambre! Después de todo, suya es la culpa. ¡Que trabaje!

—Te prometo no darle más de 20 francos; pero permíteme que lo reciba. Nunca me ha molestado para nada, y no puedo olvidar que ha sido mi amigo.

—Perfectamente; pero dame todo el dinero que llevas encima; quédate sólo con 20 francos.

Minutos después Carlos Quinont entra en el despacho de Octavio Bersant, y se saludan. Octavio, a quien su mujer ha vuelto desconfiado, apenas responde a las preguntas de su amigo; Carlos parece no advertir su sequedad, y recuerda escenas de juventud, hasta que Octavio le interrumpe:

—Pero no me has dicho el objeto de tu visita.

—Saber de ti, nada más.

—¿Nada más?

—Nada más, y veo que estás bien y que tus asuntos marchan. Tienes una magnífica casa; hermoso muebles...

Octavio Bersant, viendo acercarse el sablazo, se dispone a evitar el golpe fuerte.

—Te diré. Mis asuntos no van tan bien como supones.

—¿Pero no llevó tu mujer una buena dote al matrimonio?

—Sí; pero la he perdido en Bolsa. Y en cuanto a mi casa, no tardarán en salir de aquí estos muebles que has elogiado. Si te dijera que no he podido comprar a mi mujer un vestido de 800 francos que se le había antojado...

—Entonces te compadezco. Verdaderamente debe ser horrible vivir con tanta estrechez. Yo, afortunadamente, estoy libre de esas preocupaciones.

Carlos Quinont ha dicho estas palabras sencillamente, sin fanfarronería.

—¿Qué dices? — le pregunta Octavio con extrañeza.

—Que ahora soy rico. Figúrate que paseando un día por los Campos Eliseos se me ocurrió que sería un negocio convertir un edificio en un restaurante. Hablé a unos amigos, aceptaron la idea, se formó una Sociedad, y desde hace cuatro años me corresponden 800 francos diarios.

—¿Y siendo rico sigues vistiendo como un bohemio?

—¿Por qué no? Conque... si necesitas algo, aquí estoy yo.

—¿De veras? ¿Me prestarías dinero?

—Ahora mismo. ¿Cuánto quieres?

—No, no acepto.

—¿Que no aceptas? No seas simple. A ver ese bolsillo. Claro; lo que yo me figuraba. Veinte francos. ¿Qué vas a comprar hoy con 20 francos? Toma estos billetes. Ochocientos francos.

Y como Octavio Bersant, lleno de remordimientos, vacila, Carlos le pregunta:

—Si tú fueras el rico y yo el pobre, ¿no me ayudarías?

—Naturalmente.

—Entonces toma el dinero sin escrúpulo y venga un abrazo.

LA ROSA OLVIDADA

En violetero que llora
su nostálgica belleza,
languidece de tristeza
una rosa evocadora...

Añora el precioso instante
en que la dejó su dueño,
prendida en alas de un sueño
sentimental y galante.

Y en la triunfal sinfonía
de la tarde que se aleja
exhala su última queja
la rosa marchita y fría:

"¡Manos que me acariciaron!
"¡ojos que mis ojos fueron!
"como un sueño se perdieron
"y al azar me abandonaron!"

....

¡Oh, pobre rosa incolora
que evoca el sueño el sueño de una hora!

Clarisa G. de DIEGO ARBO

El coleccionista

Por Remy de Gourmont

Era un silencioso, un hombre de una sola pasión, la cual era el único objeto de su vida.

Aficionado exclusivista y cruel, dotado de ojos rapaces y manos felinas, tenía una manera peculiar de mirar el objeto de su codicia y una manera única de echarle la garra: la mirada del gavilán y el zarpazo del gato. Su pasión eran los grabados. Los descubría a través de las cajas, a traves de los armarios, y cuando había abierto la caja o el armario avanzaba con un gesto decidido y echaba mano de ellos.

Los vendedores de grabados le estimaban mucho, pues carecía de esa especie de astucia que permite a los coleccionistas permanecer indiferentes frente al objeto que están deseando con toda su alma. Con él no había regateos; sus ojos y sus manos decían bien a las claras: "Quiero eso; lo quiero, y nada me importa." Cuando se le decía el precio pagaba en silencio y se iba.

Su profesión no se conocía bien. Se decía (y era cierto, según se supo después de su muerte) que era jefe de una oficina en un Ministerio, y además, personalmente, rico; pero en cuanto se le hacía una pregunta o una alusión sobre el particular permanecía mudo como una piedra. Su nombre era También desconocido. Jamás se hacía mandar sus compras a domicilio. Los grabados que elegía los llevaba él mismo hasta una cartera que le esperaba en un coche, en el cual desaparecía sin haber abierto casi la boca.

Los comerciantes lo conocían por M. Amateur, nombre que parecía venirle maravillosamente. Era, en apariencia, el tipo del aficionado egoísta y huraño, y nada más.

En realidad, la pasión de este hombre era el odio al arte. Compraba los grabados para mutilarlos, martirazando en ellos al arte y a los artistas. Su gineceo era una cámara de los suplicios; los domingos eran los días de torturas .

Ese día el señor Amateur no salía ni comía, ni bebía. Ponía a Durero sobre el caballete y a Holbein en la rueda.

¡Pequeñas vacaciones hebdomadarias ! Naturalmente, el señor Amateur pensaba en ellas durante toda la semana. Sus colegas hacían para este día de libertad proyectos cuye mediocridad le asombraba: los menos ridículos de estos planes le parecían infantiles, y, sobre todo, profesaba una gran piedad a un subjefe, todo canoso, que soñaba con el campo, los pájaros y el pescado frito, y que no se empeñaba mucho en ocultr el secreto grotesco de su corazón sexagenario. Otros hablaaban de sus hijos, de su mujer, y estas preocupaciones el señor Amateur encontrábalas absurdas y ridículas. Terminaba por alzar sus hombros y exclamar:

—Yo, los domingos, clasifico mis grabados.

Y, efectivamente, los domingos clasificaba sus grabados.

Sacando de una carpeta sus adquisiciones semanales las extendía sobre una gran mesa y las contemplaba largamente, gozando con su belleza. Era la frase amorosa. Extasiado por el conjunto, entraba en los detalles, delitándose en los sutiles trazos con los cuales Rombrant atravesaba las sombras, los potentes tajos de Durero al diseñar la grupa de sus caballos y sus mujeres, la nitidez del trazo de Callot envolviendo la fantasía de sus mendigos y matadores; se embriagaba con las bellas curvas y los modelados audaces, se enternecía con la finura de las medias tintas, con la dulzura de las luces, con la profunda intensidad de los negros, formas cuya gracia juvenil revelaba el deseo de ser joven; madureces, plenitudes que inspiraban amores serios; ¡vidas perturbadoras hechas con un poco de tinta sobre un poco de papel!

Después del amor sin brusquedades, por medio de una lenta degradación de sentimientos, el señor Amateur comenzaba a sentir envidia, y su mediocridad, poco a poco, se exasperaba y se magnificaba hasta el odio. Su envidia era compleja; envidiaba a la vez el genio de los artistas y la belleza de sus obras; pero, sobre todo, le entristecía la gloria de los maestros, y delante del centelleo de esas frentes plenas de pensamientos y de esos ojos llenos de amor, el señor Amateur se sentía más obscuro y más frío. El odio surgía, sus labios desaparecían entre sus dientes apretados, sus puños se cerraban convulsivamente y su corazón latía violentamente como preludio del crimen. Después, calmado por la crisis, se levantaba y preparaba las ejecuciones. Un caballete, un pote de negro, un pincel eran los útiles de que se servía el verdugo.

Colocaba un Durero sobre el caballete, y lentamente, con las precauciones de un artista minucioso, pasaba sobre el noble grabado un precioso trazo negro, después otro, otro más, y de tiempo en tiempo retrocedía para contemplar el efecto lamentable de sus indelebles maculaturas. A menudo — como se pudo comprobar más tarde — el verdugo perdía su sangre fría, y entonces era un embadurnamiento furioso, unos ultrajes ebrios, una horrible sucesión de cuchilladas, de tachas, de rayaduras que hicieron pensar a algunos gentes, espantadas por este horroroso sadismo, que el señor Amateur era un loco.

No era, no, un loco; a menos que el odio por el arte no constituya un signo de locura; pero ¿quién osará mantener una opinión tan subversiva?

El señor Amateur tenía, simplemente, el odio al arte, y, amigo de la lógica, expresaba este odio por sus mejores y más claros medios, que eran, indudablemente, los más significativos.

Una vez que el grabado se encontraba bien deteriorado para toda la eternidad (el señor Amateur empleaba un negro de excepcional calidad) lo dejaba secar, y después los archivaba aparte en una serie de carpetas que, uniformemente, tenían este rótulo: "Cementerio". El verdugo en persona inhumaba sus víctimas.

A la muerte del señor Amateur las víctimas fueron inventariadas; había miles de ellas y todas habían sido bellas. Aquí y allá, bajo las siniestras máculas, se entreveía una rodilla de caballo, una espalda de mujer, un lápiz roto, una mirada de luz llorando entre la noche.

El señor Amateur profesaba odio al arte...

Vida en síntesis

Para FRAY MOCHO.

FLORES SECAS DEL RECUERDO...

Al "repasar" el libro de mi existencia,
cuyas hojas roídas ya rubricó
el Dolor — que atestigua la permanencia
íntegra del volumen que encuadernó... —
saturando el ambiente de somnolencia,
de sus páginas viejas y maltratadas
desprenderse he sentido la vaga esencia
de unas pocas violetas momificadas.
El duende inconsistente, catalepsiado,
que apretaban sus hojas se despertó;
y, cautelosamente, con desenfado,
se reclinó en mis sienes y bostezó...

GRANDES AUN SOBRE EL SEPULCRO...

Como esos pétreos leones
que adornan los panteones
de grandes muertos queridos,
así están nuestras pasiones
sobre los ensueños idos...

LA IMPACIENTE

Las agujas del reloj
van, cual guadañas siniestras,
segando crueles mis horas
con huraña indiferencia...
El tic-tac, triste, monótono,
dentro de mi alma resuena:
Se me antoja que es la Muerte
golpeando la débil puerta
con los puños descarnados...
y que, en trágica impaciencia,
la hace crujir y conmueve
al *niño* que *dentro* espera!

A MUSSET:

Si a tu pobre Bernerette no la hubiera ama- [do nunca
Federico, ese estudiante tan feliz de Be- [zancon,
es posible que en su vida — solitaria, esté- [ril, trunca —
ni se hubiera dado cuenta que tenía un co- [razón!...

A LA QUE NO SE OLVIDA:

Me sorprendió la angustia en el desierto
de una preocupación obsesionante
que un crepúsculo vago, muy incierto,
bañaba con su luz agonizante.
De súbito ,el simún cruel de las penas
barrió todo el desierto; y, en su empeño
destructor, sepultó en un mar de arenas
la infeliz caravana de mi ensueño.
En medio del desierto alcé los ojos:
y no vi más que míseros despojos,
más que duelos inmensos, sobrehumanos...
Quise olvidar visiones tan sombrías
y me quedé soñando que venías
a encantar mis dolores con tus manos!

Francisco A. PAGANO.

Curiosidades

En las aguas corrientes o estancadas se cría una planta llamada dua, que forma parte de la familia de las algas.

* * *

Según Prescott, los aztecas empleaban para sus transaciones con las tribus amigas cañas llenas de cacao y oro en polvo.

* * *

En unos ensayos verificados en una gran panadería de Berlín, se ha logrado extraer de los vapores de pan durante la cocción, un litro de alcohol de 70 por 100 de cada 100 kilos de harina cocida.

Se pretenden proseguir estos ensayos con el fin de aprovechar el alcohol que se produce durante la cocción del pan.

* * *

Los mayas tienen el mérito de haber empleado el hormigón en sus construcciones, anticipándose en mucho a los modernos métodos de construcción. En algunos antignuos edificios fué empleada la piedra y existe la creencia que en tiempos muy antiguos se usó la madera; pero las mejores construcciones ejecutadas durante el apogeo del imperio, y hasta mucho después se hizo uso del concreto como en la actualidad entre nosotros.

* * *

En muchas especies de animales se castiga severamente la pereza. En las colmenas, las abejas obreras matan a los zánganos en cuanto éstos no hacen falta. Los castores expelen prontamente de la colonia al individuo que no muestra bastante actividad en el trabajo. Si un elefante molesta a los demás de un rebaño, lo echan de él sus compañeros.

* * *

Los insectos que se crían en el árbol de la guayaba se identifican tanto con el ambiente, que a medida que avanza la estación van cambiando del rojo brillante al verde y luego al bronceado.

* * *

El doctor Hans Salomón de Berlín, ha patentado una máquina... soporífera. Produce un sumbido semejante al de una colmena, durante cuarenta minutos; el sonido decrece gradualmente de intensidad hasta ser sólo un murmullo sordo y suave. El aparato ha dado resultado en el tratamiento de casos de insomnio.

* * *

Ciertos cactus pueden nacer, desarrollarse y vivir por mucho tiempo en botellas cerradas de vidrio incoloro. Vale la pena realizar el experimento: se ponen dentro dos o tres puñados de tierra gorda, unas cuantas semillas y se humedece la tierra. Luego se tapa la botella con un corcho y lacre, expuesta la botella en un lugar donde le dé el sol, las semillas germinarán, aparecerá la plantita y continuará creciendo sin requerir el cuidado durante años.

* * *

Un zapatero norteamericano acaba de patentar unos zapatos de suela y tacón desmontables. Así, pues, contando con unas buenas palas, el calzado resultará "eterno", como sueñan las buenas madres de familia. El montaje y desmontaje es cosa de unos minutos. Además, el inventor ofrece al mercado unas suelas mucho más flexibles y económicas que las de uso corriente.

* * *

Los huevos de Dinamarca están numerados por un sistema especial; puede saberse de qué lugar procede cada uno.

* * *

El doctor Tsinoukas, de Grecia, ha inventado una máquina eléctrica que, según él, mata a los microbios de la influenza en quince minutos. Sólo falta que en los Estados Unidos se establezca un sindicato para explotar este sistema de electrocución microbiana.

* * *

El bostezo es producido por una mala aereación de la sangre y se parece al suspiro involuntario; ambos son, también, prueba de fatiga mental.

* * *

El territorio de Australia ha sido dividido en distritos, cada uno de los cuales tiene un radio de trescientos kilómetros a los efectos de la asistencia médica de urgencia. Los médicos oficiales se trasladarán en aeroplano a cualquier punto del distrito donde sean requeridos sus servicios.

* * *

La región que produce mayor cantidad de mica es el distrito de Hazaribagh, en la India.

De la estada de los aviadores Costes y Le Brix



Los aviadores Costes y Le Brix, acompañados del embajador de Francia, Mr. Picot, y de las autoridades del Círculo Militar, durante la recepción que se les hizo en este centro.



Bebiendo una copa de champán en la visita que los intrépidos pilotos realizaron a la Unión de Combatientes



Los aviadores y el embajador de Francia, ocupando la cabecera de la mesa en el gran banquete organizado por el comité de Sociedades Francesas.



Una vista parcial de los comensales que asistieron al banquete de referencia, el cual fué servido en los salones del restaurant Conte.



Costes y Le Brix, aclamados por el público, al salir del colegio La Salle, donde oyeron la misa oficiada en dicha institución.

Aniversario del Club Atlético San Isidro



Conmemorando el 25º aniversario de su fundación, el Club Atlético San Isidro organizó un interesante programa deportivo. — Grupo de familias concurrentes a la fiesta.





Otros dos simpáticos núcleos de señoritas, que asistieron a los animados espectáculos de la acreditada institución deportiva.

Homenaje a la memoria del señor Carlos Díaz Vélez

Con motivo de cumplirse el segundo aniversario del fallecimiento del señor Carlos Díaz Vélez, realizóse en el cementerio del Norte un homenaje a su memoria, consistente en la colocación de una placa en la tumba del extinto, dedicada por sus arrendatarios de Necochea. — A la izquierda: el diputado nacional, doctor Leopoldo Bard, hablando en nombre de los amigos del señor Díaz Vélez. — A la derecha: el señor Benjamín Allegretti haciendo uso de la palabra en representación de un grupo de amigos de Necochea.







El señor Juan B. Romeu, pronunciando un discurso en nombre del intendente municipal de Necochea.



Deudos y amigos del extinto, que concurrieron a la ceremonia.

NUEVOS BACTERIÓLOGOS



Doctores Roccatagliata, Gnocchi, Werngreen, Vidal, D'Alessandro, Sansuste, Galeano, Igartúa, Wibert, Blaitta, Sánchez Iñón, Parodi, Flores, Paccinotti, Gambino, Bordelois y Lechel, bacteriólogos recientemente egresados del Departamento Nacional de Higiene.

BIBLIOGRAFÍA



La talentosa poetisa, señorita María Alicia Domínguez, autora del volumen de poesías "Música de siglos", recientemente aparecido.



El poeta uruguayo Edgardo Ubaldo Genta, autor del libro "El tercio azul", últimamente editado, que ha sido favorablemente acogido por la crítica.

Demostración a la señorita Roldán Basail



Con motivo de su próximo enlace, la señorita María Luisa Roldán Basail, fué objeto de un homenaje tributado por parte de un grupo de sus amigas, consistente en un té, servido en su honor en los salones de la casa Harrods. — Vista parcial de las concurrentes al acto.



Llegada de los deportados chilenos.





Los doctores Arturo Alessandri, ex-presidente de la República de Chile, Ernesto Barros Jarpa, ex-ministro de Relaciones Exteriores, senador don Luis Alberto Cariola, director de "El Diario Ilustrado" y el hijo del primero, señor Hernán Alessandri Palma, al legar a la estación Retiro, en carácter de deportados por el gobierno de su país. — A la derecha: el doctor Alessandri dirigiendo la palabra a las numerosas personas que fueron a esperarle.

COMIDA EN HONOR DE LOS AVIADORES FRANCESES COSTES Y LE BRIX





Ofrecida por el señor Alejandro Menéndez Behety, sirvióse en el restaurante Casa del Greco, una comida en honor de los pilotos franceses Costes y Le Brix. — A la izquierda: el sitio de honor en la mesa. — A la derecha: los aviadores acompañados por la artista Carmencita España y "El tres de copas", caracterizando a Sancho Panza.

DE MENDOZA — LA FIESTA DEL LIBRO



La declamadora, señorita Wally Zenner, a su llegada a Mendoza, acompañada por una comisión de damas y por el presidente de la Biblioteca del Colegio de la Misericordia.



El ministro de Industrias y Obras Públicas, doctor Aguilar, acompañado del señor Eduardo M. de Ocampo, en la rotonda del Parque, durante la realización de la fiesta del libro.



Un aspecto del teatro Independencia durante la brillante recitación efectuada por la señorita Wally Zenner, a beneficio del Colegio de la Misericordia, acto al cual concurrieron las autoridades provinciales.



El señor Ocampo al hacer entrega al Ministerio de Obras Públicas, en nombre de dicho Colegio, de una de las bibliotecas.



Los muertos se vengan

Por Mariño Moretti

LA dama entra con los ojos entornados bajo el velo negro; da algunos pasos inseguros... De pronto, se detiene, levanta el velo, alza los ojos y mira al hombre con infinita tristeza, no exenta de preocupación. Luego avanza otro paso hacia la poltrona que él le señala, y obedece a la muda invitación. Apenas se sienta inclina la cabeza y rompe a llorar, silenciosamente.

—¿Por qué lloras, Clelia?

—No debí venir.

Recuerda. Su esposo ha muerto hace tan sólo ocho días. Y ella ha venido en el "auto" temblando como un pájaro sorprendido por la tempestad. Tiembla, tiembla. ¿No ve él como tiembla?...

El no ve, parece no ver, pues dice:

—¿No debiste venir? Piensa que hemos estado un mes sin vernos... Sí: durante un mes te he esperado todos los días... Sabía que no podías venir, pero te esperaba... Reconozco que he sido cruel contigo... Mi impaciencia era superior a mis razonamientos... Y te mandé llamar... Perdóname... O castígame...

Ella no puede castigarlo. Y sonríe amargamente.

Callan. Miran los objetos circundantes: los familiares objetos siempre provistos de la misma expresión de sobrecogimiento. Sí: también las cosas tienen expresión, como los seres vivientes... Miran la ventana. Ya no expande la discreta y plácida luz de otros tiempos. Es un rectángulo gris que parece colgado a la pared como un cuadro vacío o un espejo... Miran, miran, y escuchan las voces interiores, las voces del silencio, las exclamaciones de asombro que surgen en el fondo del alma, los reproches, el relato de los momentos vividos en esta estancia, a esta moribunda luz crepuscular de los mil gratos momentos pasados.

La mano de Clelia, enguantada de negro, se estremece y dice: "¡Pobre Luis!"... Sus labios se retraen en un rictus de cruenta desolación, y sus pupilas, dilatadas por el insomnio y el terrible espectáculo de la reciente muerte del esposo, miran lejos, muy lejos, más allá de las cosas y del mundo.

Y el pensamiento de los dos amados retrocede muchos, muchos años. Y recuerdan... El se ha casado con una joven hermosa y buena, pero incapaz de comprender su complicado espíritu... Clelia ha unido su suerte a la de un hombre rico... Y un día él y ella se ven, y se comprenden y se aman... "¿Por qué no nos hemos encontrado un año antes?", piensan... Un año antes habrían podido ser felices... Ahora no. Un doble lazo les impide consagrarse por entero el uno al otro... No obstante, se aman intensa, apasionadamente... Mas, siguen saboreando la amargura de no haberse conocido un año antes, de no haber realizado el sueño que ahora es imposible... La esposa de él envejece rápidamente. El esposo de ella viaja sin cesar, atendiendo sus negocios... Pasan los años... Y la amargura de aquellos dos seres que se aman se troca en acre desconsuelo... Ella ya tiene treinta y cinco años... El treinta y ocho... Y sienten que la costumbre, las necesidades de la vida, los contratiempos, las inquietudes, las enfermedades, los han ido acercando a sus cónyuges... El ama, por fin, a la tierna y dulce mujer que comparte su existencia, y ella, Clelia, ama al esposo que acaba de morir.

¡Son libres! ¡Cuántos sobresaltos ha experimentado Clelia en esos diez años de infidelidad! ¡Cómo la perseguía la obsesión de un anónimo que pudiese revelar al esposo la dura verdad!...

¡Son libres! ¡Ya no deben temer nada ! ¡Pueden consagrarse más enteramente el uno al otro!... ¡Ah!... ¡Pero la juventud ha huído!... Sí; ha huído, porque diez años de sufrimientos agotan el alma y el cuerpo...

—¿Me amas?... ¿Me amas siempre? — pregunta él...

—Sí... Sí — murmura Clelia.

Sin embargo, su voz semeja el eco de otros "sí" lejanos, muy lejanos...

Y la desdichada mujer se incorpora, como llamada por una voz misteriosa... Y sale, prometiendo regresar pronto, sí, pronto, al día siguiente.

Y vuelve al día siguiente, y al otro.

Entra con los ojos inclinados... Alza el velo... Levanta los ojos y mira a su amado con pupilas preñadas de tristeza. El, Jorge, se le acerca en silencio... La ayuda a quitarse el velo y el sombrero, la capa de espumilla y los guantes...

¿Son felices? Es difícil decirlo. Creen que la libertad los une más fuertemente, puesto que ha desaparecido la sensación de temor que palpitaba en sus anteriores encuentros... Creen que son "un poco más" felices... ¡Ah!... ¡No!... ¡No!... Ella sabe que no, y piensa: "¡Es porque aun no somos "del todo" libres! ¡Es porque aun vive la esposa de Jorge!"... Mas, no se atreve a formular su pensamiento. Teme ofender a su amado... Y Jorge, Jorge tampoco está seguro de que sean más felices y se dice: "Es porque Clelia ha sufrido mucho al lado de su esposo moribundo. Quizá ha comprendido que era un buen hombre"...

Clelia suele llegar tarde a las citas.

—¿Cómo es que llegas tan tarde, Clelia?

—¿Es tarde?... ¿De veras?...

—Sí... "Antes" eras más puntual...

Palidecen. ¡"Antes" es una palabra tan grávida de emociones que nunca volverán a experimentar!...

"¡Antes!... ¡Antes!" ¡Cuando no eran libres!

Se sientan. Se miran... Permanecen así, sin hablarse... De tiempo en tiempo, la fláccida mano de Jorge acaricia los cabellos de Clelia, y advierte que aquellos cabellos han perdido la muelle tibieza de antaño...

¡Horas dulces, horas de silencio, horas de calma y de leves caricias!

Caen las sombras, que espolvorean las paredes con sus corpúsculos grises. Aun es temprano, más ella se incorpora y se marcha... Y Jorge no la retiene como otras veces, porque sabe que un abismo de sombras ha comenzado a cavarse entre sus corazones y los está separando

☼ ☼ ☼

Al detenerse en el rellano sumido en la tiniebla, Jorge advierte que le tiemblan las manos. Sus ojos extraviados miran aquella puerta entreabierta que aun conserva la plaquita de metal con el nombre del esposo de Clelia.

Consulta el reloj. Las cinco. Es la hora que le ha indicado la criada al telefonearle... Va a entrar por primera vez en la casa de su amada, y su puntualidad tiene algo de tétrico y de angustioso... Mientras la yema del índice oprime el botón del timbre, el corazón se le apretuja en una contracción de sollozos.

Asoma la criada.

—¿La señora?...

La criada no responde. Lo invita a pasar con un ademán vago, conduciéndolo por un corredor hasta una puerta cerrada. Antes de entrar, Jorge inquiere con voz trémula:

—¿Cómo ha pasado el día la señora?

—Como siempre.

—¿Ninguna mejoría?

—No.

La puerta se abre. Jorge ve un amplio lecho matrimonial cubierto con un colcha de seda azul. Cuatro almohadas sostienen la cabeza de Clelia. Está pálida, pálida... Sonríe... Tiene los ojos muy abiertos, muy brillantes... Sus brazos desnudos se destacan albos en el azul de la colcha.

—¡Clelia!

La sonrisa de Clelia tiembla y se alarga.

Jorge se inclina, besa la exangüe y delicada mano, y la oprime suave, maternalmente, para no hacerle daño.

—¿No te inspiro lástima, Jorge?

—¡Clelia!...

—Sí: lástima... He estado enferma, muy enferma... Hay esperanzas de salvar mi vida, pero ya ves: no puedo albergar ninguna de salvar mi belleza... ¡Había resuelto dejarte... ¡No pude!... ¡No pude!... Y te mandé llamar... Dios me ha castigado con la enfermedad que correspondía a mi amor... Sí: hiriéndome el corazón... Y ello me obliga a no salir, a no experimentar emociones, a no... amar...

Y sonreía para disfrazar la angustia de su resignación.

—El corazón no se ve. Y yo podría continuar amándote, a pesar de sentirme morir... El rostro, en cambio, se ve, se besa... ¡El rostro es una imagen del corazón... es todo... ¡todo!...

Dos gruesas lágrimas descienden de las órbitas por las mejillas enjutas.

—Te llamé para esto, para decirte que no podemos, que no debemos seguir amándonos... Soy una pobre enferma que sólo merece compasión...

Jorge calla, calla... Y cree percibir en lo hondo de su corazón el sonido de una misteriosa campana que dobla queda y lastimeramente, anunciando la muerte de sus ilusiones.

☼ ☼ ☼

Aun convaleciente, Clelia comete una imprudencia. Sale de su casa. Sube a un auto... Y vuela al lado de él.

Entra en una estancia que no es la familiar estancia de sus citas, sino una amplia habitacion; la amplia habitación en que la esposa de Jorge, Lidia, ha tejido largas horas, durante aun más largos años, bajo el ritmo del péndulo.

Jorge está allí, hundido en una poltrona. Viste de negro, como ella.

Clelia se le acerca tímidamente, sin alzarse el velo. Posa en su hombro una mano leve, una mano que parece amasada con sombras. Y, de pronto, la retira con estremecimiento de terror: es que ha creído sentir en ella la mirada ausente, la mirada severa de la muerta, de Lidia.

Jorge tiene un pequeño movimiento de desolación... Sin hablar le pide que se quite el velo, que se siente, allí, allí. Y habla con voz agitada por imperceptibles espasmos interiores.

—Era un ángel. Jamás oí de sus labios un sólo lamento, un sólo reproche.. No podía ignorar nuestro amor... Y, callaba, callaba... ¿Por orgullo, dices?... No; por amor... El amor le imponía ese sacrificio...

Clelia rehuye las miradas de Jorge, inclina los ojos, tiembla...

(Continúa en la pág. 35).

FRAY MOCHO en el Brasil

La labor latinoamericanista de nuestro representante, doctor Paulo Tagliaferro. — (véase en la página 33 la crónica correspondiente a esta información gráfica.)





El representante especial de FRAY MOCHO, doctor Paulo Tagliaferro durante su largo interview con el ilustre Ministro de la Guerra del Brasil, general Nestor Sezefredo dos Passos, en la cual reinó la más afectuosa cordialidad. Esa entrevista, de nuestro representante, adquiere en estos momentos, un alto significado y fortifica, aun más, la amistad existente entre Brasil y la Argentina.



El doctor Tagliaferro durante su visita al senador Azeredo. Nuestro embajador Dr. Antonio Mora y Araujo se adhiere a la labor de acercamiento latinoamericano continuada con singular gallardía por nuestro representante. De izquierda a derecha: el embajador de la República Argentina Dr. Antonio Mora y Araujo, senador comendador Antonio Azeredo y el representante de FRAY MOCHO doctor Paulo Tagliaferro. — Fotografía sacada en el Salón Rojo del Senado Federal: A la derecha: el busto del senador Azeredo inaugurado hace poco.



Simpático grupo de confraternidad periodística internacional. Nuestro representante en la dirección del importante vespertino ''A NOITE'' de Río de Janeiro. — De izquierda a derecha: Dr. Leal de Souza, secretario, Dr. Diniz Junior, director responsable; representante de FRAY MOCHO, doctor Paulo Tagliaferro; Dr. Jonathas Pereira Filho, director - tesorero; Dr. Castellar de Carvhalo, presidente. Todos grandes amigos nuestros.



Doctor Octavio Mangabeira, ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos del Brasil.



En el Club Militar del Brasil. — De izquierda a derecha, sentados: Teniente Coronel Samuel da Silva Caldas; General Melchisedek de Albuquerque Lima; General Joao Gomez Ribeiro Filho, General Joao de Deus Menna Barreto, Dr. Pablo Tagliaferro, Coronel Raymundo Rodríguez Barbosa, Teniente Coronel Alberto Autrau Dourado, Capitán Renato Paquet, Mayor Jaime Paulino de Faría; Capitán Osvaldo Nunes dos Santos; Capitán Nilo Ribeiro de Oliveira Val; 1er. Teniente Nelson Pulcherio, y Mayor Alberto Pequeno.

::EL SUEÑO Y LA VIDA DE UNA ARTISTA::

Maria Lubinska

Siempre he tenido entusiasmo por las mujeres que viajan. Me han parecido éstas más del mundo, más de la vida y de la distancia. En cada mujer viajera he encontrado yo, infinidad de cosas que nunca me las hubiera dado el caserío desconocido o el vulgar sitio de cualquier grande ciudad. Una mujer que conozca las horas pasadas y largas del "sleeping car", que haya saboreado el cigarrillo del aburrimiento, recostada en la ventanilla de un "dining" mirando el paisaje y las perdidas siluetas del horizonte, es algo que supera toda otra predilección. Las mujeres que viajan con sus "innovations" rotulados en todos los puertos de la tierra, en todos los hoteles cosmopolitas, en todas las aduanas, pueden compartir la gloria de las mejores protagonistas de novela. Una mujer trotamundos, mujer de "baedecke", mujer que viaja con su perro comprado en algún exótico rincón del Oriente, tiene particularidades que sólo viven en la imaginación cuando todavía ésta no ha podido identificarse en la realidad. ¡Ah, cómo me encantan los pasaportes llenos de firmas y de sellos consulares, y que alguna vez encontré perdidos en la bolsa de mano de una mujer viajera.

He dicho todas estas cosas acordándome de una compañera de viaje que tuve en el trayecto de París-Madrid. Venía yo de Francia a buscar a mi padre que residía en la capital española. Ella iba de paseo, después de una jira por Suiza, la Costa Azul, Hungría y Constantinopla. Poco tiempo hacía que había trabajado en el Empire de París.

Era una mujer de figura moderna, de labios salientes y de mirada caída por el cansancio. Sus vestidos, confeccionados por el modisto de más fama en la Ville Lu-







miere, daban una especial majestad a su cuerpo. La conocí a ella cuando dejábamos Hendaya para internarnos de lleno en territorio español. Fué un hecho inesperado. Yo acertaba a pasar frente de su compartimento de viaje. Una valija caída y que aparentemente no pertenecía a nadie, me llamó la atención. La recogí y en su rótulo se leía: "María Lubinska, Rue Cambon, 27, París". Una criada salió entonces a mi paso para decirme que aquel equipaje era de su señora. Dos minutos más tarde conversaba con ella, cómodamente sentado en el compartimento del Sud Express.

Cuando llegamos a Madrid nos separamos. Ella me había dicho que alguna vez nos encontraríamos en América. Y esta afirmación que nadie hubiese creído, se cumplió dos años después, cuando una noche en la Dársena, aquí en Buenos Aires, al arribo de un transatlántico, una mujercita delgada, de ojos casi cerrados por el cansancio y de labios salientes como una provocación al beso, descendía lenta la planchada.

En Buenos Aires venía ella a trabajar en la Opera. Venía para estar muy poco tiempo, pues debía regresar a París. Su repertorio compuesto por piezas clásicas y modernas provocó general admiración. María Lubinska se impuso en Buenos Aires como en otras capitales europeas. La Opera fué para ella el Apolle de Viena o el Reina Victoria de Madrid. El público asistió diariamente el teatro para ver bailar a la artista, cuya labor habían ya considerado los críticos. Sus danzas estilizadas y realizadas de acuerdo con un criterio altamente artístico, obedecían a una nueva modalidad en el arte. La Thamara Gevergeva, la Anderson, la Pavlova, todas las grandes figuras de la danza, se complementaban con otra más. María Lubinska tenía estirpe de artista. En el violeta de las candilejas, su cuerpo cimbreante, nos traía el espíritu de las czardas, el misticismo de la estepa en algunos bailes rusos, la agonía y el dulce morir de los autores clásicos... María Lubinska se ausentó luego a Europa. Necesitaba volver, confundirse en los hervideros cosmopolitas del mundo, seguir su novela, novela de escepticismo y de ensueño...

Por segunda vez estaba en Buenos Aires. Se alojaba en uno de nuestros grandes hoteles. Por segunda vez volvía a ver aquí sus "innovations", sus maletas de mano y su perro... María Lubinska en esta última jornada había estado en Polonia, en Rusia, en el Cairo, en Montreal... Cuando nos vimos, nuestras palabras volvieron un poco hacia el pasado. El recuerdo de aquel viaje cerca de la frontera de España en el trayecto París - Madrid, apareció como una cosa lejana, pero que todavía nos era familiar. Ella arribaba ahora para trabajar nuevamente aquí. La revista la contaba en su seno pero sin desnaturalizar su arte. Y María Lubinska con su aire de mujer de gran mundo, con su elegancia cosmopolita, con su caudal de idiomas, lo afirmaba así, sencilla pero rotundamente: "bailaré en la revista aunque sin dejar de inspirarme en los grandes autores del repertorio clásico."

Ultimamente he concurrido al teatro donde actúa María Lubinska para verla trabajar. Desde la séptima fila de butacas, donde me encontraba, la he visto bailando un "charleston" raro, alarde reciente de las venus negroides que pasean por el mundo. Confieso que en realidad el espectáculo no me ha parecido de acuerdo para su arte. Entre las notas sincopadas del "jazz" ostentando su cuerpo delicioso al lado de las siluetas renegridas de Buddle and mistress, la artista que yo viera en Europa, la bailarina que deleitó días y días al público de muchos grandes teatros, se me presentaba como la autora de un sacrilegio que nunca hallará el perdón. Pero el nucleo intenso de espectadores, esa multitud que a veces parece subyugada por algún mago invisible hasta realizar las más sorprendentes paradojas, aplaudía a rabiar, dando la pauta del espíritu de la época, dinámico y alocado en sus múltiples manifestaciones de placer...

ANGEL PAGLIUCA.

::ACTUALIDADES CINEMATOGRÁFICAS::



Renée Adorée, bella artista francesa de la constelación Metro - Goldwyn - Mayer.



Escena de "Medias de seda", film Jewel, interpretado por Laura La Plante, John Harron y William M. Austin, que la Universal estrenará en este mes.



La encantadora estrella Aileen Pringle, perteneciente al elenco de la Metro - Goldwyn - Mayer.





Dos escenas de "El estudiante", notable producción presentada por Artistas Unidos la semana anterior, y donde mucho se distingue su protagonista Buster Keaton, el cómico que nunca se ríe.



Virginia Brown Faire, Edward Browmel y David Torrence en "Azares del valle", que la General exhibe desde anteayer.



George O'Brien, Edmundo Lowe y Katryn Perry, protagonistas de "Gente de guantes", que la Fox exhibe desde el jueves último.

Bajo el cielo de París

Por Eduardo Carballo

I

Yo parezco un hombre normal y sin embargo no lo soy. ¿Qién puede serlo perseguido por este fantasma del remordimiento que no deja vivir ni un minuto en paz a mi conciencia? En mis relaciones sociales, en mi trabajo, en las horas que dedico a cultivar la amistad de gente hacia la que me lleva una simpatía o un afecto, nadie, absolutamente nadie, ha podido descubrir un rasgo, un indicio un detalle que les haga presentir "el caso" que soy yo en la vida. Incluso notables médicos cuyo trato frecuento — por intención, si queréis, un poco morbosa — han escapado a la percepción de mi dolencia, aunque bien es verdad que los médicos en los momentos en que descansan de su trabajo, son los hombres menos observadores.

Y yo comprendo que si por una parte es un bien que calle, por otra es un peligro para mi razón. ¡Ah! cuando en mis largas, en mis inverosímilmente largas noches, pienso hundido en el lecho que estoy a punto de ver a mi cerebro invadido por las sombras, ganado por las sombras, y que poco falta para que mi razón dé paso al trágico ensueño de que hablaba Leuret, entonces siento tentaciones de levantarme, abrir el balcón, reunir a la gente que circula por la calle, feliz y sosegada, y contarlo todo todo, para ver si mi conciencia me deja tranquilo de una vez, al ser absuelto o condenado por la voz del pueblo.

Hasta hoy he podido librarme de esta y de otras ideas espantosas que tantas veces he sentido cómo me agarraban cruelmente, pero estoy seguro de seguir siendo fuerte, de impedir que puedan vencerme algún día. ¡Y yo quiero evitarlo! ¡Yo quiero expulsar mi remordimiento, pero no después de una crisis que acaso rompa para siempre las pobres cuerdas de mis nervios tan maltratados... Si Goethe se libró del suicidio haciendo suicidar a Werther, después de haberle hecho vivir su propia historia de desventuras: ¿no podría intentar yo mi curación, no podría escapar a esas pesadillas que me persiguen, escribiendo también mi historia triste, mi historia desgarradora en la que se mezclan, con terror invencible, el crimen, la locura y la muerte?...

II

Yo vivía entonces en París, en una buhardilla alegre y pintoresca del barrio Latino. París ejercía sobre mi temperamento de artista una atracción irresistible y sentimental. Le amaba a través de esa literatura deliciosa que ha cantado en todos los tonos sus divinos encantos, y me parecía que no era posible soñar en otra ciudad que no fuera París.

Al principio no me trató bien. Sufrí hambre... ¡pero con qué resignación, fortalecida por la esperanza, la soportaba! Recorría la ciudad pensando en el porvenir y no veía a través de mis veinte años, ni una sombra negra. ¡Todo azul, todo azul como el cielo de España! En la orquesta de mi optimismo no sonaban otras notas que las de la sinfonía hercúlea de la victoria.

Casi siempre, en esas noches en que el destino parecía empeñado en poner a prueba mi fe y mi juventud, yo sentía el placer de asomarme a uno de los puentes que se elevan, majestuosos y soberbios, sobre el Sena. Era mi paseo predilecto. Bajo el palio generoso de la madrugada, iniciaba diálogos maravillosos con el río, que me producían inmenso consuelo. Le contaba mis luchas, mis afanes, mis ansias de gloria, y el Sena me enseñaba sus aguas sucias, negras, de cuyo fondo parecía salir una voz para decir en tono a veces dulce y otras escalofriante: "Cuando no puedas resistir más, ¡te espero! Cuando todo te rechace en París, ¡extranjero, te aguardo!"

A lo lejos, infinidad de lucecitas temblaban como el pecho de los adolescentes.

III

Una noche, mi visita al río que ya empezaba a querer un poco, se vió turbada de pronto por la aparición de una mujer. Hasta entonces, mis días de París estaban horros del encanto de las aventuras femeninas. No hubo ocasión de que naciera ningún "flirt" galante en mi bohemia arrastrada por los bodegones sórdidos y las solitarias encrucijadas.

¿Y ahora aquella mujer? ¿Y allí sobre el puente, mirando también al Sena, acaso oyendo la voz que salía del fondo de las aguas negras, la voz que a veces era un consuelo y a veces daba escalofríos?

Fuí resuelto hacia ella. La saludé respetuoso:

—Señorita...

La muchacha no pareció extrañarse.

—Buenas noches — replicó.

La contemplé un momento. Era rubia, esbelta, de formas perfectamente equilibradas. Sus ojos azules tenían una sombra de melancolía que encuadraba muy bien en el marco del rostro, un poco pálido de luna. Vestía con la elegante sencillez de las muchachas que yo veía circular en grupos por el barrio Latino a la hora de la salida de los despachos y talleres. Ella, a su vez, me examinaba también detenidamente.

¿Es usted artista? — dijo.

—Sí.

—¿Pintor?

—No. Poeta.

No pudo reprimir un gesto de contrariedad.

—¡Qué lástima! — exclamó después.

—¿Por qué dice eso?

—No sé por qué... — contestó un poco turbada.

Hubo una pausa.

—Perdone — dijo—. No lo he podido remediar. Sueño con ser modelo y la fatalidad no quiere que tropiece con ningún pintor en mi camino. Esta noche le he visto a usted y por su figura creí, estaba segura, de que lo sería. Y ya lo ve, tampoco...

Su voz sonaba en mis oídos con acentos de ángel. En mi vida he vuelto a oír hablar a una mujer así.

—Pero usted me perdonará, ¿no es cierto? — me preguntó.—También las poesías me interesan mucho.

—Soy el que tiene que ser perdonado — repliqué —, puesto que he sido causa del desengaño o por lo menos de la contrariedad de una muchacha bonita y aunque no tengo toda la culpa, justo que será que me sincere. No sabe usted lo que daría ahora por ser pintor!

Los dos sin ponernos de acuerdo, dirigimos nuestras miradas al fondo sucio del Sena. Y pensamos lo mismo. ¿A qué había ido aquella mujer allí? — me interrogaba yo —. ¿Qué buscaría yo en el puente solitario? — se preguntaba ella.

Fuí más decidido y formulé la interrogación.

—Necesitaba — dijo la muchacha — que la noche, la soledad y el Sena me tranquilizasen. ¿Ve usted aquella silueta negra?

—¿La "Morgue"?

—De allí vengo. He pasado varias horas velando el cadáver de una pobre amiguita mía, compañera de taller, a quien ayer asesinó su novio... ¡Qué miedo da "La Morgue"! ¿verdad? Yo no quisiera morir violentamente para que no llevaran mi cuerpo al horrible depósito lleno de terrores espectrales, de angustias infinitas, quién sabe si de pavorosos sueños insospechados...

—No siga... El recuerdo hace daño como una puñalada.

—Y sin embargo, a veces creo que estoy destinada al cuchillo que indiferente destroza los cuerpos en "La Morgue".

Subía su voz desde lo hondo, desde lo desconocido. Subía como desde un profundo abismo.

Para estrangular el diálogo sombrío, pregunté:

—¿Cómo se llama?

—Elsa.

—¡Bonito nombre! — añadí —. ¿Y vive cerca?

—En la "rue Montmartre".

—Yo llegaré a quererla a usted, Elsa. Su amor sería la felicidad.

—No olvide las circunstancias en que nos hemos encontrado. Yo soy supersticiosa. Tengo miedo y no sé de qué...

—¡Bah!

Iniciamos el regreso. La enlacé por el talle en un gesto limpio de lascivia. En el firmamento cantaba la estrella azul del amanecer.

IV

El idilio nacido en el puente del Sena estaba ya formalizado. Elsa era una muchacha excelente y había ganado por completo mi corazón.

Y ya lo veis... Fué precisamente su bondad, su infinita bondad lo que me perdió. ¡Cuántos enamorados he visto hundidos, rotos, por haberse desposado con una mala mujer! Sin embargo — ¡oh, brutales contrastes de la vida! — si ella hubiera sido mala, si hubiera sido pérfida, si en vez de amarme tanto me hubiera abandonado, engañado sin piedad, yo sería hoy un hombre normal, con un cerebro sano y una conciencia tranquila. La bondad de Elsa me ha traído al infierno en que ahora vivo.

La casualidad quiso que a los pocos días encontrase trabajo en dos casas editoriales. Con lo que ganaba vivíamos en la buhardilla Elsa y yo. La nueva existencia me encantaba. Me sentía libertado del aspecto más triste de la bohemia y mi agradecimiento hacia Elsa no tenía límites. Muchas veces llegábamos hasta el puente del Sena para darle las gracias por haber sido la ocasión.

—¿Ya no lamentas que no sea pintor? — le dije un día.

—¡Quién se acuerda de tonterías! — me contestó riendo.

Y me dió un beso fuerte, prolongado, encendido de pasión.

A pesar de todo yo no había podido olvidar mi amor a la noche y siempre regresaba a casa entrada la madrugada. Elsa comprendía mi costumbre y la respetaba.

—A veces me entristece — decía —, pero sólo porque no estás a mi lado.

Por celos no podía ser. Elsa sabía cuánto la amaba, y además la invitaba constantemente para que me acompañase.

—No, yo no — me contestaba—. Quiero el hogar, lo he querido siempre, pero ahora mucho más desde que tú lo has convertido en el templo de mis amores...

V

Adquiría aquella noche la escalera una calidad melodramática. Yo acostumbraba subir a obscuras los ciento y pico de escalones, que ya me sabía de memoria, casi siempre a la misma hora. Aquella noche, prólogo del drama que había de acabar con la paz de mi existencia, hube de detenerme a la altura del primer piso, porque en el hueco del rellano, arrebujada, confundida casi con la pared, estaba una sombra. En la obscuridad se destacaban los ojos que brillaban de una manera lúgubre. Instintivamente me detuve y observé. Pero sin luz no llegaban hasta mí más detalles que el fulgor siniestro de la mirada. Busqué mi caja de fósforos inútilmente. La sombra no se movía, cada vez más pegada a la pared.

Confieso que siempre he sido un poco fatalista. Por eso en el encuentro, a pesar de su decoracin pavorosa, no me conmovía.

— Mañana — me dije — averigüaré algo más.

Antes de seguir subiendo, quise saludar...

—¡Buenas noches, señor!...

Me contestó un ruido macabro que estremecía hasta los huesos...

Al día siguiente no quise contar nada a Elsa. ¡Para qué enturbiar su felicidad inocente con una preocupación que a esas horas me parecía sólo una pesadilla! Lo que debía hacer era buscar distinta hora para regresar a casa, evitando el encuentro desagradable. Es lo que otro cualquiera hubiera puesto. Yo ni supe, ni quise hacerlo.

Y la sombra, saliendo un poco de su escondite, me interrogó a la noche siguiente.

—¿Quién eres tú? — dijo.

—Soy el poeta que vive en la buhardilla.

—Mal oficio. Sobran poetas y médicos en el mundo... Estamos en el siglo de las grandes revelaciones. No te muevas que lo que va a pasar aquí será tremendo.

Yo había encendido una cerilla y le observaba atentamente. Tenía la cabeza rapada, los pómulos salientes, los ojos hundidos, lamentablemente hundidos en un hoyo negro que parecía no acabar nunca, los labios con un extraño matiz azul, el cuerpo redondo, pequeño, los pies desmesuradamente grandes, en desacuerdo con el conjunto. Era feo, de una fealdad terrible y angustiosa. La mirada tenía el mismo fulgor lúgubre del día anterior. Su ropa era de andrajos desgarrados y malolientes. En el bolsillo del pantalón vi brillar el acero de un cuchillo. En seguida comprendí que me hallaba ante un loco.

—Ahora voy a decirte — añadió — por qué estoy aquí. Yo soy un muchacho guapo que tiene el defecto de ser tímido. No puedo salir de noche, porque apenas llego a la calle las mujeres encienden las luces para verme pasar. Esto ha provocado la envidia a los demás hombres que procuran hacerme la vida imposible. Además te he dicho que soy tímido y no puedes figurarte lo que llega a ruborizarme el espectáculo de la ciudad encendida a mi paso. ¡Ah, las mujeres! Sólo de día logro escapar de ellas. Bajo el sol las mujeres se vuelven honestas, recatadas, virtuosas. Bajo la noche se desatan sus bajos instintos y a los que somos guapos nos persiguen sin ningún pudor.

Hizo luego la señal de la cruz y continuó:

—Sólo tú sabes el secreto. No lo descubras. Te va en ello la vida.

Desconfiando todavía, añadió:

—No creas que hablo en broma. Como me descubras, ¡te mato!

El loco volvió a su rincón, a confundirse e indentificarse con el rincón. Nunca me pareció la escalera de tan intensa calidad dramática.

VI

La locura es la peor de las asechanzas. En el mundo de los cerebros desequilibrados es donde deben adquirir todas las cosas de este mundo, tonalidades más horribles y desconcertantes.

Yo no he temblado ante nadie ni ante nada y sin embargo, cuando mi pensamiento se detiene en el panorama de la locura, no puedo sustraerme a una sensación de frío que taladra...

¡Siento mi rostro y mi cerebro llenos de sombras, cruzados por sombras, fantasmas hórridos superiores a nuestra voluntad naufragada al primer choque violento.

No le quise decir nunca nada a Elsa pensando que era una inútil crueldad.

VII

Estábamos en Carnaval. Los estudiantes celebraban un baile en "Bullier" y varios camaradas míos con los que me reunía diariamente en el café "Madrid" me rogaron que trajese a Elsa.

—No sé si querrá — dije — pero procuraré que venga.

Cuando llegué a casa, Elsa me esperaba con la alegría de una novia que espera el momento de la ceremonia nupcial. ¡Ah, yo no olvidaré nunca aquel último día de mi felicidad! Todo rebosaba ternura en ella, amor en mí, dicha en el hogar, paz en nuestros sensibles corazones. Y sin embargo la decoración estaba preparada por la fatalidad para hacer más rudo el golpe, más irreparable la desgracia. Bajo el cielo de París la tragedia espiaba, esperando el momento de hundirnos su puñal, de clavarlo sin piedad en nuestras pobres vidas.

—Elsa — le dije, — arréglate, que esta noche quiero que me acompañes al baile de los estudiantes.

Sin replicar hizo lo que le pedía. Disfrazada de "Madame Pompadour", lució en "Bullier" el encanto de su cuerpo maravilloso. Parecía contenta. Reía, bailaba, sostenía conversaciones con todos, en un plan de travesura e ingenio. Yo no me cansaba de contemplarla. Cuando pude me acerqué a ella y le dije a media voz:

—Esta noche, Elsa, "volverá a ser" nuestro primer día.

Pero no estaba acostumbrada a esa vida. Se cansó pronto.

—Vámonos — me suplicó. — Es tarde...

—Pero si apenas es media noche...

—Tengo sueño.

Yo me sentía bien en aquel m biente y no quería marcharme. Pronto escuché otra vez la voz de Elsa.

—Acompáñame a casa y luego

SENTIMENTALES

¡Cruel!

Yo iré por los caminos más desiertos
llorando sin consuelo mis tristezas,
seguro de que lobos y chacales
habrán de respetar mis hondas penas.

Cuidaré que el destino despiadado
no me lleve arrastrando hasta tu puerta,
¡que espero de ti menos, mucho menos
que del salvaje instinto de las fieras!

¡Y no es que te reproche, ¡Dios me libre!,
que no es tuya la culpa que así seas...
Yo culpo solamente a mi Destino
que me negó el cariño de una buena...

Resignación

No me importa el desprecio de las gentes;
todo lo sufro con austera calma,
y es que viene la paz más seductora
tras el cruento fragor de las borrascas.

No me importan, repito, los desprecios
de la gran turbamulta despiadada,
que el silencio y la calma con que sufro
han de ser algún día mi venganza...

Vengan, pues, a humillarme los impíos,
a sembrar a mi paso las infamias,
que yo sabré vengar tantas afrentas
con mi silencio que castiga y mata.

José M. BRAÑA

vuelves tú. Pero no puedo estar más.

¿Por qué no la obedecí? ¿Por qué volví a negarme a su humilde súplica?

—Espera otro poco — contesté ya un poco molesto.

Elsa esperó resignada. Pero al tocar un reloj las cuatro de la madrugada, volvió algo temerosa.

—A esta hora te retiras tú siempre... ¡Vámonos!...

Cada vez más molesto, casi con violencia, le repliqué:

—No hagas el ridículo, Elsa. Hoy es un día extraordinario. Espera otro poco...

Ella me miró con sus grandes ojos de cielo.

—Bueno.

Pasó media hora y extrañado de no recibir nuevos ruegos busqué a Elsa con la mirada. ¡Y Elsa no estaba! Pregunté a nuestros amigos, a nuestras amigas. Una de estas últimas me lo aclaró todo.

—Elsa se ha marchado, ¡la pobre!... No podía más. Antes de irse me encargó que te dijera que no te inquietases por ella, porque en un taxi marchaba directamente a vuestra casa.

—No lo comprendo — comenté yo. — Bien pudo esperar.

—Estuvo esperando muchas horas — replicó la amiga. — Además no quiso decirte nada de su marcha porque veía que disfrutabas mucho, que te divertías mucho y eso la contentaba a ella más que su propio gozo. ¡Te quiere mucho esa muchacha!

Un poco nervioso— ¿el presentimiento?—marché a casa. Sentía ganas de verla, de besarla, de deshacerme en excusas por mi actitud de aquella noche. Como nunca me parecía ahora Elsa adornada con todas las gracias de la tierra.

Al divisar mi domicilio, un detalle inquietante detuvo mis pasos. Mi respiración se hizo más acelerada. Temblaban mis manos y flaqueban mis piernas. Frente a la casa se hallaba numeroso grupo de personas formando corrillos, como cuando ocurre algún suceso desagradable. Hice un esfuerzo y corrí.

—¿Qué ha pasado?—pregunté a un viejo de luenguas barbas que peroraba ante más de ochenta personas.

—Algo horrible, señor, algo horrible.

—¡Pero termine pronto, por favor!

—Horrible, horrible. Hace una hora, un loco que estaba apostado en la escalera ha asesinado a una pobre muchacha que regresaba del baile. Le dió más de veinte puñaladas.

Creí morir. ¡Ah, cuando no paralizaron mi corazón aquellas palabras, será difícil que lo consiga ninguna otra emoción!

—Mientras la mataba—siguió diciendo el viejo—el loca iba exclamando: "Has descubierto mi secreto y por eso vienes disfrazado. Pero no te escaparás, no te escaparás..." Y saltaba, haciendo gestos espantosos, sobre la infeliz.

No creo que ningún mortal haya vivido momentos tan horrorosos de angustia. ¡Yo había matado a Elsa! A punto estuve de correr al juez y decírselo todo.

—Sí, señor juez. El verdadero asesino soy yo. La obligué a ir al baile, desoí sus súplicas de que la acompañe y, sobre todo, no la advertí de esa asechanza escalofriante de la locura en la escalera. Yo debí ser la víctima, señor juez, porque creyendo que era yo la dió el loco las puñaladas...

¡Lléveme usted, señor juez! Lléveme usted a la cárcel...!

La portera que me divisó entre los grupos, vino a mi encuentro.

—¿Ya lo sabe todo? ¡Pobre señorita!

—¿Dónde está mi Elsa?—pregunté en un tono desgarrador.

—A estas horas debe estar ya en "La Morgue"—contestó llorando.

¡Se había cumplido su presentimiento!

Mis nervios querían saltar. Sin saber lo que hacía, subí a la buhardilla y cogía el frasco del éter. Primero sentí frío. Después miedo. un miedo terrible y espantoso. Después nada.

Destructores de iglesias.

Independientemente de los estragos que el tiempo, la incuria y el abandono pueden ocasionar y de la acción destructora de las ratas, existe un conjunto de pequeños artrópodos y de minúsculos vegetales encargados de destruir el mobiliario de las iglesias de acabar con las artísticas vidrieras que sirven de encantador ornato en los viejos templos.

Estos pequeños enemigos cuya acción demoledora no debe pasar desapercibida ya que los estragos que causan son irreparables, han sido estudiados recientemente en Francia, por M. Ernesto Perrier de la Bathie, que obtuvo datos admirables y fotografías exactas de algunos de ellos, especialmente de los insectos que hacen campo para su acción destructora de la madera de los órganos. Algunos de estos pequeños destructores son simples vagabunsdos que frecuentan los órganos para quedar en los rincones polvorientos. Pero, en frente de estos casi pasivos insectos, que son los menos dañinos pues el único peligro que con ellos puede correrse es que se metan por los tubos y no puedan escapar fácilmente, produciendo la obstrucción de los mecanismos, la paralización de las lengüetas, la *tartamudez* de los ófonos y de los tubos, existen varias especies de coleópteros, ortópteros himenópteros y lepidópteros, que devoran las maderas de los secretos y de los registros, la piel la cola y el papel de los fuelles.

En efecto, en las entrañas de los órganos, habitan unos insectos de mandíbulas aceradas que causan enormes estragos. El *anobuim jauniceum*, por ejemplo, cuyas larvas son arqueadas y blanquecinas, atacan igualmente a la madera, que a la piel, que al papel. Se instalan en las galerías que ellos mismos practican y se alimentan del aserrín que producen con sus trabajos. Una vez adquirido su completo desarrollo, se fijan en un punto de su tranquila vivienda que alargan poco a poco a fin de poder instalarse mejor. Una veintena de días más tardes las ninfas se vuelven insectos perfectos que no tienen sino horadar una pequeña capa de madera para escapar de la caja del órgano.

Entre la larga lista de otros destructores citados por M. de la Bathie se distinguen también las *Callidies sanguines*, que tienen una predilección por la madera de roble y perforan los tubos de estaño; los *termite lucifuge*, neurópteros pardos, que atacan a la armazón; los *dermestes* y el terrible *lepisme* conocido en algunas regiones como pez de plata.

Para luchar contra estos insectos, da a los organistas unos consejos, el hombre de ciencia francés que citamos anteriormente. Es preciso, ante todo, emplear en la construcción de estos instrumentos, maderas secadas en estufa, inyectadas o senelizadas por el ozono, pieles curtidas al cromo y fieltros y papeles antisépticos. Después, como medios curativos, se debe quitar la humedad y el polvo por medio de lavados frecuentes o detener los desgastes por medio de líquidos, de polvos, de vapores insecticidas y de capas protectoras, que se indican en cada caso.

También las vidrieras, esas vidrieras policromadas de fino dibujo que exornan los templos, sufren los estragos de parásitos destructores. A veces, su superficie se presenta moteada de pequeños orificios; otras, los colores se ven apagados.

Estas alteraciones se deben a los líquenes, de los cuales distinguió la investigadora Mis Meller veinte especies.

La distribución geográfica de estos parásitos parece estar muy extendida y, a menudo, crecen sobre los muros de los templos cerca de las vidrieras que invaden.

Se ha observado también que las vidrieras expuestas al Norte y al Oeste son más deterioradas ,en tanto que las orientales, al Este o al Sur, y, por consiguiente, reciben menos lluvia, quedan indemnes.

ANECDOTA

En Zaragoza (España), actuaba una compañía de zarzuela importantísima y estaba anunciada para aquella noche "La Tempestad", obra que siempre proporcionaba a la Empresa una gran entrada. Poco antes de empezar la representación, se recibió un recado del barítono encargado de interpretarla, manifestando le era imposible cantar por hallarse gravemente enfermo.

La Empresa, en su afán de no variar el cartel, solicitó de un aventajado corista que se encargase del papel de Simón, y el modesto artista, por temor a que una negativa pudiera ser motivo de su salida del teatro, aceptó la invitación, no sin antes rogar que se anunciase al público, solicitando indulgencia. Le ofrecieron que así se haría, pero no se hizo para no restar ingreso a la taquilla.

Llega la representación y al terminar la célebre romanza, el público rompió a silbar y bastonear con verdadera furia, al extremo de que era imposible seguir. No sabiendo qué partido tomar, se adelanta el pobre corista a la batería pidiendo por señas que le dejen hablar; se restablece el orden, y dice:

—Respetable público. Como continúen así, "repito la romanza".

Ante tan trágica amenaza, no volvió a oírse la menor protesta.

Con el doctor Manuel María Oliver, argentino preclaro

La ciencia de la educación, que es ciencia y apostolado, señala en la historia contemporánea la ruta que marcada por hombres videntes y abnegados condujo a los pueblos a una era de paz, luz, civilización y progreso. Todos los problemas del orbe hallan la base de su solución en la educación común.

Hemos ido a visitar al doctor Manuel María Oliver, escritor brillante, de estilo límpido y robusto, profesor, que durante más de 25 años ha enseñado con talento y desvelos varias generaciones de nuestra juventud.

Recordamos al entrar en su casa, que ha expresado que el reportaje hecho a un periodista es una paradoja.

—Dice Laboulage y lo cita Estrada, que las paradojas de hoy son las verdades de mañana,—le decimos.

Nos recibe con gentileza hidalga y contesta nuestro saludo con llaneza de caballero velazqueño.

—¿Cómo destribuye su día?

—Agotándolo en el trabajo. Ni distribuyo ni dispongo del día. Son las horas las que disponen de mi y en verdad que no las siento nunca.

—¿Cuál es su autor favorito?

—Soy enemigo de los favoritos. Todos los autores son mis amigos cuando llegan a mi corazón y llenan mi cerebro. El primero que leí en mi vida fué Larra y sin que él resulte mi favorito se convierte para mí en un decálogo de verdades.

—Los personajes de sus novelas, ¿son reales o imaginativos?

Son reales pero en mi imaginación se cubren con ese ropaje de fantasía que es indispensable en toda novela. Para mí no son personajes tampoco: Son actores de sus propios dramas que yo extraigo del gran todo social y que doto con mi emoción.

A veces después de haber creado algún héroe sentimental le tengo envidia. Pero me conformo porque lleva de mí, alma y nervios, que es lo que busco.

—¿Qué debe significar la novela en la vida espiritual?

—Un gran agente de emoción y de arte. Además, un espejo que no sólo refleje figuras o perfiles sino que muestre lo que hay detrás del cristal. Hay novelas que no son tales y que producen la impresión repugnante de un esperpento...

—¿Qué género de novela cultiva y por qué?

—Ni cultivo ni tengo género. Los géneros matan las novelas. Si esta clasificación preceptiva desapareciera la literatura ganaría. Hay géneros históricos en materia de novela, de tan ridícula y mentirosa factura que sería mucho mejor que no hubiera géneros de ninguna especie. Mi género es la vida misma. El por qué escribo novelas no lo sé. Por una inclinación ingénita, por un anhelo de descansar del materialismo vulgar, por encantarme en mis propias ficciones, pero nunca porque busque dinero o fama, ambición que no entra en mi ánimo ni entrará nunca. Hace 20 años que no publico un sólo tomo con novelas y quien me quiera leer debe acudir a las revistas.

—¿Cuál fué su primer novela y quién la inspiró?

—Se tituló Un MUCHACHO y se inspiró en mis primeros desengaños juveniles. La escribí teniendo 18 años y no la he vuelto a leer hasta hoy. No sé si por pereza o por no aumentar mis desencantos.

—¿Y para qué quiéres ser mi amigo, me interrogó familiarmente?

—Porque Vd. es un gran espíritu y puede formar a los muchachos de hoy. Yo nunca he sido partidario del Gral. Roca y aho-



El doctor Manuel María Oliver, en un rincón de su biblioteca

—¿A qué edad se inició en el periodismo?

—A los doce años. Largo es el camino...

—Alguna anécdota suya que tenga relación con Pellegrini, su amigo dilecto.

—Tuve por Pellegrini un cariño profundo. A raíz de los sucesos de la unificación, me presenté una tarde en su casa y lo encontré sólo y hosco. Había pasado por su espíritu la enorme decepción que tantos hombres labra. Le dije quién era y me preguntó que cual era el motivo de acercarme hasta él.

ra que él se ha mostrado tan desleal con Vd. creo que la juventud debe rodearlo...

Mi actitud juvenil y franca lo emocionó y mirándome con sus ojos claros, repuso:

—¡Qué disparate! Son ilusiones tuyas! Yo soy un hombre concluído...

Le aseguré que nó y me dió la mano, ancha y fuerte.

Poco tiempo después, encabezaba yo mismo 500 muchachos de mi edad e irrumpíamos la casa de Pellegrini dándole nuevos alientos y estímulos.

Por eso una vez, un servil de los que no faltan, trataba de intrigarme en el ánimo del patricio, y éste, haciéndole callar, exclamó:

—Si Vd. es diputado me lo debe a mí y si yo he vuelto a la lucha se lo debo en gran parte a ese muchacho, que nunca me ha pedido nada y me ha dado todo su entusiasmo.

Para Fray Mocho



—Señor: nuestro Quijote se llama Martín Fierro. En él está volcado el corazón de esta Pampa. Quien no haya leído ese libro, nó comprenderá jamás á las almas gauchas!

Estas fueron las palabras que dijo José S. Alvarez,—Fray Mocho en las letras,—al representante del Imperio Británico, coronel Holdich, en el famoso pleito de límites Argentino-Chileno, mientras aquel volvía de la Patagonia.

Estuve presente en esa ocasión. Ocurrió en el Tandil y en presencia de Zeballos.

Cuando Holdich regresó á Londres, llevaba un "Martín Fierro," regalo de Fray Mocho..

Manuel María Oliver.

oct. 10/924.

—¿Sus orientaciones en la enseñanza?

—¿Están en mis libros y mejor que ellos en mi obra técnica pedagórica del colegio nacional Pueyrredón. Menos ciencia pero más sabiduría, menos reglamentos pero mayor eficacia en lo que se enseña, es decir enseñar bien y de cualquier modo, pero enseñar lo que se sabe y trasmitir lo que se siente. Abandonar la palmeta preceptista y humanizar las aulas. Preparar hombres y no autómatas. Democratizar la enseñanza y destruir las clases que se gradúan inicialmente en los colegios. Enseñar más verdades y destruir las mentiras. Propender a que el profesor sea digno de sí mismo, combatiendo en él ese espíritu incondicional que le presenta sumiso, como un ente sin voluntad y sin carácter. Todos los que me han rodeado saben que nunca prediqué ni el sometimiento ni la deslealtad.

—¿Cuál es su mejor hora?

—Aquélla en que caigo entre las caricias de mis hijos y la dulce mirada de mi esposa. A esto se sigue que olvido el ladrido de los canes que en la calle ululan rabiosos y detonantes.

—¿Qué piensa de la evolución de la mujer moderna?

—Que es una mezcla de francesa y girl americana. Un poco exagerada en los deportes, en el cocktail y en el chárlestón, pero siempre encantadora. Dentro de 50 años las mujeres estarán a la altura del hombre en físico y en espíritu y acaso alguna de ellas integrará la fórmula presidencial. Lo que no puedo preveer es el destino del Amor, que ya está envuelto hoy en un poco de rouge y otro poco de esencia sutil...

—¿Qué es lo que más le incomoda?

—El cretino universitario que se empavona con el inútil título de Doctor.

¿Y lo que más le seduce?

—Pensar en que alguna vez los parásitos desaparecerán por eliminación del ambiente.

—¿Cuál es su lema?

—Perfección espiritual. En mi labor de escritor el de Talleyrand. Hay una arma más terrible que la mentira: la Verdad.

—La ironía que Vd. emplea en sus artículos y glosas, ¿con qué tendencia las usa?

—Educar, deleitar, sugerir y hacer arte. No tengo nada que vengar ni reservas de hiel, ni odios, ni pasiones. Río por higiene y olvido la maldad por método. Ni siquiera desprecio.

Olvido simplemente.

—FRAY MOCHO me encarga le trasmita sus saludos.

—Agradezco la gentileza de esa revista a la cual estoy vinculado hace muchos años y en cuyas páginas colaboré por bastante tiempo. El nombre de FRAY MOCHO sigue siendo todo un programa en el pensamiento argentino.

Luis NOGUERA

Homenaje a Spencer en el Chaco

El mes anterior fué inaugurada en Tartagal (Chaco) una escuela pública a la que se le dió el nombre de H. Spencer. El acontecimiento, divulgado por la prensa periódica, ha de haber sorprendido agradablemente a los estudiosos y admiradores de este gigante del pensamiento, que durante el siglo XIX contribuyó poderosamente a renovar la filosofía humana.

Noble pensamiento sin duda el de los chaqueños al denominar una escuela del territorio con el nombre del gran pensador inglés, que muchos echaron en olvido a pesar de su valioso aporte al conocimiento, a la legislación, al estudio de las sociedades humanas.

Spencer constituyó con Darwin y Marx, la tríada gloriosa del maravilloso siglo XIX, maravilloso en verdad, a pesar de la tacha de "estúpido" que le lanzara, ha mucho, el nacionalista francés León Daudet, a la que debían asociarse los super-nacionalistas de otros países.

En efecto, en sus primeros años, el siglo XIX vió los últimos anhelos de la revolución francesa; vió caer el coloso que había dominado —salido de la muchedumbre incolora — la multiutd de varios colores de los emperadores y de los reyes; vió sujetarse al hombre, en una dócil obediencia, al fuego, el hierro, el rayo, el vapor; y del silencioso gabinete de los hombres de ciencia oyó salir palabras que testimoniaban hechos y verdades hasta entonces desconocidos destinados a abrir nuevas vías, hasta entonces inexploradas, y a trazar un nuevo surco a las ciencias, hasta entonces empíricas, que indagan el cómo y el por qué de los hombres y de las sociedades humanas.

Siglo lleno de vitalidad, de fuerza y de grandes ideales; que vió constituirse Naciones desmembradas por espacio de siglos y durante el cual alcanzó su máximo desarrollo la última forma del trabajo de los muchos y se ha venido preparando el sub-stratum de aquellas ideas a las que se deberán las renovaciones económicas y sociales que ahora maduran.

Herbert Spencer fué, aunque él lo negase o no lo quisiere, uno de los mayores defensores de las nuevas ideas, y dió, aunque involuntariamente, la mayor contribución al fundamento científico de aquellas ideas socialistas que, sin embargo él francamente combatió. Y era lógico con sí mismo, y lógico con su idea.

Su liberalismo político nunca llegó al socialismo; fué un individualista y mucho sirvió a los anarquistas "El individuo contra el Estado" en el cual él, con toda la fuerza de su dialéctica y la potencia de su vastísima mente se sublevó contra la acción centralizadora, tutelar y absorbente del Estado en las sociedades actuales y en aquella forma de sociedad preconizada por los socialistas.

Y también contra la teoría nacionalista de la solidaridad él se reveló afirmando que la sociedad no debe ninguna asistencia a los débiles, y encerrando en una ley absoluta este concepto suyo demostró lo que en verdad es cierto solo en parte — que la asistencia es distinta y opuesta en la familia y en la sociedad. En aquella debe ser lo más amplia posible, y cuanto más sea posible duradera; en ésta parca y pequeña, limitada a conceder al individuo solo en razón de lo que puede dar y solo en cuanto puede dar. El predicó y procuró dar forma natural al individualismo sobre el cual se basa la sociedad actual, y se puso por esto frente a los antípodas de los postulados anarquistas, así como de las aspiraciones de los socialistas, en cuanto él negó la base primera de cada sociedad humana: la solidaridad en la lucha y en la vida.

Esta es toda una parte de su sistema de filosofía, y es la más débil; la parte que ya los hechos de aquella evolución humana de la cual él fué el gran expositor, niega concordemente.

Pero este error de haber considerado la ley de la lucha por la vida, más como la interpretó Hoeckel, como la formuló y demostró Darwin, no es únicamente de Spencer. El Dawinismo social fué el error grande de los sociólogos del principio de la segunda mitad del siglo pasado. En nombre de este Darwinismo que, en verdad Darwin no lo había siquiera soñado, fueron condenadas como utópicas todas las ideas de mejoramiento social, todas las tendencias hacia la construcción de una sociedad en la cual no la ley de la competencia, sino la de la solidaridad tuviese la mayor parte. Y a pronunciar la condena de Spencer no fué solo. Sin embargo fué el más autorizado. Su teoría de la evolución, evolución procedente en los organismos sociales con el mismo proceso que en los organismos humanos, daba a él el derecho de llevar alto su réplica en la controversia; sin embargo él no se dió cuenta de que su misma teoría contradecía la condena y que él, sobre la indagación especulativa del pasaje de los grupos humanos de formas de asociación más complicada y más perfecta, venía a echar las bases de aquella teoría evolutiva socialista que reconoce la ley de la solidaridad como base primera de toda relación entre los hombres.

Es un hecho que, aunque su teoría del organismo social, como está expuesta en el cap. VI parte 2.ª de su famoso libro "Principios de sociología" teoría de la cual él ya había puesto las bases en "Primeros principios" y a la cual hace mención en el cap. IX, párrafo 287 de los "Principios de Biología", fuera aceptada casi sin discusión cuando Spencer la expuso, y haya tenido también una profunda influencia sobre las orientaciones del pensamiento moderno, es seguro que no carece de errores; sin embargo ella enuncia una gran verdad; es decir una sociedad en un organismo compuesto de miembros destinados a diferentes funciones.

Pero cuando en 1876 Spencer publicó los "Principios de Sociología", los trabajos de Lyell sobre la "Geología" de Gegembaun sobre la "Anatomía Comparada" de Darwin sobre "El Origen de las Especies", tenían demasiada autoridad, descubrían demasiadas verdades porque la obra que venía a añadirse a las de aquellos parecía transportar en el campo sociológico las leyes que los mismos habían descubierto en el campo biológico, pudiesen ser discutidas y no aceptadas.

La teoría Spenceriana por tanto triunfó completamente y los socialistas procuraron (apropiársela, aunque Spencer hubiese descuidado casi del todo la cuestión económica en las sociedades humanas, cuestión que no siendo el móvil primordial es también uno de los mayores factores de la evolución social.

Su último libro "Fats and Comments" parece repudiar todas las verdades descubiertas y afirmadas por él. En este libro Spencer busca corregir los puntos de su obra en la cual pudo ser poco exacto e ilógico con sí mismo. Es preciso no olvidarle. El empezó como individualista; "Facts and Comments" es un libro de individualismo. En este libro Spencer no es un renegado; se ha corregido. Por lo demás "Facts and Comments" es la continuación, o mejor, el resumen de aquella metafísica que a él dictaba la teoría de lo "Unknowable". Teoría verdadera también ésta, pero no exenta de errores, por lo demás en la forma que fué presentada por él. Porque tal vez nosotros nunca llegaremos a conocer *seguramente* el *por qué* de la vida, el *cómo* del pensamiento, y el *dónde* de la muerte, si es que hay un por qué, un cómo, un dónde, pero de seguro, y tal vez en fecha no lejana, llegaremos a conocer la cadena que liga el hombre a todos los organismos existentes y cuál su función en el mundo; y cuál la función de nuestro planeta en la armonía de los mundos existentes. El "Unknowable" fué una metafísica, extraña en un pensador como él que hallóse en condiciones de ejercitar en el mundo una influencia paralela a la de Augusto Conte, de Darwin y de Marx.

Subsiste en la obra de todo pensador de genio una recóndita partícula de verdad, una pequeñísima parte de absoluto que sirve para reconstruir las teorías, y dar las bases a los sistemas, que es destinada a volverse patrimonio indestructible de las sociedades, de las filosofías, de las ciencias, de las artes futuras; que los hombres se pasan de generación en generación haciendo tesoro de ellas, sirviéndose de las mismas en la búsqueda de nuevas verdades; construyendo nuevos sistemas, nuevas teorías hallando y aplicando nuevas formas de belleza y de bondad.

El "estúpido" del siglo XIX ha sido rico en hombres que han hallado estas partículas de verdad; y Herbert Spencer ha sido uno de estos y de los más grandes.

El pensador inglés, tiene derecho, a pesar de los errores y la caducidad de su teoría, al agradecimiento de las generaciones humanas; por que él podrá presentarse ante ellas llevando en sus manos, dádiva eterna al insaciable saber, las pocas pero indestructibles y grandes verdades por él descubiertas. Pocas, pero enormes, si pensamos en las innumerables generaciones humanas que se suceden no dejando de sí, sobre la pólvora de los tiempos, más que una leve huella muy pronto olvidada por las generaciones sucesivas; mientras la huella de los grandes como Spencer, subsiste.

Subsiste para testimoniar, con los frutos madurados de su obra, de su gran genio, de la potencialidad de su intuición, cómo ellos supieron beneficiar a la humanidad.

Y desde ya vaya nuestro aplauso sincero a las autoridades escolares del Territorio del Chaco, las que, dando el nombre de H. Spencer a una de aquellas escuelas, entendieron honrar la memoria del autor de "Educación Moral, Intelectual y Física" en cuyas páginas Spencer, echando vívidas rociadas de su genio soberano, demostró la concordancia de la ética con la biología, la vinculación entre lo que es moralmente aconsejable y lo fisiológicamente útil, impeliendo a la veneración del cuerpo humano hasta las alturas del culto, elevando desde sus páginas un himno sereno a la religión física, natural y sexual.

Oreste CIATTINO.

Sonata "Claro de Luna"

Una obra maestra musical y su historia

Es imposible para nadie permanecer indiferente ante la poética tranquilidad de esta maravillosa música. Si describe la luz de la luna, entonces ésta es tal como la describe Shelley en sus famosas líneas:

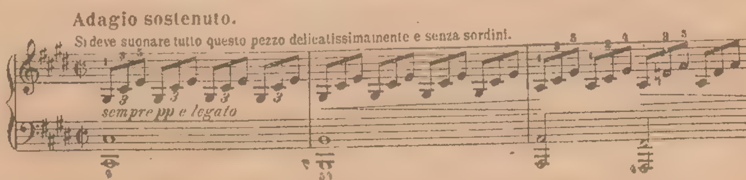
"As when the night is bare,
[from one lonely cloud
The moon rains out her beams
[and heaven is overflowed"

Lo empapa a uno con su caudal de belleza; su atormentada melodía hace resonar abismos de emoción que duermen en lo más recóndito del doliente corazón del compositor y escuchamos, subyugados por el puro encanto del sonido y nos emocionamos con la ternura que matiza su inmortal canto. Probablemente no hay otra obra grande para piano tan universalmente conocida y amada como esta sonata; brilla gloriosa entre las creaciones de genio de todos los tiempos.

Muchas novelas gratuitas han sido bordadas alrededor del título "Claro de luna" dado a la sonata por el crítico Rellstab quién se imaginaba poéticamente que el primer movimiento semejaba un bote navegando a la luz de la luna en el lago de Lucerna. En Viena se le llama a veces la "Lauben Sonata" por una tradición que dice que fué compuesta en la alameda llena de hojas (Laubengang) de un jardín. La dedicatoria de Beethoven de la Sonata a Giulieta Guicciardi parece haber sido un simple accidente, a juzgar por lo que la misma dama dice: "Beethoven me dió el Rondó en sol, pero deseando dedicar algo a la Princesa Lichnowsky, se llevó el Rondó en vez la Sonata en do menor."

Beethoven nunca le dió el título de "Claro de Luna"; al poeta Rellstab, un gran admirador de Beethoven, se le debe ese nombre, y el mundo lo ha hallado aceptable pues se presta para definir el apacible encanto y la sensitiva belleza de la primera parte de la obra.

En realidad no es una Sonata en modo alguno en el significado aceptado del término, sino una fantasía, un cuadro-poema tonal



del amor sin esperanza del compositor por la Condesa Giulietta Guicciardi, una de sus alumnas. Esta joven tiene un papel prominente en la tradición más genuina de las mucho menos acreditadas respecto a la composición. Ella estaba muy arriba de Beethoven, en cuanto a rango social; era hija de una casa noble, era rica, hermosa e idolatrada por sus indulgentes padres. Beethoven era entonces tan sólo un pobre maestro de música, que ganaba justamente lo necesario para conservar su cuerpo y su alma juntos. Que él estaba desesperadamente enamorado de su discípula, nadie lo ha dudado. Ella parece haber correspondido a su afecto, pero el casamiento de ambos era imposible por razones sociales, y esta poco afortunada y romántica "liaison" entristeció la vida de Beethoven durante muchos años.

La más verosímil de las historias relativas a su Sonata es la siguiente: una noche, durante un paseo solitario (era uno de sus hábitos caminar mucho, solo, algunas veces internándose en el campo) pasó por una casa de la cual salían las notas de una de sus propias composiciones, lo que era raro en esa época, pues Beethoven no había "llegado" aún. Se detuvo a escuchar, al azar, en plena luz de luna. Se le observaba desde adentro y de pronto, abriéndose las puertas, salió Giulietta y un grupo alegre de amigos; rodearon al compositor y le obligaron a entrar y tocar para ellos. Beethoven consintió y se sentó al piano con su cabeza inclinada en silenciosa contemplación, como si esperara una inspiración. De pronto, del silencio ansioso, surgieron las notas suaves y la inolvidable melodía de la maravillosa música de la obra que, en su forma perfeccionada, habría de ser entregada al mundo como la Sonata en Do sostenido menor la cual, desde que así la bautizó Rellstab, ha sido conocida por la Sonata "Claro de Luna".

Es indudable que la belleza de la clara noche de luna y la presencia de su adorada Giulietta fueron bastante motivo de inspiración para aquella música que procedía de las profundidades emotivas de Beethoven y si bien es apenas posible que la Sonata, tal como la conocemos, fué oída en esa memorable ocasión, es indudablemente cierto que su improvisación es absolutamente la misma en su expresión de lo desesperado de su romántica "liaison".

Con toda su calma belleza, hay una tristeza subyacente que se adivina en el primer movimiento, que expresa lo desesperado de su amor. El segundo movimiento es una breve tentativa de ponerse en humor más liviano pero el contraste es demasiado grande y cede, casi antes de empezar, ante la airada protesta e indignante rebelión del último movimiento. Aquí hallamos a la fuerte alma de Beethoven surgiendo cual proceloso mar, para estrellarse contra las negras y firmes rocas del Destino, tratando en vano de quebrarlas, volviendo vez tras vez a un nuevo esfuerzo con magnífico coraje. ¡Pero, ¡ay!; cuán fútil es el esfuerzo! En esta Sonata se revela el titánico Beethoven. Sus páginas ofrecen una música de la más profunda significación de clásica belleza superior.

Julio LOTTERMOSER.

LOS HERBOLARIOS DE LOS INCAS

La curación por medio de las plantas, es, sin duda, la terapéutica más antigua que existe. La observación hizo que los primeros médicos viesen que los animales buscan las plantas medicinales en el campo, para curarse de sus enfermedades.

"Los primeros médicos"; ésta es una frase tan vaga, que podría creerse que me refería a Hipócrates o a Galeno, y, sin embargo, voy mucho más atrás aún. Jorge Schweinfurth ha encontrado en relieves egipcios, ciento noventa especies de plantas curativas que usaba aquel pueblo primitivo, algunos miles de años antes de la Era Cristiana; ciento diez clases de esas plantas eran cultivadas en campos especiales, en jardines al cuidado de médicos expertos. Las hojas de la parra, el sauce y la yedra, el granado, y muchas otras, se han encontrado en numerosos dibujos, en las cámaras de Karnak; y el rey Thutmosis III, por el año 1500 a. de J. C., fué un gran protector de los médicos botánicos. El cornezuelo de centeno, que usan las comadronas hoy día, ya lo encontramos citado en los tiempos de Amarna. De manera que los médicos actuales que creemos poseer algo propio, nos engañamos, porque toda nuestra práctica está basada en el empirismo de los antiguos.

Muy difícil es, para el arqueólogo, fijar si las civilizaciones azteca e inca son posteriores a la época en que los egipcios estuvieron a la altura de su civilización. Pero el hecho es, que si la medicina actual les debe algo a los egipcios, su duda con los antiguos mejicanos y peruanos, es aún mayor.

Los mejicanos poseían una planta sagrada para lograr el parto sin dolor, que yo he introducido en la terapéutica moderna, y que los indígenas de Méjico conocían bajo el nombre de "Cohuahxuheutlhololiokl". Bajo este nombre la describe el sabio misionero Fray Ximenes, como asimismo el padre Sahagún, quien la clasifica de "xiximatic".

En Perú y Bolivia, los indios la conocen con otros nombres diferentes, en aimará y quechúa, respectivamente.

Los Incas del Perú dieron tanta importancia a algunas plantas, que la "coca", de la que hacemos hoy la cocaína, era la única moneda del imperio de Mancokapac, y la "quina" era aplicada con mucha más frecuencia y con más éxito que hoy día la usamos.

La lues, que se pretende hoy día curar con el salvarsán, era realmente curada con el "guaco" y la "zarzaparrilla"; pero esas plantas se cosechaban bajo ciertas constelaciones astrológicas, en que la virtud curativa de las plantas era efectiva.

El "curare" para envenenar la punta de las flechas, era preparado por los Incas, y producía una muerte instantánea; y tal veneno lo llamaban "Miu-Nakkak". Más: puede sostenerse que ellos preparaban con él un gas venenoso, aún más mortífero que los usados recientemente en la Guerra Mundial.

Yo conocí a un curandero, en el Perú, cerca de Paucartambo, que, mediante una infusión de algunas plantas y cantáridas, hacía tener a un viejo de 80 años la juventud de un mozalbete. Lo mismo consiguen los hindúes con el "lucutate".

En el corto espacio de que dispongo en esta revista, no puedo dar mayor extensión a este asunto. Pero invito a los médicos peruanos, a que estudien los orígenes de la Medicina incásica, que en ella hay aún tesoros escondidos.

Dr. KRUMM-HELLER

ANÉCDOTA

Casanova, el famoso aventurero, se hacía llamar caballero de Seingalt.

En sus memorias, el príncipe de Ligne refiere que, cuando el aventurero fué presentado al emperador José II, éste, mirándole de la cabeza a los pies, le dijo, desdeñosamente:

—Señor: yo desprecio a los que compran los títulos.

A lo que Casanova replicó:

—¿Y a los que los venden, Majestad?

"FRAY MOCHO" EN EL BRASIL

Los trabajos latino-americanistas de nuestro representante especial, doctor Paulo Tagliaferro. — Amistad argentino - brasileña.

(Véase, en las páginas de grabados, el complemento gráfico de esta crónica).

Hemos llegado al Brasil para continuar el ciclo de entrevistas continentales, tendientes a poner nuestra gota de agua en la ardua misión del mejor entendimiento y más franca confraternidad entre las Naciones Iberoamericanas, tratando así de seguir cumpliendo el grave compromiso asumido con FRAY MUCHO.

Es, en realidad, algo incómodo para el periodista, abordar puntos de tal naturaleza en un ambiente fresco aún, de fratricida y cruel contienda, y que ostenta todavía los prejuicios inherentes a situaciones, particularmente anormales en un país acostumbrado a no mermar un sólo instante el brillo ininterrumpido de su airosa marcha hacia el orden y el progreso. Beligerante en la gran guerra, el Brasil no tuvo aun tiempo de resarcirse, digamos, de las preocupaciones que, como tal, fuéronle impuestas por las circunstancias, sino que vióse obligado a soportar, tal vez inesperadamente, el peso incómodo de una guerra civil, resultado híbrido de pasiones o ideas desencontradas, quizás de otros factores que no nos corresponde analizar, pero que aportó los resultados contraproducentes que siempre acarrean las revoluciones que no se resuelven con términos perentorios. De ahí, que un cierto espíritu de taciturnidad jofreniana, y, por analogía, una susceptibilidad fácilmente vibrátil, se hayan adueñado del medio ambiente, empezando, recién, a tornarse factible la esperanza de días mejores y la perspectiva de recuperar el tiempo perdido, lo que suele ser tarea fácil y rápida en países que, como el Brasil, gozan de los atributos de la juventud y del optimismo que saben inspirarles sus verdes montañas y sus mares siempre inquietos.

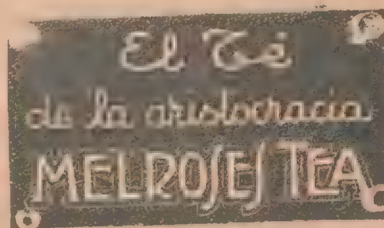
Veinte y cinco años de ausencia me han permitido recibir una fuerte impresión del cambio operado en esta nación amiga. Río de Janeiro, la siempre hermosa capital carioca, ha progresado sensiblemente, perdiendo en su perímetro central, algo de sus peculiaridades y hasta de su espíritu tradicional, para transformarse en una mezcla heterogénea de modalidades y perspectivas. Los progresos arquitectónicos han disminuído, aun más, las huellas de los tiempos idos, y así es que, caminando un trecho por la Avenida Río Branco, tenemos una ligera impresión del Boulevard des Italiens de la Ville Lumiére y, continuando en la misma recta, contemplamos, en brusca transición, una síntesis de New York por los rasca-cielos que parecen luchar en concurso de altura con los soberbios peñones que, a modo de los dragones legendarios, guardan celosos la magnífica "Guanabara". No obstante su falta de homogeneidad, Río de Janeiro ofrece aún, parcialmente, un resto característico de tiempos pretéritos. No pasa lo mismo con las costumbres viejas, en que la alegría comunicativa, la jocosidad popular, el espíritu profundamente expansivo de todos, sin excepción, y los famosos tangos de Nazareth, constituían los brillantes colores que vivificaban a este pueblo bondadoso, que parecía haber nacido bajo los auspicios del perfume de las rosas y del escintilar de las estrellas. Aquellos tiernos y maternales "fadinhos" que despertaban añoranzas del lejano y viejo Portugal, que os hablaban de amor pulcro e intenso, de navegantes que fundían en el crisol sublime del entusiasmo, su heroicidad con un romanticismo infantil, aquellas "modinhas" que os conmovían el espíritu, haciéndoos palpitar el corazón, yacen en el mundo de los recuerdos caros. Sucediéronles los shymmis licenciosos (¡Ah, la infiltración musical yanqui en Iberoamérica!) y los conmoventes pero siempre nostálgicos y taciturnos tangos argentinos.

Oír en todas las calles cariocas tangos argentinos, es lo que menos me hubiera imaginado hace veinte y cinco años. Perplejidad, pero satisfacción gratísima de constatar una prueba más, quizás la más importante en este pueblo, de amistad y cariño para los argentinos: la de fraternizar con sus tangos. Efectivamente, las cosas criollas han "entrado" en un país que parecía destinado a consagrar exclusivamente sus manifestaciones tradicionales, encerrándolas entre barreras herméticas e infranqueables.

Y dando a César lo que es de César, digamos una verdad: no todo ha cambiado en Río; aun perdura la gracia de sus mujeres. La mujer brasilera parece haber resistido a la acción del tiempo conservando aquellos atributos de simpatía y donosura que tanto alegran el corazón.

* * *

Recogidas las primeras impresiones ,me apersoné a la prensa local, hallando íntima satisfacción por la cordial acogida que me fué dispensada y por la franca adhesión puesta en evidencia en los colegas por todo lo que es argentino. De hecho, recibimientos gentiles y efusivos fueron conferidos al representante de FRAY MOCHO, recibido oficialmente por la "Associacáo Brasileira da Imprensa". En ese simpático acto de confraternidad periodística, pronuncié un discurso que fué contestado cortesmente por el Presidente de la "Associacáo" doctor Loureiro Bernardes, quien emitió, en esa ocasión, frases oportunas e inspiradas, poniendo de manifiesto las simpatías con que la prensa carioca acompaña desde hace tiempo, la



hermosa iniciativa de FRAY MOCHO.

Refiriéndose a la Argentina, dijo que, hoy, más que nunca, era un hecho a todas luces incontrovertible, la amistad existente entre ambas naciones, deseosas de seguir conjuntamente la ruta de la prosperidad, en un ambiente fecundo de paz y unión. Así, como la prensa de los diferentes países recorridos en Sud y Centro América, pudo decir que casi todos los diarios de Río, dedicaron conceptos elogiosos a FRAY MOCHO, alentando, en esta forma, los esfuerzos de su representante.

* * *

No fué sin cierta desconfianza, que nos dirigimos en demanda del Ministerio de la Guerra, a fin de conseguir una entrevista especial para FRAY MOCHO, del Ministro General Nestor Sezefredo dos Passos, llamado por muchos "el inaccesible". Además, nos habían ya prevenido: "No pierda Vd. su tiempo; el general no recibe ni concede entrevistas a nadie. Es muy huraño y voluntarioso". El joven teniente Flodoardo Maia, secretario del Ministro, me ratificó los conceptos, poco animadores, vertidos por mi informante, repitiéndose con energía: "El Ministro no concede entrevistas; además es de pragmática en este Ministerio".

Pero la interview con el jefe supremo del ejército de un país como el Brasil, adquiría importancia de tal magnitud, que no podía, por tan poco, darme por vencido. Y le retruqué, también con energía, que eso no podía ni había de ser, cuanto más, tratándose de fomentar la cordialidad entre Brasil y Argentina y, por consiguiente, la de sus respectivos ejércitos.

Mi contestación, parece, tuvo efectos anestésicos, pues una afectuosa sonrisa iluminó el rostro del distinguido teniente, que volvió al rato acompañándome al despacho ministerial y diciéndome en el camino, que, como brasilero, sentíase honrado por la bella y reconfortante frase que acababa de pronunciar el representante de una revista argentina. Sencillo y enérgico; dúctil, familiar; extremamente cortés y discreto, he ahí definida en dos palabras la personalidad altamente expresiva del general Sezefredo dos Passos. Me recibe cordialísimo, mirándome de frente, sonriendo con espontaneidad, lo que contrasta singularmente con el carácter adusto que se le atribuye, dejando entrever, sin embargo, que sólo un sentimiento de honda simpatía por la misión que motiva, allí, mi presencia y, por consiguiente, de estima para los argentinos, pudo realizar este milagro; parecen confirmar esta opinión, sus trazos fisonómicos que traicionan una voluntad férrea y un temperamento poco común. En efecto, tengo entendido que Sezefredo dos Passos es de esos hombres de estirpe recia, que no transigiendo con nadie, no toleran insinuaciones, ni admites indirectas

LOS PEQUEÑOS DEFECTOS

No hay que descuidar los pequeños defectos. No existe enemigo tan pequeño que a la larga no pueda dañar. No son los elefantes los que destruyen las cosechas arruinando a los agricultores en los campos de la Beauce, son los grillos y saltamontes cuando los trigos están en flor, y los gorgojos y demás insectos imperceptibles, cuando maduraron.

Los pequeños defectos están presentes cada día. Los grandes son como los aerolitos, que no caen a la tierra más que a largos intervalos. Además, un pequeño defecto es siempre el comienzo de uno mayor; los vicios mismos, hijos son de los pequeños defectos. Nada crece y se agranda más rápidamente que un pequeño defecto; nada se multiplica más prontamente.

Un pequeño punto negro sobre un diente, no es nada; pero, no lo atendáis; pronto; pronto todo el diente estará enfermo, y una vez enfermo el diente si no lo arrancáis, los de sus lados también enfermarán y después de ellos los otros, y así todos hasta que toda la boca haya enfermado.

La vanidad pasa por ser un pequeño defecto; ninguno menos pequeño, porque ella miente el día entero.

Cuando cometéis una falta, ¿quién es que en vez de confesarla la niega? Ella. Cuando alguien procede mejor que vosotros, ¿quién es que rehusa confesar la inferioridad y reconocer la ajena superioridad? Ella, siempre ella.

La mentira, entonces, hija es de la vanidad, y en línea directa; desgraciadamente, no es su único hijo. Sé de otros dos hijos suyos, peor el uno que el otro: los celos y la envidia, de donde nace fatalmente el odio, padre a su turno de tantos crímenes. ¿Qué os parece ahora de vuestro pequeño defecto y su hermosa progenie?...

El grave peligro del pequeño defecto está, precisamente, en esa levedad que le da cierto aire de inocencia: las gentes sólo lo consideran al pasar e inconscientemente lo clasifican en el número de los defectos amables. Si se pusieran a considerarlos sensatamente, pronto cambiarían de opinión y se apartarían de ellos igual que de la peste.

Hetzel STHAL.

de doble sentido, sea cual fuere su procedencia. Conserva su autonomía individual, y manda en su casa. Espiritual y ameno, se desprende de su charla una magia, de cuya influencia es difícil aislarse, reteniendo constantemente la atención del interlocutor, que hállase cómodo, en un ambiente de franca camaradería.

Hablamos largamente de la cordialidad, siempre creciente, de Iberoamérica, y, especialmente, de la amistad proverbial entre Brasil y Argentina; fueron, también, recordados los preclaros militares brasileros, cuyas ideas patrióticas coincidieron, al mismo tiempo, con altos ideales de humanidad, destacándose como figura de primera magnitud, el esclarecido militar Duque de Caxias, al cual — me manifiesta el general Sezefredo — tarde, pero finalmente, se le está tributando la justicia que reclaman sus altos merecimientos.

El distinguido Ministro de la Guerra considera la misión que me confió FRAY MOCHO altamente humana y digna de los mayores encomios. La existencia de los ejércitos, agrega, es necesaria hasta como factor de paz.

Hablando de todo un poco, y en un aparte, le significo que habiendo recorrido íntegramente el territorio argentino, había pulsado el ambiente popular sin vislumbrar, jamás, la más mínima tendencia de animosidad para el Brasil, y sí, un acendrado interés por la idea de una confraternidad indisoluble.

El ejército ,continúa diciéndome el General Sezefredo, es en el Brasil, un simple coeficiente administrativo de la indispensable disciplina que requiere el mantenimiento de la paz interior, la garantía del trabajo y el decoro de la nación. En este orden de ideas y de cosas, es que se halla empeñado, en estos momentos. Sigue sin vacilaciones los propósitos que se trazó al asumir cartera de tanta responsabilidad, no desviándose un paso de los deberes que le imponen sus condiciones de militar pundonoroso.

Si todos los profesionales de las armas pensaran como el general Sezefredo, las guerras tornaríanse materialmente imposibles. Siempre modesto y llano durante todo el curso de la interview, el general Ministro no tiene un sólo gesto ni el más leve movimiento inconsciente que traicione la sinceridad de sus palabras. De su personalidad, de sus modales, constantemente finos y discretos, se desprende la existencia de un espíritu singularmente culto y de una fuerza mental que no necesita recurrir a subterfugios para aparentarla.

Después de media hora de charla, que tomaba, por momentos, aspectos de íntima familiaridad, el representante de FRAY MOCHO resuelve levantarse, y recién entonces, el eminente jefe, algo conmovido, sigue su ejemplo, reafirmando sus aspiraciones, "que son las de todo brasilero", de una sólida e imperecedera amistad con la República Argentina.

* * *

Debo, en este número, rendir especial homenaje al ilustre senador D. Antonio Azeredo, Presidente del Senado Federal, viejo periodista y uno de los ciudadanos más populares y estimados del Brasil. Amigo de los argentinos y ferviente admirador de FRAY MOCHO me ha dispensado su adhesión incondicional, prestándome su influencia y prestigio y auspiciando, en esta forma, directamente, los trabajos de acercamiento con la Argentina.

El senador Azeredo es ya, nuestro conocido, y está demás repetir lo que ya se ha dicho sobre el elevado prestigio de que goza, no solamente en las esferas políticas y diplomáticas, sino también, en las populares.

Ultimamente, esos sentimientos de admiración fueron exteriorizados en forma significativa y elocuente con la inauguración de un busto, a fin de perpetuar la memoria del ínclito político y su paso por el Senado. A este acto solemne concurrió, además de las altas autoridades, el cuerpo diplomático, la prensa, y lo más granado de la sociedad Carioca. En esa oportunidad ocupamos en segundo lugar, la tribuna, dirigiendo la palabra al homenajeado, en nombre de FRAY MOCHO y de la prensa argentina.

Paulo TAGLIAFERRO.

El hermoso Gedeón

Por A. M.

Amadeo Gidoine, zapatero, era un hombre afable y servicial; pero tenía una mujer que le hacía muy dura la vida. El soportaba todo sin quejarse. ¿Cómo iba, además, a renunciar? Todo lo que su mujer tenía de grande y robusta era Amadeo de raquítico y débil.

Silvia Gidoine había introducido en el domicilio conyugal a su hermano Gedeón Caballle, un mocetón que se pasaba una parte de su vida buscando una ocupación que no encontraba, y la otra descansando de la fatiga que le causaba buscar trabajo infructuosamente.

El hermoso Gedeón, no era una mala persona. Se limitaba a vivir, orgulloso de su bella apostura y de su excelente salud.

Pero un día que Amadeo tuvo que guardar cama a causa de un fuerte enfriamiento una inquietud vino a turbar su dicha. El zapatero no era nada fuerte, y si llegaba a morir, ¿qué iba a ser de los dos hermanos?

Para prever todo decidieron convencer a Amadeo para que se asegurase su vida en cien mil francos.

Silvia no ignoraba que las compañías de seguros someten a los que desean asegurarse a un escrupuloso examen médico, y era seguro que el pobre Amadeo, no sería admitido, pues ninguna Sociedad aseguraría a un hombre en el estado en que se encontraba Amadeo. Ideó, pues, substituir a su marido por el robusto Gedeón.

El día en que el médico de la compañía debía ir a reconocer a Amadeo, Silvia obligó a éste a que fuera a pasear por el bosque, y presentó a Gedeón como su marido. Desgraciadamente, el doctor conocía al robusto Caballle por haberlo encontrado varias veces en la botica del pueblo, y al encontrarse en presencia de un grave delito de substitución de personas examinó a Gedeón un instante y preguntó a Silvia:

—¿Es su esposo?

—Sí, señor doctor—contestó ella con aplomo.

—¿Amadeo Gidoine?

—El mismo; Amadeo Gidoine.

—Perfectamente. Vamos a ver si está en condiciones de que se le haga un seguro.

—En cuanto a eso—dijo Silvia, — puede usted asegurarlo con toda confianza. Es fuerte como un roble.

—Eso se dice muchas veces; pero no hay que fiar demasiado en las apariencias.

—Pues examínelo usted, doctor. Le repito que es un roble.

—Pues avance el roble y quítese la americana y la camisa.

Desnudo el torso, el doctor hizo un gesto de desagrado.

—Ya me lo figuraba yo. Aquí no hay más que grasa.

—¿Grasa? — dijo Silvia. — ¿Qué quiere usted decir?

—Que estamos ante un caso de adiposis congénita. Muy bonita la fachada, y debajo ruina y devastación.

—¡Ruina y devastación!—exclamaron a un tiempo Silvia y Gedeón palideciendo.

El doctor dió unos golpes con el índice, y la caja toráxica de Gedeón resonó como un tambor.

—Lo que yo me temía. Está hueco. El desdichado ha ido arrojando los pulmones sin darse cuenta.

El pobre Caballle, aterrado balbuceó:

—¿Es posible?

—Mi obligación es no ocultarle su lastimoso estado. Voy a auscultarle. ¡Qué corazón! Parece un viejo despertador a punto de pararse.

—¡A punto de pararse!—gimió Gedeón, desplomándose sobre una silla.

Y no es esto solo — dijo el doctor, continuando su examen: —El estómago es insensible, y el hígado está perdido.

El doctor se volvió a Silvia, y severamente le dijo:

—¿Y esta el la birria que quería usted asegurar en cien mil francos?... ¡Un franco! ¿Lo oye usted? ¡Un franco! y todavía me excedo.

Y salió dando un gran portazo y encantado de la lección que acababa de dar a los dos impostores.

Lección justa; pero dura, pues el hermoso Gedeón, creyéndose perdido, se metió inmediatamente en cama, y cuando salió a la calle no era ni sombra de lo que fué.

En cuanto a Silvia, se dijo al salir el doctor:

—Después de todo, tal vez hubiera sido preferible presentar a mi propio marido.

ANSIA

Llevado por el más férvido anhelo
escalo la montaña, y delirante,
recorre mi mirada interrogante
Los piélagos más límpidos del cielo.

De dulce sensación siento un consuelo
al ver desde la cumbre dominante,
la madre creación exuberante
que siento palpitar en su desvelo.

¡ Hiende el espacio mi súplica de artista !..
¡ Toda la inmensidad cruza mi vista
y piérdese an los límites lejanos,

donde el mar imponente y majestuoso
se funde con el cielo misterioso,
ocultando los símbolos arcanos !...

Patrocinio FUENTES PEREZ.

(Continuación de LOS MUERTOS SE VENGAN).

Sí; Jorge tiene razón: Lidia fué buena, demasiado buena; pero... ¿para qué recordarla?...

—Mira esta habitación. Diríase que aun flota en ella su espíritu. Lidia trabajaba allí, bajo el reloj... Cuando yo llegaba abandonaba su costura, y me salía al encuentro, amorosa y tierna... ¡Ah, Clelia!...

Hace un ademán vago, como queriendo significar que no existen palabras para expresar la emoción que lo embarga. Y reanuda:

—Has echo bien en venir "aquí"... ¿Dónde hubiéramos podido vernos, sino? ¿"Allá"? No; imposible. También a mí los médicos me han prohibido las agitaciones, las emociones violentas... Dicen que tengo el corazón enfermo, como tú...

—¿El corazón?...

—Sí... Sí... el corazón...

—¡Dios mío!

—Lidia no sabía nada... Me consuela el saber que ha muerto ignorándolo...

—¡Oh, sí!... ¡Hubiera sufrido mucho más!...

—¡Mi corazón!... ¡Mi pobre corazón!...

—¡Su corazón! ¡Su pobre corazón!...

Diríase que para él ya no existe otra cosa que su pobre corazón enfermo... Clelia espera que Jorge la pregunte por ella, por su enfermedad por su pobre corazón... En vano... En vano... El amado ni siquiera le dice: "¿Por qué viniste?... ¿Por qué has cometido esa imprudencia?... ¿No sabes que puede acelerar tu muerte??"

Y él, en cambio, habla de su Lidia...

Clelia aguarda en silencio... Tiene el corazón lleno de palabras de consuelo, de palabras de dulce recuerdo para la dulce muerta... Pero no las pronuncia... Y permanece allí media hora, una hora, escuchando, escuchando la mística letanía de aquel nuevo amor que surge en el alma de Jorge por la esposa buena, por la esposa ida... Luego, se yergue lentamente, roza apenas la mano del *hombre* (ahora Jorge es un *hombre;* ya no es el *amado*), y sale de la estancia con el corazón transido.

✡ ✡ ✡

Una vez en su alcoba, desprendida del velo que hace aun más densas las sombras que se ciernen ante sus ojos, Clelia murmura:

—¡Adios, amor!... Pude no ser fiel a mi esposo, pero no puedo dejar de ser fiel a su recuerdo... Jorge pudo no ser fiel a su esposa, pero tampoco puede dejar de ser fiel a su recuerdo...

Sonríe tristemente, recordando los días en que ella y Jorge se han ilusionado creyendo que llegarían a ser libres, libres *del todo.* ¡Ahora nada ni nadie les impediría amarse, *consagrarse el uno al otro!...* Y, sin embargo...

—¿Es que son acaso los vivos quienes nos impiden ser libres? — se pregunta Clelia. — ¡No!... ¡Son los muertos!... ¡los muertos!...

Y advierte entonces la terrible verdad: Los muertos aman; odian y se vengan en el mismo corazón de los vivos.

MAXIMAS

El pensamiento es el laboratorio donde se analiza la verad de las cosas.

El pensamiento reside en el cerebro, para demostrarnos que está por encima de todos los sentidos.

Como se estrella el mar embravecido contra las rocas, así se estrella toda imposición contra el pensamiento.

Encerrad al hombre en el fondo de una cárcel, sujetad su cuerpo con cadenas, y no habréis logrado la sumisión de su pensamiento.

El que está convencido de la bondad de su pensamiento, lleva un mártir en el alma y un héroe en el corazón.

El pensamiento es libre, y siempre volará por encima de todos los castigos y miserias de la materia.

El pensamiento es indestructible, porque vive en la entraña de la Naturaleza, como la fecundidad en la entraña de la mujer.

La facultad de pensar, es la única esencia que justifica la superioridad del hombre sobre todas las cosas.

El pensamiento es tan natural como la misma vida.

La libertad de pensar, ha proporcionado las bellezas del arte y todos los inventos de la ciencia.

A. VALLS GIMENEZ

La obra de María Elisa Argento en el XVII Salón Nacional de Bellas Artes



Ya en exposiciones anteriores marcaba la sección de Pintura una bella supremacía del retrato sobre el paisaje y el cuadro de género.

En el actual Certamen, la supremacía es aun más clara y elocuente. No ya por el número que esto nos haría dudar, convencidos de la errónea opinión de las mayorías, sino por la calidad intrínseca y característica de cada obra. Incluso aquellos cuadros destacados desde el primer momento: "Fin", de Lorenzo Gigli, "Retrato" de Francisco Ramoneda, "Pino en la playa", de Gregorio López Naguil, "Retrato", de la señora Ana Weiss de Rossi, "Naturaleza Muerta", de Aquiles Badi. Por último, merecen ser mencionadas laudablemente, Emilia Bertolé y María Elisa Argento, de cuyo valor intrínseco nos ocupamos en estas breves líneas.

Entre el conjunto de retratos, uno de los más expresivos y más dotados de revelación afirmativa, es el "Auto retrato", de María Elisa Argento; resuelto con un criterio realista de exactitud fisonómica y absoluto dominio en el color.

María Elisa Argento, es una retratista que posee él sentido apasionado del color y de la luz con un acento personal y un encanto peculiar en la expresión romántica negada a otros especialistas del género. Llega, incluso, a olvidarse la preocupación de la influencia ajena para no hallar sino lo que en realidad es su cualidad positiva. Seduce y encanta con su sencillez verídica, con su sobriedad técnica que la hacen por igual, atrayente a los expertos en el bellísimo arte de Apeles.

Además, la señorita Argento alcanza una sutilísima perfección en el procedimiento, que realza su temperamento, disciplinado por sólida cultura. Extraño placer emocional y visual causa esta tela de composición armoniosa, de tonalidades fulgurantes o delicadísimas, desde sus cálidos sanguíneos, hasta los grises amables y fríos, usados hábilmente, con perfecto conocimiento de los valores pictóricos.

En fin, María Elisa Argento es una virtuosa del pincel que ha sabido sorprender, con verdadero gusto los secretos del colorido de la escuela veneciana, el naturalismo asombroso de Velázquez, el misticismo atormentado del Grecco, el humano y risueño de Murillo, la fuerza emotiva de Goya y el esplendor luminoso del contemporáneo Joaquín Sorolla.

Sus continuos envíos al "Salón Nacional" enriquecen el conjunto, ostentando esa aristocracia de su delicada sensibilidad y su refinadísimo buen gusto en el color. Bien dice Ruskin: "Las almas más puras y pensadoras son las que más aman el color".

Al esbozar estas líneas, nos hemos limitado a un comentario sintético, orientación suficiente para los reacios que no han sabido reconocer el gran valor intrínseco, que atesora esta joven pintora de gran reputación en nuestros círculos artísticos.

Manuel M. UGARTE.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

Los bailes

(Continuación)

Hay que cuidar de que sea mayor el número de hombres que el de señoras para que no se quede ninguna sin bailar. Todos los bailadores han de invitar una vez a la dueña de casa, la cual aceptará a los que pueda, sin repetir baile con ninguno, y procurará buscar caballeros para que inviten a las señoras que permanezcan sin bailar. No debe una señora tener toda la noche a un caballero por pareja, ni aun en el caso de ser prometidos o esposos.

Las señoras de edad que no bailan no deben colocarse en primera fila; se necesita que haya un salón íntimo para los que gusten de retirarse a él para conversar.

Una jovencita no puede ir sola al baile, a menos de ser amiga íntima de la dueña de casa. Las que no van con su madre u otra señora, sino con su padre, hermanos o cercanos parientes masculinos, son conducidas por la dueña cerca de otras jóvenes para que estén reunidas y conversen.

Los hombraes van vestidos de frac y de smocking los jovencitos; el sombrero, abrigo, etc., se deja en el vestuario. Durante el baile los caballeros prestan mil servicios a sus parejas; las acompañan al *bufet*, les ayudan a ponerse la salida de baile, etcétera.

Una persona que no sepa bailar bien, debe abstenerse de hacerlo. Los que bailan cuidarán de la elegancia de la figura y de que los bustos enlazados no se toquen nunca.

El cotillón es uno de los bailes más preferidos, y requiere grandes ciudados de parte de la dueña para organizarlo y que los bailadores lleven recuerdos gratos de aquellos deliciosos momentos. Los caballeros dan una prueba de amabilidad ofreciendo las preseas a sus parejas.

Del que dirige el cotillón depende el éxito de este baile. Es necesario confiarlo a un caballero experimentado, que una la alegría a un tacto perfecto y mucha elegancia. Las figuras principales son las siguientes:

1a. — La dama se sienta en un almohadón, y los caballeros hacen sucesivamente ademán de arrodillarse, pero ella lo impide a todos, excepto a aquel con quien desea bailar.

2a. — La dama sube sobre una silla con una bujía encendida en la mano; dos bailadores tratan de soplar la bujía; el que lo consigue, baila con ella, y el otro les sigue llevándola encendida.

3a. — Al cabo de una varita se fija un hilo con una flir, y el caballero que la arrebata baila con la dama que sostenía la varita.

4a. — Una dama sentada sostiene un espejo; los caballeros vienen a mirarse en él, y ella borra con el pañuelo la imagen de los que rehusa.

5a. — Una pareja distribuye tamborcillos de diferentes colores; a una señal las damas danzan con los cvaballeros que llevan sus colores.

Bajo un arco formado de cintas y rosas se sujeta una campanilla y una cestita llena de pétalos de flores. Una cinta que corresponde a la campana y otra a la cesta, o ambas, son sujetadas por una dama, que, a su capricho, hace sonar la campana o caer los pétalos. El caballero cubierto con ellos no puede bailar.

7a. — Grandes margaritas blancas se distribuyen entre las damas y pequeñas margaritas de diferentes color forman el adorno de los caballeros. A una señal del caballero director, cada dama tira uno de los pétalos de su flor, y el último pétalo por un mavimiento de báscula; el corazón de la margarita se vuelve, y según el matiz que ostenta responde a los colores de los caballeros y se forman las parejas.

Existen aun mil figuras que sería largo enumerar, pues cada año las hay nuevas. Los objetos que sirven para ellas los dispensan los dueños de la casa y los regalan. Sin duda este baile gusta tanto por la libertad de elegir parejas que que ofrece y la franca alegría que en él reina.

Su final es sumamente bonito. El director y su pareja se cogen de la mano y van a saludar a los dueños de la casa. Levantan en seguida los brazos de modo que todas las parejas pasen por debajo de ellos. Cada pareja saluda, se vuelve y levanta el brazo, formando una larga galería bajo la que cruzan todos los bailadores. Pasado el último, se cogen del brazo las parejas y cesa la música.

Cuando después del cotillón hay cena, generalmente es en pequeñas mesitas; un caballero dará pruebas de delicadeza procurando, si acompaña a una joven soltera, invitar a la misma mesa a sus padres, y no invitando jamás, a no ser con permiso del interesado a una señorita comprometida o señora casada.

De la misma manera el último caballero con quién ha bailado acompaña a la señora al vestuario, le da el número de orden y la ayuda a ponerse el abrigo.

Llegado el momento de marchar, los que se retiran no se despiden de nadie, excepto de los dueños de la casa, a los que bajo ningún pretexto se dejará de darles las gracias por sus amabilidades. Se escoge el momento en que están solos y se despide lo más discretamente posible para evitar que el ejemplo sea seguido demasiado pronto. Nada hay tan enojoso como interrumpir una fiesta con despedidas. Si las que se marchan son señoras solas, su caballero debe acompañarlas hasta el vestíbulo y esperar que suban al coche.

Los teatros

En este capítulo necesitamos tratar dos cosas diferentes: las leyes que la etiqueta impone a las personas que asisten a los teatros y las que se observan en los salones donde se representan comedias de aficionados.

A los teatros no es costumbre que vaya una dama sola: en defecto de su familia, siempre debe acompañarla alguna persona amiga del uno o del otro sexo.

En los palcos, es asiento de la derecha delantero pertenece a la persona a quien se desea honrar, si el palco es de los que están al frente del escenario; en otro caso, el puesto de honor es, naturalmente, el que permita ver mejor.

Los sitios de delante, pertenecen exclusivamente a las mujeres: los caballeros se colocan un poco detrás, aunque los puestos de delante estén desocupados. Un padre cede el sitio de delante a su hija, por niña que sea. En los teatros elegantes y en las *soirées* de gala, las mujeres jóvenes ocupan el delantero de los palcos.

Es de mal gusto para una mujer hablar altoy reír a carcajadas en el teatro, lo mismo que demostrar mucho entusiasmo o desdén exagerado por la función que se representa.

No deberá mirarse cón insistencia a las personas amigas que asisten a la función, ni fijar los gemelos demasiado sobre ninguna persona, así como también es necesario aparentar que no se preocupan de si se es o no mirada una misma.

C. de B.

(Continuará)

EXCURSIONES PRIMAVERALES

La gente de París tiene una afición extraordinaria a la vida del campo. En cuanto llegan los meses de primavera, los alrededores de la capital se ven invadidos por la multitud, ávida de solazarse en medio de los árboles envueltos de efluvios primaverales.

Longchamp, la Varenne, Chantilly, Fontanebleau y tantos otros sitios a cual más pintorescos son el punto de cita de los parisienses. Verdad es que encuentran allí y allá toda clase de alicientes, además de los que brinda la Naturaleza: buenos restaurantes, música y "jazz-band" para los aficionados al arte de Terpsícore, barquichuelos para excursiones a lo largo de las riberas, "tennis", "golf" y conciertos al aire libre.

Los automóviles circulan veloces por las llanas carreteras, irradiando hasta los más renombrados puntos del país por sus bellezas y atractivos. En una palabra: quien más, quien menos, se ofrece el placer de abandonar el asfalto de las avenidas para vivir, aunque sólo sea por breves horas, entre la verdura de valles y praderas.

Para estas andanzas las mujeres, de consuno, lucen atavíos primaverales: sombreros de paja "Bakong" de "Cisol", mezclados a lo más con satén y crespón; la calidad de los sombreros queda, por lo general, circunscrita al fieltro "gros-grain" y satén, los colores predominantes son el negro brillante y mate, beige, salmón y" kasha" natural para las pajas. Las "toilettes" de tres piezas permiten despojarse del abrigo, luciendo en cambio los "renards" y otras pieles que realzan y rejuvenecen el perfil de quien los lleva.

El corte de la mayoría de las prendas es francamente masculino. En cambio, las combinaciones, adornos, plisados y aún más las blusas que se estilan representan lo mejor, lo más lindo y delicado que se ha hecho hasta hoy en la manera de vestir de las escursionistas.

El crespón de China estampado, la "toile de Jony", se emplean de un modo usual para los vestidos de campo, las creaciones son muy vistosas, dominando las blusas largas con adornos y ribetes de tonos diferentes, bordados y festoneados, según la fantasía de quien las lleva. Los coloridos más en boga, y que bajo el cielo azul son adecuados, son el verde, naranja, cereza, amarillo, y gozan el favor de las elegantes.

Con todos los elementos y pormenores que ahora disponemos sobre la moda estival en sombreros y vestidos se pueden hacer muchos proyectos, amoldándolos con sabiduría a la estética y condiciones de cada una. No debe olvidarse, sobre todo, que la moda no es ley imponiendo como en un internado el uniforme común para todas las mujeres.

Pero a pesar de ésto, sus dictados no deben desecharse, pues sabido es que la moda impone sus dictados con un imperio suave, que en plazo corto resulta el más importante de todos, ya que sus disposiciones se acatan, sus indicaciones se siguen y todo lo que en nombre de la moda se lanza se acepta, aun cuando algunos de sus mandatos pugnen con principios que se creyeron intangibles, y que a no haber intervenido la moda, hubieran continuado siéndolo.

En las reuniones de la gente elegante la mujer de buen gusto encuentra mil motivos que la atraen, una infinidad de detalles donde copiar, para que con *lo visto* pueda conseguir para ella un conjunto que la muestre plena de gracia y elegancia.

Y éste será el mejor partido que la moda pueda sacar al modificar sus prescripciones y obtener de todo lo que ésta presenta un conjunto armonioso donde acuse esa cualidad de lo elegante que todas creen poseer y que pocas poseen realmente.

CLAIRE.

El alma de una Rosa

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Rosa estaba apoyada en la tranquera esperando a Calixto, su novio, que llegaría de un momento a otro.

Era la tarde de un sábado, víspera del deseado día de descanso en que toda la peonada anhela ir al pueblo a divertirse; por esto ella estaba allí aguardando impaciente la llegada de su bien amado. A veces, éste sabía quedarse a comer en su compañía, y la de ño Patricia, su madrina, único ser que Rosa conocía como madre, desde que quedara huérfana siendo muy pequeña.

Mientras lo esperaba, se entretenía en "chumbar" a "Chino", el perro para que "arriara" la majadita hasta el corral.

—"Güenas" Rosita, siempre la mesma ¿ No? tan trabajadora, dijo una voz a su espalda.

—Güenas Calixto, pero ¿de qué lao has venido que no t'ei visto llegar? apeate y dentrá.

—No puedo, está la vieja enferma, y voy pal pueblo por unas medecinas y la curandera.

—¡Pero de ai, entonces está tan enferma ño Eduviges!

¿Y, qué es lo que tiene?

—Y, le duelen los cuadriles, la mesma de siempre, po, el dolor ya se ha encariñao con sus güesos y no la deja en paz.

—¡Pobrecita! si es ansina no quiero detenerte; andá yendo ligerito a comprarle lo que le haga falta, y no te olvides de darle mis recuerdos.

Calixto se despidió tomando el camino del pueblo.

Rosa había terminado unas costuras, encargo muy apurado de una tienda, y aprovechando esa tarde la ausencia de su novio ,pensó ir a entregarlas. Desde allí, el negocio quedaba cerca, por ser su casita una de las primeras quintas de los alrededores del pueblo. Caminaría ligero, para estar de regreso antes que cerrara la noche. Cargó con el atado, poniéndose en marcha. Iba triste, preocupada con la enfermedad de su futura suegra; deseaba ir a acompañarla, ¡era tan sola la pobrecita! solo tenía a su hijo Calixto, y estando éste ausente, y ella enferma, seguramente que no tendría quien le hiciera los quehaceres de la casa.

Así, con su pensamiento puesto en el dolor ajeno llegó la moza hasta el pueblo. Al doblar una esquina pasó por frente a un boliche donde había atados al palenque muchos caballos ensillados, entre los que reconoció el de su prometido. Se detuvo para mirar hacia adentro por si lo veía, apurarlo a que regresara pronto junto a su madre, pero no lo pudo distinguir entre tanta gente como había allí. Anochecía, y el paisanaje estaba jugando y bebiendo alrededor de las mesas.

Rosa se iba a retirar, cuando oyó una voz desde adentro que decía: ¡Envido! respondiéndole otra: ¡Espere, atrevido! ¡Oh, pero aquella era la voz de su novio!

¿Cómo podía estar tranquilo jugando al truco, cuando tenía a su madre tan enferma? ¿sería posible? Y ella que tanto pensaba en la viejecita! Acercóse más a la ventana para poder ver mejor.

De nuevo volvió a oir aquella voz, tan querida para ella, que decía, refiriéndose al juego:

En los jardines de Diana
hay una rosa en botón
consérvate siempre rosa
si quieres llamarte flor.

¡Ah, sí, esa era la voz de él, de su Calixto, su corazón no la engañaba! Retiróse de la ventana con una gran pena en el alma. Fué hasta la tienda, entregó sus costuras, y volvió a emprender el camino de regreso a su ranchito.

Si triste y cavilosa fué su ida al pueblo; ¡qué apenada regresaba de allá! Pobre madre! ella estaría esperando la vuelta del hijo para amortiguar su dolor, y él divirtiéndose. ¡Así son los hombres!... A ella también la había engañado, prefiriendo el juego, y la bebida a estar un rato en su compañía — ¿Sería cierto que ño Eduviges estaba enfermo o había mentido para huir de su lado? ¡Ya no estaría tranquila hasta saberlo! Apenas llegó la moza a su casa, narró a su madrina lo ocurrido, rogándole la dejara ir a pasar la noche en lo de la viejecita, pues, ella tenía que saber la verdad, aunque ésta fuese cruel.

Doña Patricia accedió a tan justo pedido, partiendo la joven en un tilbury, rumbo a la choza de la enferma.

Allí se encontró con un doloroso cuadro. En la pieza a obscuras, la anciana estaba caída en el suelo, porque sus fuerzas no la ayudaban a levantarse. Al oir pasos creyó que sería su hijo que por fin llegaba a socorrerla y gritó:

—Calisto, venga, hijo, a alzarme, que me he caído al quererme enderezar pa encender la vela; trae el candil de la cocina y alumbrá.

—No es él, el que llega, misia Eduviges, sino yo, la Rosa.

—¡Oh! bien haya la provedencia que te ha mandao en mi ayuda, querida; atracate y levantame, que tengo entumidos los brazos.

La joven hizo todo lo que pudo para calmar los dolores de la viejecita, la acostó en el lecho, arropándola y dándole leche caliente. Quejábase de su hijo; ya no era el mismo. — Si no se requiebra, tendrá mal fin, exclamaba afligida.

Rosa también tenía sus quejas: ella lo había notado muy cambiado a su novio, pero no quiso protestar para no apenar más a la desesperada madre. Ellas se comprendieron y juntas lloraron sus desdichas.

De pronto fué interrumpido el silencio de la noche, por el grito de una lechuza.

—¡Ay!... ¿has oído, mi hija? esos bichos siempre barruntan desgracia.

—¡Bah, no crea en agüerías! el maestro de la escuela dice que eso de creer es iñoransia, repuso la moza por calmar los nervios a la anciana, apichonándose junto a su regazo.

—Es la vida la que me ha acostumbrao a ser disconfiada.

—No piense más en eso y duérmase.

—Hasta que él no llegue, no puedo.

—Entonces, recemos.

* * *

A las tres de la madrugada llegó Calixto a su hogar. Le sorprendió ver luz en la pieza de su madre y fué hacia allá, encontrando a aquellos dos seres que por él habían pasado la noche en vela, llorando.

—¿Vos aquí, Rosita? — dijo tambaleéndose, ebrio de alcohol.

—Sí, me dijiste que estaba tu mamá enferma, y yo me allegué hasta aquí a acompañarla, esperando que vos vinieras con las medecinas.

—¡Ja, ja, ja! La mejor medecina pa mi alma sos vos, china querida, — repuso el mozo tratando de tomarla entre sus brazos para besarla.

—¡Qué vas a hacer, disgraciao!— gritóle la madre cuajada de ira. — Te juiste pa golver de seguida con los rimedios y la curandera, y mira a la hora que güelves ¡y mamao! Amalaya me hubiera muerto, ¡mal hijo!

—¡No, mamá, eso enjamás! — contestó el criollo bajando la cabeza avergonzado.

—Me alegro que ansina te conosca la Rosita, esa moza tan buena, y que ella mesma elija su destino, pa que dispué no diga que yo la he engañao haciéndole creer que vos sois una alhaja.

—Mamá, perdóneme y deme la bendición.

—¡Enjamás! hasta que no te portés como un gaucho.

—Entonces no estará muy lejos ese día en que me la dea; se lo prometo, vieja.

—Que Tata Dios te oiga.

* * *

Amanecía pintando un hermoso día; el sol, con sus cálidos rayos, comenzaba a despojar de los verdes campos, el tupido velo con que el sereno de una noche llorona los cubriera, dejando entrever el color de la esperanza. Calixto fué a atar el caballo al tilbury de Rosa ,la que partía de su casa sin haberle dirigido la palabra. El estaba triste y pesaroso. Entonces ella fué la primera en quebrar la escarcha que los separaba, helándoles el alma; acercóse con paso incierto, y, una vez a su lado, díjole con dulce voz.

—Mira, negro, yo siempre te sigo queriendo como antes; pero quiero que me prometas que serás bueno y no harás padecer a tu vieja.

—Ni a ella, ni a vos, prienda mía, por esta cruz, — repuso el criollo, al mismo tiempo que besaba sus dos dedos con los que formó la señal de la Fe.

Trepó Rosa al cochecito, después de despedirse de ña Eduviges y su hijo. Le parecía que todo lo que la rodeaba era más bello, se sentía feliz. Recordó las zozobras pasadas aquella noche; aun le zumbaban en sus oídos aquellas palabras del truco, pronunciadas por Calixto, y creyéndolas alusivas a su persona, las repitió como un eco:

Conservate siempre Rosa
si quieres llamarte flor...

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 438, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Las sales inglesas tan útiles contra los desvanecimientos y vértigos se preparan llenando un frasquito de carbonato amónico purísimo y vertiendo sobre los cristales del producto químico 15 gramos de amoníaco concentrado, 3 gotas de esencia de lavanda, 3 de bergamota y una de rosas, clavo y canela.

Madera artificial. — Tómese 1 parte de kaolín lavado, y de 1 a 3 partes de aserrín de madera resinosa, y échese todo en agua suficiente para formar una pasta espesa. Póngase en moldes y comprímase en forma de cilindros de 0.20 metros a 0.30 de diámetro, por 1.20 a 1.90 de largo. Déjense secar primeramente al aire durante algún tiempo, luego en la estufa, y después en el horno caldeado al rojo, a fin de producir en la superficie de la madera un principio de vitrificación. Dejándolos enfriar lentamente, estos bloques adquieren mucha resistencia y se los puede serrar, perforar, tallar y pulimentar. En Nueva York se ha empleado esta madera artificial en algunas construcciones.

Para blanquear el marfil. — Conocida es la propiedad que tiene el marfil de ponerse amarillo con el tiempo. Por fortuna, se conocen muchos medios para blanquearlo de nuevo. El más sencillo consiste en exponerlo al sol; pero hay que tener la precaución de interponer un vidrio, pues de lo contrario, el marfil se agrietaría. También se puede tener el marfil sumergido por una hora en una solución saturada de alumbre. Se le saca después brillo con un trapo de lana, y se le envuelve en una tela para que se seque bien.

Cuando se trata de blanquear el mango de marfil de cualquier utensillo de acero, hay que proteger el metal con una capa de cera o de parafina; el mango se mete en una solución de cloruro de cal al 25 por 100 durante un día y después se lava con agua caliente y se seca bien. Si ha quedado blanco, se calienta la parte de metal y de este modo se quita la cera que la recubre.

Limpieza en los cuadros de óleo antiguos. — Mézclese 125 partes en peso de hiel de vaca, igual cantidad de vinagre, 250 partes de amoníaco y 32 de sal, y déjese todo en una vasija, bien tapada, durante 24 horas hasta que la sal se haya disuelto. Transcurrido este tiempo muévase y frótense los cuadros con un cepillo suave mojado en dicha solución. Luego colóquense los cuadros en sentido diagonal, lávense bien con agua fría corriente y barnícense por último.

También se pueden limpiar los cuadros al óleo frotándolos cuidadosamente con una esponjita empapada en una disolución jabonosa. En este caso, hay que lavarlos también con agua fría, secarlos al aire libre y aplicarles la mano de barniz.

..Los cañones de fusil se broncean calentándolos y frotándolos con una mezcla de aceite común y manteca de antimonio.

En seguida se les da cera y se dejan sin tocar durante algún tiempo, transcurrido el cual el antimonio, descompuesto por el hierro, se deposita sobre los cañones en estado metálico.

EL CURANDERO

El comisario de Policía de Chaumeil vió entrar en su despacho al doctor Coppin, del cual era cliente y amigo a la vez.

—Vengo, querido amigo, — dijo el doctor Coppin, — a solicitar su intervención contra un sujeto que me causa grandes perjuicios. Se trata de un curandero llamado Golifiet.

—Ese nombre no me es desconocido. ¿Es uno que vive en la Huniére?

—El mismo. Se da el caso de que todos los días hay en su casa una cola enorme de gente que va a consultarlo, mientras que yo, con todos mis diplomas, no veo a nadie en mi despacho. Vamos a su casa como si fuéramos a consultarle sobre alguna enfermedad ,y podrá usted proceder contra él por ejercicio ilegal de la Medicina.

* * *

A la mañana siguiente, Golifiet, un tipo de unos cincuenta años, de rostro sonriente y juvenil, acababa de desayunar cuando Sebastián Follavoine, el guarda jurado de Huniére, entró precipitadamente en su casa.

—¡Golifiet — le dijo, — hace un año me pusiste bueno con tus polvos y tus ungüentos y no quisiste cobrarme nada.

—Es natural, siendo mi primo.

—Pues vengo a pagarte aquel favor. Ayer, estando en la Comisaría, escuché una conversación que te interesa.

Y le puso al corriente de lo que contra él habían tramado la víspera el doctor y el comisario.

—Vendrán dentro de una hora.

—Gracias, Follavoine. Ya sé lo que tengo que hacer.

* * *

A las nueve, dos ancianos, desconocidos para los vecinos de la Huniére, llegaron al pueblo y preguntaron por la casa de Golifiet. Tenían sendas barbas blancas y caminaban muy despacio y encorvados por el peso de los años.

La criada del curandero les introdujo en un cuartito inmediato a la sala y se retiró, dejando entreabierta, como por olvido, la puerta de comunicación.

He aquí el diálogo que escucharon los dos ancianos:

—¿Y padece usted esos dolores reumáticos desde hace muchos años? — preguntaba el curandero a un enfermo.

—¡Ay!, muchos — gemía éste. — Hace tres años que no puedo dormir. ¡Ay! Es como si un perro me estuviese royendo el hueso de la rodilla. ¡Ay, av! ¡Qué dolor tengo ahora mismo!

Está bien. Se lo voy a quitar en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Qué aplomo — dijo el doctor en voz baja.

—¡Es extraordinario! — añadió el comisario.

—Los dos ancianos pudieron ver por la parte entreabierta a Goliflet, que frente al enfermo multiplicaba sus pases magnéticos.

—¡Es asombroso! — exclamó de pronto el enfermo. — Ya no me duele!—

—!Ya lo sabía yo! — dijo Goliflet. — Pero vamos a insistir un poco más.

—¡Ah, señor! — dijo el enfermo al poco rato. — El dolor ha desaparecido por completo. Parece que me ha quitado usted veinte años de encima. ¿Qué le debo? Le pagaré cuánto me pida.

—No me debe usted nada, amigo mío. Todo lo que hago es por humanidad. Nunca cobro ni un céntimo a mis clientes.

Al oír esta declaración el médico y el comisario se miraron consternados.

—Ni medicamentos ni honorarios — dijo a media voz el comisario. — No podemos proceder contra él.

Y salieron de la casa, mientras el curandero y el supuesto enfermo los seguían con los ojos, muertos de risa.

—Has estado bueno, Picot — dijo Coliflet. — Has hecho un reumático admirable. Toma cinco francos.

* * *

Al día siguiente el comisario de Policía, disfrazado como el día anterior, se encontró en casa del curandero con el otro anciano.

—¡Qué casualidad! — dijo el comisario al doctor. — ¿Qué viene usted a hacer aquí?

—¿Y usted? — preguntó el médico.

—La verdad — respondió el comisario: — vengo a curarme el reuma.

—Y yo también — dijo el doctor.

Andre MYCHO

Para pegar etiquetas sobre objetos metálicos da muy buenos resultados la siguiente composición: Se mezclan en un mortero cinco partes de harina de trigo con una de trementina y luego se añade cuanta solución acuosa caliente de cola sea necesaria para que la mezcla adquiera la consistencia y pastosidad conveniente.

Barniz Macrone.—Este barniz se usa para el papel de las paredes antes de la aplicación de los colores secos, porque aumenta su brillo y los hace lavables. También sirve como substituto de la tinta litográfica o como suplemento de ella, y por último, hace impermeables el papel y los tejidos.

Se compone de 72 partes de aceite de semillas inodoro, 32 partes de resina, 16 de parafina, 4 de cera y 1 parte de barniz copal.

El aceite de semillas se calienta hasta hacer espuma y entonces se añaden las cantidades expresadas de resina, parafina, cera y barniz copal.

Se usa generalmente en frío; más para el papel impermeable, éste hay que calentarlo a una temperatura de 100° centigrados.

Las inscripciones transparentes sobre cristal son muy fáciles de hacer. Se empieza por pegar con engrudo al vidrio, letras de papel recortadas de periódicos, de carteles o de dibujos, y una vez fijas al cristal formando el letrero que se desee, se da por toda la superficie del cristal y por encima de las letras una mano de pintura al óleo del color que se quiera que tenga el fondo y se deja secar perfectamente. Sumergiendo luego el cristal en agua, las letras no tardan en desprenderse y dejan su silueta transparente sobre fondo opaco.

Las letras así obtenidas pueden dorarse o pintarse, para que se destaquen sobre el fondo. Si se desea que éste sea transparente, en vez de emplear pintura al óleo, se emplea un barniz verde o azul, hecho con colores de anilina y alcohol.

Estas inscripciones son más sólidas y duraderas encerrándolas, después de bien secas, en un segundo cristal que se fija por medio de la cola americana para el vidrio cuya fórmula es la siguiente: caucho cortado en pedazos: 75 gramos; Cloroformo, 60; Mastic resinoso, 15.

El mastic se añade después de haber disuelto el caucho.

PAPEL Y TINTA

"Luz e sombra" por Mercedes Marques Costado. — San Paulo - Brasil.

Esta joven escritora que honra las letras de su país, ha publicado un bello libro de poemas en prosa.

¡Qué bello panteísmo ha encerrado en su obra, esta exquisita escritora! ¡Cómo se contrae su alma ante la naturaleza madre, y le habla en un lenguaje emanado del corazón!

Todo inspira a su espíritu emocionable, es decir: todo aquello donde la mano de Dios ha puesto una armonía, un color. El agua de los ríos correntosos, en sus notas ligeras, le hablan a su alma, los reflejos del sol, la arboleda augusta, todo eso que constituye una fantasía para el ser soñador y emocionable, todo eso presta a la señorita Márques Costa, un dulce motivo.

Poesía, poesía pura y clara, fluye de estos trabajos meditados y tiernos, nacidos de muy adentro de un corazón que ama la luz y en ella quisiera fundirse ciegamente.

Simpático, libro, éste,, que me llega de aquella tierra rica en vegetación, donde la poesía está latente en todo, en los cielos, en sus palmas, en sus montañas, y en el espíritu de su égidos que han nacido para llevarlos al libro, como ha hecho la señorita Márques Costa.

"Luz e Sombra", es un excelente volumen.

F. B. V.

"Rosas de eternidad", por Germán Escobar. — Cuba.

No es la musa tropical y ardiente, la que ha inspirado este bello libro, del poeta cubano Escobar, es el amor, el arquero misterioso quien le ha hecho concebir versos flúidos.

Son los sonetos de este librito bien construídos, manteniendo la forma consagrada, y en sus finales que matiza admirablemente, pone de relieve su predisposición por la belleza y su sentido del ritmo.

Muchos de sus sonetos son rebeldes, con un dejo de altivez y de duda ante la existencia de Dios.

La armonía, el color y la riqueza de imágenes están siempre en juego en estos cantos juveniles y ardorosos.

Felicitamos al poeta y le auguramos mejores rimas.

"La cueva del fósil", por Carlos Obligado. — Edición Librería "La Facultad". Buenos Aires.

Pocos libros en verdad se publican en nuestro país sobre crítica literaria. Alguno que otro ensayo de escaso valor y, en la mayoría de los casos, más que de crítica son de biografías y también en la mayoría de las veces para elogio, sin estudiar la personalidad literaria de aquel a quien se dedica el libro.

Carlos Obligado rompe una lanza en la labor crítica con "La cueva el fósil" que subtitula "Diálogos increíbles sobre la vida literaria argentina".

Es el primer libro de una serie en preparación, en la que irán desfilando literatos, poetas, novelistas...

Buena parte de este nuevo libro está dedicada a consideraciones acerca de lo que es y de lo que debe ser la crítica literaria, apunta ideas y conceptos valiosos, y con sujección al plan que se traza empieza por estudiar a Leopoldo Lugones en su obra total, desmenuzando, uno por uno, cada libro debido al autor de "Montañas de Oro".

A juzgar por el primer tomo de la serie, Carlos Obligado tiene en plan una labor excepcional y que indudablemente servirá mucho para conocer a nuestros intelectuales. "La cueva del fósil" merece leerse y se leerá.

Nuestros lectores que se van aficionando a conocer a fondo las producciones de las grandes figuras nacionales, encontrarán en el libro de Obligado una ayuda eficaz para descorrer muchos velos sobre obras y sobre autores.

"Música de siglos".

María Alicia Domínguez, la talentosa autora de *"Crepúsculos de Oro"*, acaba de sorprendernos con un nuevo fruto de su privilegiado intelecto, dando a la estampa *"Música de siglos"*, volumen de poesías, recientemente aparecido.

Todavía están recientes los elogiosos comentarios que la crítica literaria tributó a *"Idolos de bronce"*, su última notable producción, y ya la joven escritora nos brinda un nuevo libro, (del cual nos ocuparemos más extensamente en uno de nuestros próximas números), donde su arte y su inspiración han conseguido labrar otro legitimo triunfo para su meritoria y exquisita labor intelectual.

"Los ojos del abuelo", "Yo, rey mago", "Una vez hubo un príncipe", "El castillo de la felicidad", por Rafael Ruiz López. — Editorial Argentina. — Buenos Aires.

Con los títulos que anteceden, el distinguido escritor don Rafael Ruiz López, acaba de publicar cuatro volúmenes de interesantes narraciones infantiles, correctamente escritas que, sin duda alguna, harán las delicias del pequeño lector, pues, desde la iniciación de los cuentos, sus espíritus han de quedar presos en la trama de cada relato, absorbidos por el interés y emoción encerrados en el mismo. Tanto por esta circunstancia, como por la sana orientación que esta clase de buena y moralizadora lectura imprime al alma de los niños, es indudable que las obras mencionadas han de obtener un franco éxito como elemento de amena y eficaz acción educadora.

"Crónicas y linajes de la gobernación del Plata", por Luis Enrique Azarola Gil. — Edición J. Lajouane y Cía. — Buenos Aires.

La acogida favorable reservada por la crítica y el público a las obras precedentes del señor Luis Enrique Azarola Gil, ha inducido a este autor a proseguir la publicación de sus estudios acerca de la historia colonial.

Las "crónicas y linajes de la gobernación del Plata, se refieren a asuntos fundamentales de la civilización hispánica en el Río de la Plata, revelando aspectos inéditos de la misma a base de una documentación obtenida por el autor en sus recientes investigaciones en el Archivo de Indias.

Se reproducen en el texto, importantes documentos de los siglos XVII, XVIII, procedentes de aquel fondo sevillano. En la segunda parte de la obra, el señor Azarola Gil pone de relieve la contribución eficaz que representa el examen de la célula doméstica en las investigaciones de nuestro pasado, y vincula el esfuerzo de un grupo de familias patricias al proceso social y político de los pueblos del Plata.

"Las sendas de Stambul", por Alfredo Ferreira. — Buenos Aires.

El joven poeta Ferreira que hace poco dió a la publicidad "Glosario Lírico", nos da un nuevo libro intitulado con el epígrafe de estas líneas.

Canta apasionadamente a las cosas del espíritu, variando los conceptos El libro es sincero y la armonía no empalidece, lo que nos muestra que su autor se va superando. Son composiciones de un gran valor estético como: "Oración lírica" y "Ausencia".

Ferreira va torciendo la corriente anterior, es decir, entrando en las nuevas tendencias, esto no nos desagrada, porque creemos que estamos en una época de renovación artística y que es menester ofrecer menos matices en los poemas, pero, sería de lamentar que esas rarezas que emplean los extremistas y ultraistas robaran su buen gusto y su inspiración que la sabemos sincera porque es poeta de verdad.

Decir las cosas que nos dan un motivo, decirlas con el alma, aun sin ajustarnos a las verdaderas leyes, nos encanta, pero, de eso a lo exótico hay sólo un paso.

El poeta va bien encaminado y sus versos tienen mucha emoción y lo sabemos de un sentimiento fino, profundo, dominador, y esto, nos basta para creer que seguirá así, dándonos sus bellas flores, como el sol da la luz y el pájaro su trino, sencillamente, espontáneamente.

"Las Sendas de Stambul" abre un nuevo camino al joven poeta que se supera y no rescata su pasión por la belleza.

"Amancay", por Justo G. Dessein Merlo. — Buenos Aires.

He aquí un libro sincero. Su autor nos era desconocido, y ahora al leer su libro, vemos que sus cualidades y el buen sentido del virtuoso nos colocan ante un poeta discreto y sincero.

Sus versos no son rebuscados ni nos conquistan con metáforas deslumbrantes, tienen la tranquilidad de una mansa corriente y la sonoridad pálida de una nota lejana.

Tal vez en algunas composiciones se empobrezca la fuerza emotiva que avasalla a otros, pero, esto no altera el concepto del libro.

El señor Dessein pone una nota panteísta en sus versos, como en "Patio provinciano", "Flores callejeras", "Silencio nocturno": Creemos que es la parte más estudiada del libro la que citamos.

Transcribimos una estrofa, que denota el buen gusto del poeta y su seguridad en la construcción de los versos.

"En la copla gitana", la pasión se estremece
envuelta en unos cálidos acordes de guitarra,
el lamentar de amores hasta ser grito crece
y en rugientes acentos el cantor se desgarra.

"Cuentos para niños", por Ignacia Micaló. — Editores: Juan Roldán y Cía. — Buenos Aires.

No es el cuento fácil ni asequible a cualquier escritor. Una novela, una narración, unos ensayos, unos versos tienen amplitud de formas y de espacio, tantos como desean sus autores. Pero un cuento requiere concisión de tal forma que ha de darse mucho ingenio en escaso espacio, es decir que haya que representar personajes, ya ficticios y muchas veces semirreales, a grandes rasgos pero con claridad. Lo que en una novela puede ocupar varias docenas de cuartillas en un cuento se limita a varias cuartillas.

Y además el cuento nuevo; el de nuestros días, es aún más difícil. Ya no tiene el auxilio de la fantasía antigua, aquella que hacía vivir príncipes a todo momento, hadas en tropel, visiones a granel. Ahora el cuento ha de educar para el porvenir y no puede encerrarse en los moldes antiguos en que sólo procuraba divertir a las cabecitas locas de nuestros niños, haciéndoles creer en fantasmagorías que perturbaban la imaginación.

Ahora los cuentos enseñan a vivir.

La señorita Micaló ha sabido crear un libro de "Cuentos para niños", adaptándose a los moldes del hoy. Es labor de educadora, indudablemente, pues conociendo al niño y sabiendo que hay que prepararlo para el mañana, le ha dado unos cuentos bonitos e ilustrativos mezcla de fantasía y de realidad. Ya no es posible, entiende sin duda la señorita Micaló, dar al niño rifles y sables, sino libros y juguetes útiles. Esta es la base de los cuentos del nuevo libro publicado.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

El principio de la inercia

Los experimentos que ponen en evidencia este principio son innumerables. El que representa la figura es tan fácil como divertido, dando a la vez el medio de destapar una botella sin ningún instrumento. Tómese una botella de vino, de cerveza, etc. muy bien tapada; con una servilleta hágase una especie de almohadilla en forma de rollo y aplíquese al asiento de la botella; golpead ahora con ella en la pared, y en virtud del principio de la fuerza de inercia, el líquido desaloja el tapón, y, a veces con tal y tanta fuerza, si la botella es de cerveza o agua gaseosa, que salta a la vez el líquido, inundando a los curiosos espectadores de la física sin aparatos, a gusto y contentamiento del chusco operador.

Se nos asegura que en Saint Galmier no es cosa rara en las fondas de la localidad que los mozos destapen las botellas de gaseosas, golpeándolas verticalmente de arriba abajo en el entarimado. Pero en este caso, así como M. Jourdain hacía prosa sin saberlo, ni siquiera sospechan ellos que obran como físicos, dando la demostración del principio de la fuerza de inercia.

No. 1 — Jeroglífico
(Por J. Fernández)

S-E

No. 2 — Comprimido

ZOZOBRA

No. 3 — Charada numérica
(Por María Efoelc)

1a. 2a. 3a. 4a.	Un estado de la mujer.
1a. 2a. 3a.	Un estado del hombre.
2a. 3a.	Ave.
4a. 4a.	Lastimadura.
2a.	Bebida.
1a.	Astro.

No. 4 — Adivinanza
(Por María Efoelc)

Aunque soy un ser dañino
y destruyo lo que puedo
Al alabar a cualquiera
Me citan como modelo.

No. 5 — Charada

—¡Qué "prima segunda"
tiene Magdalena,
tan linda, tan blanca,
tan grave, tan bella!"
—"¡Prima!"
—¿Usted lo duda?
—No hay persona seria
que a una tan "tres cuarta"
por esposa quiera.
—Yo me casaría
con ella y la "tercia"
"segunda" aplicándole
la haría modesta.
—Pues la "todo" enorme
que la sigue y cerca
sin comprar tal cosa
se uniría a ella.

No. 6 — Jeroglífico

5 TATA EN TATA A50 X i

No. 7 — Con las letras de esta tarjeta componer un refrán
(Por. J. Fernández)

OLINDA DONADO
D. MORZON
(a) "GOYESCA"

No. 8 — Jeroglífico

BEN BIN BON BUN — Que T — DAS DOS DUS DES — Geografía Historia Matemáticas

No. 9 — Semejanza
(Por María Efoelc)

¿En qué se parece una avenida diagonal a Guillermo Tell?

No. 10 — Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 8 9	Los que marchan.
2 6 7 1 5 6 9	En los bosques.
2 3 5 6 2 6 5	Balneario.
2 8 5 6 7 8	Color.
6 2 6 7 8 5	Nom. masc.
9 6 5 6	Nom. fem.
5 6 2 6	En los árboles.
8 5 8	Metal.
7 8	Nota musical
9 3	Afirmación

PENSAMIENTOS

La virtud engendra y sostienen la amistad, y sin virtud, no puede haber amistad. — CICERON.

Ninguna casa pequeña recibe muchos amigos. — SENECA.

El avaro es como el cerdo, que no hace reir sino el día de su muerte. — SAN BERNARDO.

Yo pienso que no puede haber amistad sino entre los buenos. — CICERON.

Mientras seas dichoso, contarás muchos amigos; pero si los tiempos fueren malos quedarás solo. — OVIDIO.

Trata a tus inferiores como deseas que te traten tus superiores, y cuando pienses en la superioridad que ejerces con tus subalternos, acuérdate al mismo tiempo que la misma ejercen sobre ti tus superiores. — SENECA.

No pierdas la esperanza ni te enojes cuando la fortuna te es contraria, porque muchas veces las tardes alegres vienen después de las mañanas tristes. — J. Luis VIVES

Los envidiosos hallan consuelo, ya que ellos no pueden ganarse más aprecio, en hacer que se rebaje el de los otros. — PLUTARCO.

La honradez del comportamiento sin la honradez de las costumbres, no es honradez, sino pérfida hipocresía. — M. ALONSO CRIADO.

—El progreso no avanza más porque tiene que llevar a cuestas la tradición. — Miguel de UNAMUNO.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.° 36 — Pensamiento.
N.° 37 — Martina.
N.° 38 — Entre Ríos.
N.° 39 — Alboroto.
N.° 40 — Quien mucho abarca, poco aprieta.
N.° 41 — Acémila.
N.° 42 — Las ranas pidiendo rey.
N.° 43 — Oropesa.
N.° 44 — No te cases en martes.
N.° 45 — Naranjas de grano de oro.
N.° 46 — Leonardo.
N.° 47 — Os adoro, Sara.

Notas cinematográficas

"LAS BATALLAS DE CORONEL Y DE LAS ISLAS FALKLAND"

Según se ha informado, la casa MAX GLUCKSMANN ha adquirido el film "LAS BATALLAS DE CORONEL Y DE LAS ISLAS FALKLAND" realizada con la cooperación del Almirantazgo Británico. La autenticidad de esta cooperación del gobierno británico queda abonado con los siguientes detalles:

Toman parte en este film los acorazados y cruceros británicos: BARHAM, MALAYA, CARDIFF, CONCORD, CONQUEST, CONVENTRY, y CERES. Además, figuran como actores oficiales de alta graduación así como marinería cedida por el almirantazgo.

Como se recordará, las batallas de Coronel (en las costas chilenas) y la de Falkland (Islas Malvinas) son dos episodios de los más famoso de la guerra última.

La primera presentación de "Las batallas de Coronel y de las Islas Falkland fué hecha ante el Rey Jorge en el Castillo de Balmoral el 14 de Septiembre último. Su magestad felicitó personalmente a los operadores.

"The Thimes" el gran diario de Londres, uno de los más severos que existen ha dicho lo siguiente en ocasión del estreno del film en el New Gallery Kinema: "Uno de los mayores homenajes ofrecidos a la Real Marina es "Las batallas de Coronel y de las Islas Falkland" que lleva un mes continuo de exhibiciones en la New Gallery Kinema de Regent-street.

"El conjunto de la producción es de una magnificencia sorprendente; han sido dirigidas con animación y vigor extraordinario. "Mr. Walter Summers, el director que hizo "Mons" e "Yprés" ha realizado el mejor trabajo de su carrera... "Lo que hace a este film más bello y profundamente interesante es su absoluta imparcialidad. Los alemanes no están presentados como inhumanos - piratas, sí no simplemente como hombres dispuestos a pelear y a defenderse tan noblemente como los nuestros.

"Las batallas son impresionantemente reales: las febriles actividades de los oficiales y tropas, los disparos de los grandes cañones, los aprovisionamientos están reproducidos con una fidelidad admirable. Una de las escenas más sencionales es la del crucero Kent al quedarse con escasísimo combustible. Todos los objetos de abordo que no son imprescindibles son arrojados a las calderas, hasta el armonium de la capilla!

Entra después el artículo del "Thimes" a detallar larga y minuciosamente los episodios principales de las heroicas batallas de Coronel y las Islas Falkland haciendo resaltar que es uno de los films más fieles y sensacionales que se haya producido.

"LAS LOCURAS DE RANSON"

Con "Las locuras de Ranson" reaparece *Richard Barthelmes* el joven y estudioso actor que ha conquistado uno de los puestos más eminentes como intérprete cinematográfico. Barthelmess ha probado sus facultades en las películas de índole más diversa, encarnando ya personajes románticos de pasadas épocas, jóvenes de nuestros días que cultivan el músculo o individuos pintorescos y graciosos.

Los tipos que suele encarnar con gran eficacia este notable actor son los cadetes u oficiales militares. En "Las locuras de Ranson" encarna a un joven capitán que, en época de las luchas por la conquista del desierto, muestra no solamente su coraje sinó su ingenio, su espíritu romántico, — pronto a los mayores sacrificios y sus hondos sentimientos humanos.

Le secunda en esta tarea un seleccionado conjunto de actores en el que se destaca la graciosa *Doroty Mckaill*.

La película se desarrolla en medio de vastísimos escenarios naturales de imponente belleza.

"LIGADOS POR UNA LIGA"

Se trata de la versión de uno de los éxitos más firmes de los teatros neoyorquinos. Es un "vaudeville" delicioso que, alrededor de una situación cómica central, notablemente hallada va presentando las más insospechadas peripecias, con una acción sostenida, ágil y realmente graciosa.

Marie Prevost y *Charles Ray* tienen a su cargo los papeles principales. Son dos actores cómicos que, por cierto, no necesitan presentación. En su género son de los más apreciados por nuestro público. Les secunda un notable conjunto.

Gira el asunto en torno a un joven que un día ve en un escaparate una liga enjoyada y creyendo que es un brazalete lo compra y se lo regala a la novia.

Poco después los novios rompen su compromiso. El se compromete con otra señorita y todo su afán está en recuperar aquella liga.

De aquí parten las peripecias innumerables de este film que ofrece un espectáculo de los más divertidos.

Al lado de Marie Prevot y Charles Ray trabajan actores conocidos como Harry Myers, Sally Rand, Lila Leslie, William Orlamond y otros.

VARIEDADES

Un famoso caballo actor de la pantalla. — En la grandiosa película "Anna Karenina", que se está produciendo en los estudios de Metro - Goldwin - Mayer, Jhon Gilbert, en el papel del protagonista, actúa en una espléndida carrera de obstáculos en presencia del zar. El gran actor monta un caballo no menos célebre, "Red Hond", gran saltador y ganador de numerosos premios.

"Rex Hond" sirvió de modelo para el caballo saltarín de los conocidos carteles de propaganda de los automóviles Chrysler, y la fábrica ha dado su nombre a uno de sus últimos modelos. Efectivamente, es uno de los ejemplares más hermosos de sangre pura que pueden encontrarse en el mundo.

Un actor veterano. — Edward Connelly, veterano del escenario y de la pantalla, acaba de firmar un nuevo contrato con Metro - Goldwin - Mayer, y es actualmente el más antiguo de los actores de los estudios de la empresa.

Después de muchos años de trabajo en el teatro, Connelly se decidió, hace trece años, por la pantalla, iniciando sus actividades con la Compañía Metro, y desde entonces ya no se ha separado de las empresas fusionadas Metro - Goldwyn - Mayer. Es un intérprete distinguido de papeles de carácter.

En las cavernas. — Hace poco regresaron a los estudios de Metro - Goldwin - Mayer en Culver City los componentes de una compañía de artistas que había salido para la Jolla, California, para filmar escenas de la película "Mixed Marriages", dirigida por Hobart Henley. Cerca de La Jolla se hallan las famosas cevernas excavadas durante millones de años por las olas del Pacífico, que sirven de fondo para una parte de la acción de dicho film. La compañía estaba compuesta de Lew Cody, Aileen Pringle, Bort Ronch, Mary Mc. Allister, George K. Arthur, numerosos otros actores y un centenar de miebros del personal técnico.

Fin de vacaciones. — Han terminado las vacaciones para la gente de los estudios de Hal Roach. Las actividades se reanudaron a principios de septiembre, y todo el mundo ha vuelto a sus puestos para otro año de trabajo, es decir, de alegres cabriolas. Charley Chase, el rey de la risa, ha pasado sus vacaciones en Cuba, y la célebre pareja de cómicos, James Finlayson y Stan Laurel, realizó una jira por Europa. "Our Gang", el incomparable conjunto de pilluelos de Hal Roach, ha vuelto de la costa, donde sus componentes actuaban durante un mes en el escenario del "Orpheum". Y Hal Roach, el más apasionado pescador de la California meridional, se ha reintegrado a sus actividades, de modo que los peces espada que pueblan las aguas de la isla Catalina podrán respirar libremente por sus agallas, durante once meses, hasta el año que viene.

Ben Hur en Constantinopla. — Un prestigioso educacionista de Constantinopla hizo llevar a Mr. Howard Dietz, director de publicidad de Metro - Goldwin - Mayer, una expresiva carta en que no solamente manifiesta su más profunda admiración por la grandiosidad y belleza de la película "Ben Hur", sino insiste muy especialmente en el intenso efecto moral que su exhibición produjo sobre el auditorio compuesto de los más diversos elementos. El autor de la referida carta escribe entre otras cosas:

"Poco antes de ausentarme de Constantinopla, asistí al estreno de la magnífica película "Ben Hur". Debo confesar que quedé hondamente conmivido no solamente por las maravillosas escenas que desfilaban por la pantalla, sino más aun, si cabe, por la unción religiosa con que el público admiró el desarrollo de la formidable acción. La gran sala estaba llena de bote en bote. Predominaban los mahometanos, habiendo también muchos cristianos y judíos, pero al pasar las escenas en que aparece el mártir del Gólgota, toda la muchedumbre quedó envuelta en una solemne atmósfera de recogimiento y de profunda emoción, y vi asomarse las lágrimas a los ojos de más de un judío y mahometano".

TEATROS

"UN HOMBRE SIN CORAZON" EN EL ATENEO

El Sr. Luis Rodríguez Acasuso, que ha venido cultivando el melodrama disfrazado de comedia dramática, posiblemente porque se proponía hacer lo segundo y caía, sin remedio, en lo primero, ha vencido por fin, brillando en "Un hombre sin corazon", una pieza de valores literarios y con bastante contenido humano. Renueva el autor en la escena el tipo del Don Juan, muy gastado, pero siempre interesante. El famoso engañador de mujeres tiene mucho colorido en la pieza de Acasuso y sería injusto negar la acabada pintura del personaje, bien observado y trasladado a la escena.

Narciso, tras de correr toda su vida de aventura en aventura, encuentra ya al doblar el último recodo de su segunda juventud, una joven y bella muchacha, Aurora, y se propone conquistarla, como hizo con todas las que conoció.

Aurora es hija de Marta, examante de Narciso y ésta para salvarla se vale de un ardid: dice a Narciso que la niña es fruto adulterino. El veterano Don Juan vacila primero y luego renuncia, ante la voz de la conciencia, que le aleja de aquella mujer que cree hija de sus pecaminosos amores con Marta. La chica se casa con su primitivo festejante y, ya próxima a embarcarse, se descubre la engañifa. Narciso ha sido burlado pero el episodio, lejos de inspirarle una venganza, le convierte, mejor dicho, le hace caer su corteza de cinismo, descubre el fondo de bien que en él existía, y un temblor de sensibilidad agita su corazón por primera vez en su vida. Siente la soledad íntima, el vacío sentimental y reclama que los llene su amiga íntima, esa mujer que vive con él y que no lo hará. El hombre sin corazón ahora lo tiene, pero es tarde ya para hallar la dicha.

La comedia dramática de Acasuso está escrita con escrúpulos literarios, quitando por eso a veces, en ciertos diálogos, la impresión de naturalidad que reclama el teatro. La interpretación muy eficaz, por parte de De Rosas, Bellucci, Fiaschi y las actrices Carlota Rossi y Lerena.

TRES PERSONAJES A LA PESCA DE UN AUTOR

En el Apolo

Es sorprendente observar lo desarrollado que se encuentra entre nosotros el espíritu sectario. Todo lo limitamos con fruición y acierto, desde la pollera a la rodilla de la elegante parisiense, hasta el queso de Holanda, pasando por todo lo demás, sin omitir el flamante bigotito cinematográfico, los vinos generosos, las comisiones de estudio, de fomento y de homenaje y el futurismo en todas sus manifestaciones y extravíos.

No podría escapar el teatro a este perfecto sistema de reproducción. Y no ha escapado, sin duda. La mayor parte de los modelos teatrales extranjeros, especialmente los malos, cuentan entre nosotros por número prodigioso, aunque la calidad no llegue casi nunca a eclipsar la cantidad.

Uno de esos fenómenos se ha producido con la producción pirandeliana, que ha caído con fortuna entre nosotros. Tal vez, con demasiada fortuna. Alejandro Berutti, que es un autor de mérito, se ha sentido arrastrado por la admiración al dramaturgo italiano y ha escrito una pieza en la que no era necesario el procedimiento similar que ha seguido, para conseguir interesar vivamente a su auditorio.

No encierra la pieza estrenada últimamente en el Apolo intención paródica de la casi homónima de Pirandello, sino que acusa un paralelismo de escuela que nada agrega a los méritos positivos de la producción de Berutti. Hay en ella mucha gracia espiritual, diálogos repletos de intención y de sagacidad y un conflicto de hondo sentimiento y mucha humanidad, que pudo haber sido exteriorizado en los moldes usuales de la farsa o en otros cualesquiera, pero sin subordinación a un recetario que sólo tiene el mérito de la originalidad y que por tanto no pueden conservarlo los trasuntos de ella.

Con esta obra se benefició César Ratti, en su función de gracia.— Las grandes simpatías del popular actor se pusieron de manifiesto durante la representación, muy acertada por cierto, y al finalizar el espectáculo, viéndose obligado a agredecer la entusiasta demostración.

Pepe Ratti y los demás componentes del elenco contribuyeron con una labor meritoria a realzar los méritos de la pieza.

LOS TAITAS DEL ARRABAL

En el Cómico

La pieza llevada últimamente al cartel del Cómico por Eleodoro Peralta es un caso más de sainetismo criollo, que reúne las cualidades propias del género. Hasta el título es la pluralización de otro muy conocido y en cuanto a los personajes no revisten mayor originalidad. Allí están el valentón de barrio que lo es sin parecerlo, el que pareciéndolo no lo es, la madre viejecita que le pide al hijo que no se pierda, (¿recuerdas, lector, el "Julián, no te pierdas que tiés madre" del sainete madrileño?), la mujer que rechaza al que creía cobarde por selección del que consideraba valiente, el asombro de todos al descubrirse una verdad que como es natural nadie podía sospechar y el triunfo ingenuo del bueno en esa especie de "juicio de Dios" de la dramaturgia popular, con el que parece que quedan más satisfechas las conciencias elementales y optimistas de la plebe.

Esos factores han sido combinados según las fórmulas al uso y ha resultado una piecesita movida y agradable que divierte fácilmente.

La compañía Arata Ruggero cuenta con actores de tal eficacia escénica que realizan el milagro de vivificar lo que interpretan dándole tanta fuerza cómica en la representación, que reemplaza fácilmente lo que hay de verismo y de gracejo a lo que escasea de ingenio y realidad.

Aparte de los primeros actores nombrados se desempeñaron con su habitual corrección las actrices Blanca Crespo, Berta Ganglof, Rinaldi y Delgado y los actores Varela, Rosingana, Corsini y Vitola.

LA MEMBRIVES

A tiempo de entrar en prensa esta edición, se anunciaba como cosa inminente e impostergable la reaparición de la gran actriz Lola Membrives, al frente de su compañía en el Avenida.

"Rosa de Madrid", de Fernández Ardavín, era la pieza elegida para el debut, que debió tener lugar el viernes.

CASAUX

En estos días se están dando en el Liceo las últimas representaciones de la temporada. No ha sido tan poco afortunada como otras, pero no puede decirse que fuera acompañada por el éxito que merece el gran actor. De las pocas piezas representadas, ha correspondido la mayor fortuna a "El abuelo Patrick", de Mertens, donde Casaux tiene lucido papel para hacer gala de su alto talento escénico.

Casaux volverá en diciembre al mismo teatro para hacer una breve temporada popular.

ZORRILLA Y BERNSTEIN

En el cinematográfico desfile de autores de todas las cataduras y latitudes por el escenario del teatro Smart, les tocó el turno en el último beneficio a José de Zorrilla y Henry Bernstein, sucediendo en el cartel a Oscar Wilde y S. y J. Alvarez Quintero. Como se ve, rige un alto espíritu de escepticismo en las esferas directivas de esta sala, donde caben todas las manifestaciones de arte de cualquier época y nacionalidad.

"Don Juan Tenorio" e "Israel" son las obras que sirvieron de beneficio al primer actor de la compañía de Blanca Podestá, señor Miguel Faust Rocha, quien fué muy agasajado en esa oportunidad.

PARRA

Continúa en cartel "El más grande vagabundo puede ser dueño del mundo", pieza cómica de Hicken que atrae público al Argentino, sin poderse sospechar hasta cuándo no se cambiará el programa. A lo mejor ese vagabundo se instala "chez" Parra hasta el final de la temporada, con gran contento del autor.

MUIÑO Y LAS QUINIELAS

En la constante, casi semanal renovación del programa del Buenos Aires, le tocó el turno al sainete de Federico Laguzzi. "Se levantan quinielas a domicilio", obrita sin tema, sin argumento, que a no ser el propósito de divertir que pudo tener el autor, no se entrevé otro. En un acto firme que se suscita en un comercio de cigarrería, entran parroquianos de toda especie, dejando su anotación de números para la lotería. Como es común en estos jugadores, cada cual cree en su cábala y con ella espera solucionar su porvenir económico.

Pasajes de alguna gracia, diálogos más o menos pintorescos tiene este sainete que el público aplaudió sin mucho entusiasmo, bien que el final haya sido buscado para dejar favorable impresión en el auditorio.

Los intérpretes, sobre todo el elemento femenino, tuvo ocasión de encontrar papeles para lucir sus aptitudes.

SAN JUAN FUE FESTEJADO EN SU BENEFICIO

Celebrando su función de honor, el popular y estimado actor que encabeza con Juárez la compañía del Mayo, puso en escena la graciosa obra de Paso y Dicenta, "La casa de salud", estrenada años atrás por el mismo actor, que tiene un buen papel en ella. El público que mucho aprecia a don Julio, buen artista y gentil persona, le hizo una cariñosa demostración, que recibió emocionado San Juan.

Este elenco está dando sus últimas funciones, después de haber raelizado una discretísima temporada.

EN EL NACIONAL

La reposición de "A la rastra" de Martínez Paiva ha resultado un acierto para el teatro Nacional, por que el público ha acogido esta obra con mucha simpatía.

LOS SAINETES DEL NUEVO

Renuevan con frecuencia su cartel los hermanos Cicarelli en esta forma vienen realizando una temporada que puede calificarse de feliz y provechosa. Con "Pata de palo" caminaron bastante bien.

NUEVO CINE

La casa argentina Scherrer ha construído en la calle Suipacha un hermoso cine que será inaugurado con la presencia del primer magistrado del país. Se trata de un salón que será de los mejores de la capital.

GLORIA

Espléndido programa ofrecerá en la semana este prestigioso cine de la Avenida de Mayo, uno de los que atraen mayor cantidad de público a sus funciones.

GRAN SPLENDID

La bella sala que administra don Carmelo Carbone, continúa siendo una de las que goza de grandes simpatías por parte de las familias de la aristocracia, que desfilan en elevado número, sobre todo los días de moda y festivos.

Notables películas serán pasadas en la semana próxima.

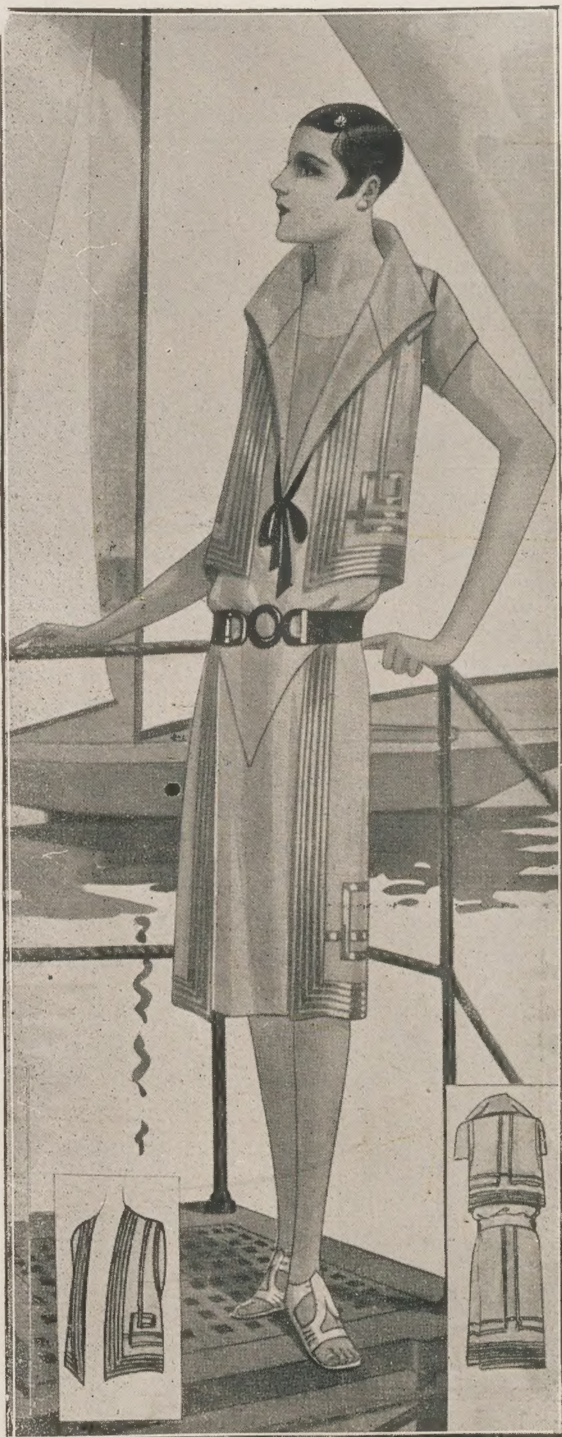
CAPITOL

Después del éxito de "Los últimos días de Pompeya", este cine ha renovado totalmente sus programas, ofreciendo diariamente novedades de interés.

PARC

Este bonito salón de Palermo se ve muy frecuentado en las veladas por las familias del barrio, que lo han dado erigirlo en su cine favorito. Se preparan notables estrenos de cintas para en breve.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



Traje de crepella, color rosa, adecuado para deportes, guarnecido con trencillas de seda encerada y de tonos un poco más sostenido.



MODELO ZIMMERMANN. — Traje confeccionado en crespón de China color azul esterero, guarnecido con crespón Georgette orquídea. La falda está adornada con tiras decoradas, con cerezas y hojas pintadas a mano.



MODELO FELIX DUPOUY. — Conjunto compuesto de un traje y de un abrigo de kasha, en color rosa salmón, guarnecido con bordado de cuadritos de fieltro en los tonos camafeo y blanco.

Tall. Gráf. A. García & Cía. Perú 1746.